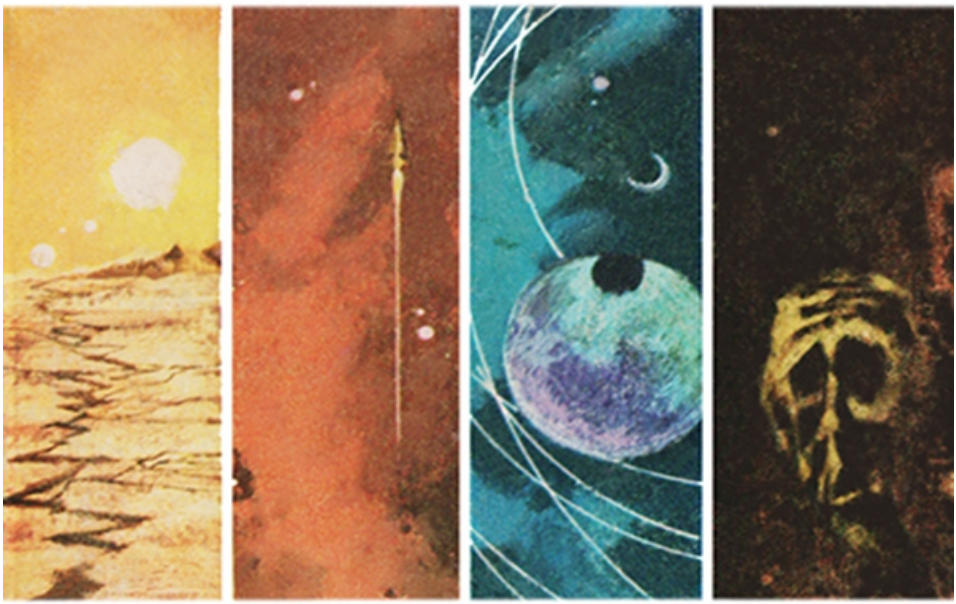
GALAXIA
Ciencia Ficción

EXTRA

CAE LA NOCHE



Isaac Asimov
Eric Frank Russell
J. G. Ballard

Para este número extra de Galaxia, hemos seleccionado varias obras cortas de autores de primera línea bien conocidos de todos los públicos.

Brian W. Aldiss & Isaac Asimov & J. G. Ballard & Bertram Chandler & Katherine MacLean & Walter M. Miller Jr & Ward Moore & Eric Frank Russell & John Steinbeck & Jay Williams

Cae la noche

Galaxia - 50

ePub r1.0
Titivillus 16.06.16

Brian W. Aldiss & Isaac Asimov & J. G. Ballard & Bertram Chandler & Katherine MacLean & Walter M. Miller Jr & Ward Moore & Eric Frank Russell & John Steinbeck & Jay Williams, 1966

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

CAE LA NOCHE

Isaac Asimov

Este relato magistral de ISAAC ASIMOV lleva una entraña irónica de la mejor ley literaria. Los personajes, pertenecientes a un mundo hipotético, tiemblan y mueren ante la perspectiva de un cambio de su medio ambiente que les parece inconcebible… pero que a nosotros nos resultaría natural. ¿Quiere Asimov manifestarnos con eso que el medio ambiente habitual es para el hombre como una cárcel ineludible?

Si las estrellas aparecieran una noche en mil años, ¿cómo creería y adoraría el hombre, y preservaría por muchas generaciones el recuerdo de la ciudad de Dios?
EMERSON

Aton 77, director de la Universidad de Saro, alargó el labio inferior con actitud desafiante y contempló furioso al joven periodista.

Theremon 762 no lo tomó en cuenta. En los primeros días, cuando su columna era sólo una loca idea que pululaba en la cabeza de un cachorro de reportero, había acabado por especializarse en entrevistas «imposibles». Le había costado magulladuras, ojos morados y huesos rotos; pero, en cambio, le había proporcionado buenas reservas de frialdad y discreción.

De modo que hizo caso omiso de cuanta gesticulación prodigara el otro y esperó pacientemente que cosas peores llegaran. Los astrónomos eran bichos raros y si lo que Aton había llevado a cabo en los últimos dos meses significaba algo, entonces se trataba del bicho más raro del montón.

Aton 77 encontró una voz apropiada y la hizo fluir con la rebuscada, cuidadosa y pedante fraseología (puntal de su fama,

entre otras cosas) que nunca abandonaba.

—Señor —dijo—, manifiesta usted una flema insufrible viniéndome con tan impúdica proposición.

El fornido tele-fotógrafo del Observatorio, Beenay 25, se pasó la punta de la lengua por sus labios resecos e intervino.

—Ahora, señor, después de todo…

El director se volvió hacia él y arqueó una blanca ceja.

—No interfiera, Beenay. Ya he hecho bastante trayendo este hombre aquí; creo en sus buenas intenciones pero no toleraré la menor insubordinación.

Theremon decidió que había llegado la hora de abrir la boca.

—Director Aton, si me permitiera comenzar lo que quiero decirle, creo que…

—Pues yo no creo, joven —replicó Aton—, que nada de cuanto pueda decir servirá para mitigar lo que ha ido apareciendo en los dos últimos meses en su columna impresa. Ha llevado usted a cabo una tenaz campaña periodística contra los esfuerzos que yo y mis colegas hemos desplegado para preparar al mundo contra la amenaza que, desgraciadamente, se ha vuelto imposible impedir. Se ha cubierto usted de gloria dirigiendo ataques personales contra la investigación y el personal de este Observatorio con el solo objeto de cubrirnos de ridículo.

Cogió de una mesa un ejemplar del Chronicle de Saro y lo desplegó furiosamente ante Theremon.

—Hasta una persona de su muy conocida impudicia habría dudado antes de venirme con una propuesta que esa misma persona ha estado utilizando como material de gaceta en una columna de periódico.

Aton arrojó el periódico al suelo, se dirigió a la ventana y se quedó allí con las manos unidas en la espalda.

—Puede retirarse —dijo por encima de su hombro. Elevó la mirada y contempló la ubicación de Gamma, el más brillante de los seis soles del planeta. Amarillento, declinaba ya su curso sobre la línea del horizonte, y Aton sabía que nunca más volvería a verlo con ojos tranquilos.

Entonces se volvió.

—No, aguarde, venga aquí —gesticuló perentoriamente—. Le proporcionaré lo que desea.

El periodista no había hecho, empero, el menor gesto que indicara su retirada, y ahora se aproximó lentamente al anciano. Aton señaló al exterior.

—De los seis soles, sólo Beta quedará en el cielo. ¿Puede verlo?

La pregunta era más bien innecesaria. Beta estaba casi en su cenit, con su rojiza luz derivando hacia el naranja, como los brillantes rayos del poniente Gamma. Beta estaba en el afelio. Era pequeño; menor incluso que otras veces en que lo viera Theremon; y por el momento era el indiscutido rey del firmamento de Lagash.

Alfa, el sol de Lagash propiamente dicho, alrededor del cual trazaba su órbita, estaba en los antípodas respecto de sus dos distantes congéneres. El rojo y enano Beta —compañero inmediato de Alfa— estaba solo, cruelmente solo…

La alzada cara de Aton brillaba con rojizo resplandor bajo los rayos solares.

—Dentro de cuatro horas —dijo—, la civilización, tal cual la conocemos, llegará a su fin. Y será así porque, como usted ve, Beta es el único sol en el cielo. —Sonrió con dureza—. ¡Escriba eso! No habrá nadie que pueda leerlo.

—¿Y si transcurren cuatro horas, y luego otras cuatro, y nada ocurre? —preguntó Theremon en voz baja.

—No se preocupe por esas menudencias. Lo que ha de ser, será.

—¡Garantícelo! Y, repito: ¿si nada ocurriera?

En una ráfaga de segundo llegó la voz de Beenay 25.

—Señor, creo que debe usted escucharle.

—Sométalo a votación, director Aton —dijo Theremon.

Hubo una ligera agitación entre los cinco miembros restantes de la plantilla del Observatorio, que hasta el momento habían mantenido una actitud neutral.

—Eso —dijo Aton engreído— no será necesario. —Sacó su reloj de bolsillo—. Desde que su gentil amigo Beenay comenzó a insistir urgentemente en que yo debía escucharle a usted, han transcurrido cinco minutos. Prosiga.

—¡Perfecto! ¿Qué diferencia habría para su reputación si usted se dignara permitirme que yo fuera testigo presencial de lo que haya de suceder? Pues si su predicción es cierta, mi presencia no constituiría molestia alguna, ya que, en ese caso, mi columna jamás sería escrita. Y, por otro lado, si nada ocurre, como usted no

esperará sino el ridículo o algo peor, tomaría una sabía medida si dejara previamente el ridículo a cargo de los amigos.

—Cuando dice amigos, ¿se refiere a personas como usted? —preguntó Aton.

—Por supuesto —replicó Theremon, tomando asiento y cruzando las piernas—. Mi columna acaso haya llegado a ser un tanto grosera, pero al menos posee la virtud de introducir una sana duda en la gente. Después de todo, no estamos en el siglo de los Apocalipsis. Como usted sabe, la gente ya no cree en el Libro de las Revelaciones y le fastidia mucho que los científicos vuelvan una y otra vez a machacarnos con que, a fin de cuentas, los Cultistas son los que tienen razón.

—Se equivoca usted, joven —se lanzó Aton—. Aunque los grandes planes que todavía subsisten han tenido su origen en el Culto, nuestros resultados están completamente expurgados de cualquier misticismo que derive de él. Los hechos son los hechos y la llamémosle mitología del Culto está respaldada por unos cuantos. Así lo hemos explicado al pueblo para desvelar de una vez el misterio. Le aseguro que el Culto tiene mayores motivos que ustedes para odiarnos.

—No siento ningún odio hacia usted. Simplemente, intento decirle que el público está hasta las narices. Irritado, ¿entiende?

—Pues que siga irritado —dijo Aton, ladeando la boca con burla.

—Como quiera, pero ¿qué ocurrirá mañana?

—¡No habrá ningún mañana!

—En caso de que lo haya. Digamos que ese mañana se reduce a lo justo para ver lo que haya de ocurrir. Esa irritación puede convertirse en algo serio. Las cosas se han precipitado en los dos últimos meses. Los inversores afirman no creer que se aproxime el fin del mundo, pero por si las moscas se encierran en sus casas con su dinero. La opinión pública no cree en usted, fíjese, y sin embargo lleva trastornada su vida desde hace meses y aún lo estará otros tantos… hasta estar segura.

»De manera que usted puede darse cuenta de dónde está el meollo. Tan pronto acabe todo, lo interesante será saber qué ocurrirá con usted. Pues afirman que de ningún modo van a permitir que un cantamañanas, con perdón, cito textualmente, les altere la prosperidad nacional con profecías, máxime cuando la

profecía incluye al planeta entero. El panorama es bastante negro, señor.

—Muy bien —dijo Aton mirando al columnista—, ¿y qué propone usted para remediar esas consecuencias?

—Algo muy sencillo —contestó el otro—: hacerme cargo de la publicidad del asunto. Manejar las cosas de manera que sólo aflore el lado ridículo. Lo que va a ser un tanto difícil porque he contribuido personalmente, debo admitirlo, a indisponerlo ante esa turba de idiotas ofuscados, pero si consigo que la gente tan sólo se ría de usted, le aseguro que olvidará al cabo su ira. A cambio usted me concederá la historia en exclusiva.

—Señor, nosotros pensamos que el periodista está en lo cierto —intervino Beenay—. Estos dos últimos meses hemos estado considerando las posibilidades de error en nuestra teoría y nuestros cálculos y, en efecto, existe al menos una posibilidad en alguna parte. Pues no debemos descartar esa posibilidad, así sea entre un millón, señor.

Hubo un murmullo de aprobación entre los hombres agrupados alrededor de la mesa, y la expresión de la cara de Aton se aproximó a la del que mastica algo amargo y no puede escupirlo.

—Permanezca aquí si ése es su deseo. Se cuidará, sin embargo, de no estorbarnos mientras cumplimos con nuestras obligaciones. Usted recordará en todo momento que yo estoy al cargo de todas las actividades aquí y, olvidándonos de las opiniones otrora expresadas por usted en su columna, esperaré mayor cooperación y sobre todo mayor respeto…

Sus manos se anudaron de nuevo en su espalda y una mueca de determinación se dibujó en sus facciones mientras hablaba. Hubiera continuado por más tiempo de no ser porque resonó entonces una nueva voz.

—¡Hola, hola, hola! —Era una voz de alto tono que surgía de entre las rollizas mejillas del sonriente recién llegado—. ¿Qué es esta atmósfera tan tétrica? Espero que los ánimos no hayan decaído del todo.

—¿Qué diantre está haciendo aquí, Sheerin? —preguntó displicente el sorprendido Aton—. Debería estar en el Refugio.

Sheerin sonrió y dejó caer su voluminoso cuerpo sobre una silla.

—¡Que reviente el Refugio! El lugar me aburre. Prefiero estar

aquí, donde se mascan las grandes cosas. ¿Acaso supone usted que no tengo mi pizca de curiosidad? Quiero ver esas Estrellas de las que siempre han hablado los Cultistas. —Se frotó las manos y añadió en tono más sereno—: Hace frío fuera. El viento le congela la nariz a uno. A la distancia que está Beta no parece proporcionar el menor calor.

—¿Por qué ha cometido esta negligencia, Sheerin? —exclamó Aton con exasperación—. Aquí no tiene nada útil que hacer.

—Y allá tampoco tengo nada útil que hacer —replicó Sheerin mostrando las palmas de las manos con cómica resignación—. Un psicólogo gasta más que gana en el Refugio. Allí se necesitan hombres fuertes y de acción, y mujeres saludables que puedan criar niños. Pero ¿yo? Tendrían que quitarme cien libras para ser un hombre de acción y no tendría mucho éxito si probara a criar un niño. ¿Por qué, pues, voy a molestarles con una boca más que alimentar? Me siento mejor aquí.

—¿Qué es eso del Refugio, señor? —preguntó Theremon.

Sheerin pareció ver al columnista por vez primera. Hinchó sus amplios carrillos al tiempo que los distendía.

—Y usted, pelirrojo, ¿quién es en este valle de lágrimas?

Aton apretó los labios y luego murmuró hoscamente:

—Es Theremon 762, el periodista. Supongo que habrá oído hablar de él.

Se estrecharon la mano.

—Y, naturalmente —dijo Theremon—, usted es Sheerin 501 de la Universidad de Saro. He oído hablar de usted.

Entonces repitió:

—¿Qué es eso del Refugio, señor?

—Verá —explicó Sheerin—, nos las arreglamos para convencer a unas cuantas personas de que teníamos razón en nuestra… nuestra profecía, de manera que tomaron las medidas oportunas. Se trata mayoritariamente de familiares del personal del Observatorio de la Universidad de Saro, y unos cuantos ajenos. En conjunto, suman unos trescientos, aunque las tres cuartas partes son mujeres y niños.

—Entiendo. Intentan esconderse donde las Tinieblas, y las… las Estrellas no puedan alcanzarlos y donde resistir cuando el mundo se convierta en un caos.

—Es una hipótesis. No será nada fácil. Con toda la humanidad

enferma, las grandes ciudades ardiendo, y lo que no podemos ni imaginar, las condiciones de supervivencia se reducirán al mínimo. Con ese objeto hay alimentos, agua, protección y armas en el Refugio…

—Y algo más —intervino Aton—. También nuestros Informes, excepto los que recogen estos últimos momentos. Esas fichas lo serán todo para el siguiente ciclo y eso es lo que debe sobrevivir. El resto puede irse al diablo.

Theremon suspiró largamente y se mantuvo un rato inmóvil en la silla. Los hombres en torno a la mesa habían sacado un tablero de multi-ajedrez y contemplaban una partida a seis. Los movimientos eran realizados con rapidez y en silencio. Todas las miradas parecían concentrarse profundamente en el tablero. Theremon los miró con curiosidad capciosa y luego se levantó para acercarse a Aton, que se mantenía aparte en sigilosa conversación con Sheerin.

—Escuchen —dijo—, vayamos a algún sitio donde no molestemos a los demás. Quiero hacer algunas preguntas.

El anciano astrónomo lo miró cejijunto, pero Sheerin gorjeó alegremente:

—Cómo no. Me hará mucho bien poder hablar. Siempre me consuela. Aton estaba exponiéndome sus ideas sobre la reacción del mundo en caso de que fallara nuestra predicción, y coincido con usted. Leo su columna con bastante regularidad, por cierto, y debo decirle que me agrada su punto de vista.

—Por favor, Sheerin —gruñó Aton.

—¿Eh? Vaya, está bien. Iremos a la sala de al lado. En cualquier caso hay sillas más cómodas.

Las sillas eran más blandas en la habitación de al lado. Había rojas cortinas en las ventanas y una alfombra marrón cubría el suelo. Con el mortecino y rojizo reflejo de Beta, la impresión general le helaba la sangre a uno.

—Vaya —se quejó Theremon—, no sé lo que daría por una decente ración de luz blanca, aunque fuera sólo durante un segundo. Me gustaría que Gamma o Delta estuvieran en el cielo.

—¿Qué es lo que quería preguntar? —inquirió Aton—. Recuerde, por favor, que nuestro tiempo es limitado. En poco más de hora y cuarto comenzarán a ocurrir anomalías; después… ya no habrá tiempo para hablar.

—Bien, empecemos. —Theremon se acomodó en un sillón y cruzó sus manos sobre el pecho—. Su gente se lo toma tan en serio que estoy comenzando a creerle a usted. ¿Podría usted explicarme con claridad en qué consiste el fenómeno?

Aton estalló.

—¿Pretende decir que ha estado todo este tiempo cubriéndonos de ridículo sin saber lo que hemos estado diciendo?

—No se ponga furioso —dijo Theremon—. No es tan malo como usted dice. Sí he captado una idea general sobre lo que ustedes han intentado explicar al ciudadano medio: que el mundo se verá cubierto de Tinieblas dentro de escasas horas y que la humanidad se volverá loca. Lo que yo quiero saber es la parte científica del asunto.

—No lo haga, no lo haga —estalló Sheerin—. Si se lo pregunta a Aton, empezará a remitirle a libros y más libros, le traerá enciclopedias y monografías, tratados, diagramas y toda la pesca. Se lo explicará de cabo a rabo. Por el contrario, si me lo pregunta a mí se lo expondré en el más profano de los lenguajes.

—De acuerdo; se lo pregunto a usted.

—Entonces, tomaré antes un trago. —Sheerin se quedó mirando a Aton.

—¿Agua? —Gruñó Aton.

—¡No sea bobo!

—No sea bobo usted. Nada de alcohol ahora. Sería demasiado cómodo emborrachar a mis hombres en estos momentos. No puedo permitirles caer en la tentación.

El psicólogo gruñó para sus adentros. Se volvió hacia Theremon, lo atravesó con la mirada y comenzó.

—Usted sabrá, supongo, que la historia de la civilización de Lagash presenta un carácter cíclico, ¿comprende?, cíclico.

—Lo sé —comentó Theremon con, cautela—; sé, al menos, que ésa es la teoría arqueológica. Pero ¿ha sido demostrada?

—Más o menos. En este último siglo se ha visto confirmada. El carácter cíclico es (mejor dicho: era) uno de los grandes misterios. Ha habido otras civilizaciones antes de la nuestra, nueve en conjunto, y hay rastros de otras tantas. Alcanzaron un nivel comparable al nuestro y todas, sin excepción, fueron destruidas por el fuego al alcanzar la cúspide de su cultura.

»Y nadie podría decir por qué. Todos los imperios fueron arrasados por el fuego sin dejar tras sí la menor indicación de las causas.

—¿Tuvieron también una Edad de Piedra?

—Probablemente, aunque nada conocemos de ese período, excepto que el hombre de esa edad era un poco más inteligente que los monos. De modo que podemos olvidarlo.

—Entiendo. Prosiga.

—Hubo muchas explicaciones sobre las catástrofes reiteradas, a cada cual más fantástica. Algunos dijeron que se debía a periódicas lluvias de fuego; otros, que Lagash atravesaba un sol cada equis tiempo; y también los hubo que propusieron hipótesis más descabelladas. Pero hay una completamente diferente que ha sido transmitida y conservada a través de los siglos.

—Lo sé. Se refiere usted a ese mito de las «Estrellas» que se encuentra en el Libro de las Revelaciones de los Cultistas.

—¡Exactamente! —exclamó Sheerin con satisfacción—. Los Cultistas dijeron que cada dos mil cincuenta años Lagash penetra en una inmensa zona en la que todos los soles desaparecen, sobreviniendo una total oscuridad en todo el mundo. Entonces, las cosas llamadas Estrellas aparecen, despojan a los hombres de su razón y los convierten en semejantes a brutos, de tal manera que los hombres destruyen la civilización que ellos mismos construyeron. Naturalmente, los Cultistas mezclaron todo esto con un montón de nociones místico-religiosas, pero la idea central puede extraerse.

Hubo una corta pausa en la que Sheerin lanzó, un profundo suspiro.

—Ahora, pasaremos a la Teoría de la Gravitación Universal. — Lo dijo de tal manera que incluso las mayúsculas tuvieron su sonido particular. Y, en aquel momento, Aton se apartó de la ventana, bufó con ostentación y salió airadamente de la sala.

Los otros dos se quedaron mirando su partida.

—¿Qué pasa? —preguntó Theremon.

—Nada de particular —repuso Sheerin—. Dos hombres tenían que haberse presentado hace varias horas y aún no han aparecido. Es un caso que raya la restricción de personal porque todos, excepto los realmente esenciales, están en el Refugio.

—¿Cree usted que han desertado?

—¿Quiénes? ¿Faro y Yimot? Claro que no. Aunque no les convendría no aparecer cuando todo esto empiece. —Se puso en pie de repente y parpadeó—. Por cierto, mientras Aton se encuentra fuera…

Trotó hacia la ventana más cercana, se agachó y de la caja inferior del enmarcado sacó una botella de líquido rojo que brilló sugestivamente cuando la agitó.

—Espero que Aton no sabrá nada de esto —puntualizó mientras volvía a su silla—. No hay más que un vaso. Como invitado de la casa, tiene usted preferencia. Yo tomaré de la botella. —Y escanció un leve y escaso chorrito con sumo cuidado.

Theremon se irguió para protestar, pero Sheerin adoptó una actitud digna.

—Respete a sus mayores, joven.

El periodista se sentó con expresión de angustia en el rostro.

—Sigamos, pues, viejo pícaro.

La nuez de Adán del psicólogo se movió repetidas veces mientras mantenía la botella levantada; luego, con un eructo de satisfacción, comenzó de nuevo.

—Bien, ¿qué sabe usted sobre la ley de la gravitación?

—Nada, excepto que su desarrollo es muy reciente, todavía no lo bastante como para decirse que esté totalmente fundamentada, y que su fórmula es tan difícil que sólo una docena de hombres en Lagash pueden presumir de entenderla.

—¡Venga, hombre! ¡Absurdo, ridículo! ¡Mentira infame! Puedo resumirle la fórmula en una frase. La Ley de Gravitación Universal estipula que existe una fuerza de atracción entre todos los cuerpos del universo, fuerza que, entre dos cuerpos dados, es proporcional al producto de sus masas partido por el cuadrado de sus distancias.

—¿Eso es todo?

—¡Es suficiente! Llevó cuatrocientos años desarrollarla.

—¿Cómo tanto? Tal y como usted lo ha dicho parece bastante simple.

—Porque las grandes leyes no surgen por inspiración divina, sino que hay que pensar e investigar duramente para encontrarlas. Ordinariamente se obtienen tras el trabajo colectivo de muchos siglos de actividad científica. Después que Genovi 41 descubrió que Lagash tenía un movimiento de traslación alrededor del sol Alfa y

no al contrario (y esto ocurrió hace cuatrocientos años), los astrónomos se pusieron a trabajar sobre esta base. Los complejos movimientos de los seis soles fueron registrados, analizados y confrontados. Hipótesis tras hipótesis, las conclusiones primarias eran confrontadas con las secundarias, rectificadas, comprobadas las rectificaciones y nuevamente arriesgadas las hipótesis. Fue un trabajo infernal.

Theremon agitó la cabeza y extendió su vaso para que fuera llenado de nuevo. Sheerin se mantuvo incólume, pero luego sirvió unas cuantas gotas a regañadientes.

—Hace veinte años —continuó— se descubrió que la Ley de Gravitación Universal daba cuenta exacta de los movimientos orbitales de los seis soles. Y fue un gran triunfo.

Sheerin se puso en pie y se dirigió a la ventana, siempre con la botella en la mano.

—Y aquí llegamos al quid de la cuestión. En la última década la eclíptica de Lagash respecto de Alfa fue medida de acuerdo con la ley de gravitación y no coincidió con la órbita que se observaba; ni siquiera cuando se me incluyeron todas las perturbaciones debidas a los otros soles. O la ley no servía o allí había algún otro factor desconocido.

Theremon se levantó y se reunió con Sheerin en la ventana, contemplando, más allá de las vertientes cubiertas de bosque, las cúpulas de Saro City que reverberaban sanguinolentamente recortadas contra el horizonte. El periodista sintió que la tensión de lo incierto corroía sus entrañas mientras lanzaba una rápida ojeada a Beta. Brillaba rojizo en su cenit, pero su tono era apagado y malévolo.

—Continúe, señor —dijo suavemente.

—Con los años, los astrónomos especularon con hipótesis cada vez más absurdas… hasta que Aton tuvo la inspiración de buscar alguna fuente en el Culto. El jefe del Culto, Sor 5, le dio acceso a ciertos datos que simplificaron considerablemente el problema. Aton se puso a trabajar en esta nueva dirección.

»¿Podía haber otro cuerpo planetario opaco como el de Lagash? Si así fuera brillaría tan sólo reflejando la luz solar, y si estuviera formado por rocas azulencas, como gran parte de Lagash, entonces, en medio del abismo rojo del cielo, la constante luminosidad de los

otros soles lo haría invisible… borrado por completo.

—¡Pero eso es una idea desquiciada! —exclamó Theremon.

—¿Lo cree así? Escuche esto: suponga que ese cuerpo orbita en torno a Lagash y que cuenta con tal masa, órbita y distancia que su atracción coincida con la desviación de la órbita de Lagash según la teoría. ¿Sabe lo que ocurriría?

El periodista negó con la cabeza.

—Pues que alguna que otra vez ese cuerpo se interpondría en el camino de algún sol —dijo Sheerin y apuró lo que quedaba en la botella.

—Sí, supongo que sí —convino Theremon.

—¡Naturalmente que sí! Pero sólo un sol se encuentra en su plano de revolución. —Señaló con el pulgar al diminuto sol que brillaba en lo alto—. ¡Beta! Y se sabe que el eclipse ocurre sólo cuando la disposición de los soles es tal que Beta debe encontrarse solo en su hemisferio y a la máxima distancia. El eclipse, contando la luna siete veces el diámetro aparente de Beta, cubrirá todo Lagash durante algo más de medio día, de manera que ninguna parte del planeta escapará a los efectos. Ese eclipse tiene lugar una vez cada dos mil cincuenta y nueve años.

La cara de Theremon se había convertido en una máscara inexpresivo.

—¿Ésa es la historia?

—Ni más ni menos —respondió el psicólogo—. El principio del eclipse comenzará dentro de tres cuartos de hora. Primero el eclipse, luego la Tiniebla universal y, quizás, esas misteriosas Estrellas… después la locura y el final del ciclo.

»Hemos tenido —añadió tras un rato de meditación— dos meses para convencer a Lagash del peligro, pero al parecer no ha sido tiempo suficiente. Ni dos siglos hubieran bastado. Nuestros informes y archivos han sido escondidos en el Refugio y dentro de poco fotografiaremos el eclipse. El próximo ciclo conocerá así la verdad y la humanidad estará preparada para el eclipse siguiente. Conseguir eso es también parte de la historia que usted deseaba.

Theremon abrió la ventana y un ligero soplo de brisa agitó las cortinas. Se asomó al exterior y el viento desordenó sus cabellos mientras permanecía absorto contemplando el resplandor carmesí del sol. Entonces, como en un arrebato, se volvió.

—¿Está seguro de que las Tinieblas nos volverán locos? ¿A mí también?

Sheerin se sonrió en tanto acariciaba la vacía botella con movimiento inconsciente.

—¿Acaso sabe usted lo que ocurrirá cuando sobrevengan las Tinieblas, jovencito?

El periodista se quedó apoyado en la pared y reflexionó.

—No. Realmente no puedo ni imaginármelo. Pero ya tengo noticia previa de su existencia. Algo como… como… —Gesticuló con las manos— como sin luz. Como una caverna.

—¿Ha estado usted alguna vez en una caverna?

—¿En una caverna? ¡Claro que no!

—Lo suponía. Yo lo intenté la semana pasada, solamente para ver qué tal se estaba en la oscuridad. Pero tuve que salir de estampida. Tuve que detenerme cuando ya perdía de vista la entrada y la iluminación se reducía a poder ver apenas la silueta de las paredes. Pero lo que veía en el interior, más al fondo, era la oscuridad completa, la nada. Nunca creí que una persona de mi peso pudiera correr tanto. Ni jamás pensé que se apoderara de mi ser el vacío que aquel lugar me produjo.

—Bueno, si sólo se tratara de eso, imagino que no habría para tanto. Yo no hubiera corrido de haber estado allí.

El psicólogo se le quedó mirando con los ojos contraídos.

—Corre usted mucho, joven. Le desafío a que haga la prueba corriendo las cortinas.

—¿Para qué? —exclamó Theremon con sorpresa—. Si tuviéramos cuatro o cinco soles brillando en este momento, no dudo que deseáramos amortiguar un poco la luz. Está bien así.

—He ahí la cuestión. Corra la cortina, sólo eso; luego venga aquí y siéntese.

—Como quiera. —Theremon cerró la ventana y tiró de la roja cortina, que se deslizó hasta acaparar toda entrada de luz, dejando la sala en una penumbra teñida de rojo crepuscular.

Los pasos de Theremon resonaron huecamente en el silencio mientras caminaba hacia la mesa. De pronto, se detuvo.

—No puedo verlo, señor —murmuró.

—Siga andando —ordenó Sheerin con voz extraña.

—Pero es que no puedo verlo, señor. —El periodista comenzó a

respirar agitadamente—. No puedo ver nada.

—¿Y qué otra cosa esperaba? —dijo la voz sin visible procedencia—. ¡Siga y siéntese!

Los pasos volvieron a sonar, vacilantes, aproximándose lentamente. Luego, se escuchó el ruido de un cuerpo que caía sobre un sillón. La voz de Theremon se deslizó débilmente:

—Ya estoy aquí. Me siento… muy… perfectamente.

—¿Le gusta?

—No… nada. Es más bien horrible. Las paredes parecen… —Se detuvo—. Parece como si se estuvieran acercando. Espero de un momento a otro que se ciernan sobre mí y yo tenga que verme obligado a empujarlas. Pero… ¡no me he vuelto loco! De hecho, creo que no es tanto como esperaba.

—Perfecto. Vuelva a correr las cortinas.

Hubo un ruido de pasos precipitados, la silueta del cuerpo de Theremon destacándose contra la cortina. Luego, el alivio de las cortinas deslizándose, provocando un leve pero feliz chirrido de anillas resbalando sobre rieles. La roja luz inundó la sala y Theremon miró fijamente al sol mientras lanzaba un gemido de alegría.

Sheerin se inclinó hacia adelante, esgrimió su índice y dijo:

—Fíjese que ha sido sólo una habitación a oscuras.

—Pero pudimos aguantar —dijo Theremon satisfecho.

—Sí, con una habitación a oscuras sí podríamos. Dígame, ¿estuvo por casualidad en la Exposición Centenaria de Jonglor?

—No, estaba demasiado lejos de donde me encontraba por entonces. Seis mil millas son demasiadas incluso para una exposición.

—Pues yo sí estuve. ¿Recuerda haber oído algo sobre el Túnel del Misterio, que, según decían, superaba todas las marcas en el terreno de la diversión y el entretenimiento?

—Sí, durante los dos primeros meses. ¿Acaso no era tan divertido como dijeron?

—No demasiado. El Túnel del Misterio era, efectivamente, un túnel de una milla de longitud… sin luz. Uno se metía en un pequeño vehículo abierto y se recorría el túnel entero, ¿me entiende?, la oscuridad plena en unos quince minutos. Fue muy celebrado mientras duró.

—¿Celebrado?

—No le quepa duda. El miedo suele fascinar. De ahí que se considere tan gracioso que uno coja a otro por sorpresa gritando ¡Uh!, y sandeces por el estilo. De ahí también que el Túnel del Misterio fuera tan popular. La gente salía asustada, medio muerta de miedo, jadeando, pero alegre porque había pagado por ello.

—Espere un momento, creo que ahora recuerdo… Hubo muertos de verdad, literalmente muertos por miedo. Y corrieron rumores de que iban a cerrar el Túnel a causa de ello.

—¡Quite, quite! —exclamó el Psicólogo—. Sí, hubo dos o tres muertos. Pero eso no fue nada. Se indemnizó a los familiares y el Consejo de Jonglor City se las arregló para que se olvidara el asunto. Después de todo, argumentaron, si los débiles cardíacos quieren meterse en el túnel, es asunto suyo… por otra parte, no volvió a suceder. Se tornaron medidas oportunas y en la entrada fueron instalados servicios médicos a fin de someter a revisión física a todos los parroquianos. Lo que son las cosas, eso hizo que el precio aumentara.

—¿Qué pasó luego?

—Nada de particular pero también algo muy particular. La gente salía del túnel sin ningún cambio aparente, con la única excepción de que se negaba a entrar en los otros edificios; ni palacios, casas, bloques de apartamentos, pensiones, cabañas, chozas, o lo que fuere, ni en ningún otro edificio de la Exposición…

—¿Quiere usted decir —preguntó Theremon, asombrado— que se negaban a abandonar el espacio abierto?

—¿Dónde dormían, entonces?

—En los espacios abiertos.

—Debieron haberles forzado a entrar.

—Debieron, debieron, usted lo ve muy fácil. Lo que no sabe es que a la menor alusión prorrumpían en ataques de histeria que, en el mejor de los casos, acababa llevándoles a romperse la cabeza contra una pared. Si uno era introducido en cualquier lugar cerrado no podía ser abandonado a menos que le fuera suministrada alguna dosis de tranquilizantes o una eficiente camisa de fuerza.

—Sin duda debieron enloquecer.

—Fue exactamente lo que ocurrió. Uno de cada diez que entraron en el túnel se volvió majareta. Los psicólogos fueron

llamados y nosotros hicimos lo único que podíamos hacer: cerrar el túnel.

—¿Qué pudo sentir esa gente? —preguntó Theremon.

—Ni más ni menos que lo que usted sintió cuando creyó que las paredes lo estaban ahogando en la oscuridad. Hay un término psicológico que describe el miedo a la ausencia de luz. Nosotros lo llamamos claustrofobia por que la carencia de luz siempre tiene lugar en espacios cerrados. ¿Comprende la similitud?

—¿Y aquella gente del túnel?

—Se trataba de personas cuya estructura mental no podía soportar el miedo a la sensación de ahogo que produce la oscuridad. Quince minutos sin luz es tiempo suficiente. Usted mismo acaba de experimentar algo que se parece al miedo en los escasos dos minutos que ha mantenido la habitación a oscuras.

»Los que enloquecieron en el túnel poseían lo que llamamos "fijación claustrofóbica". Su miedo latente a la oscuridad y a los lugares cerrados se encontraba, digamos, en período de gestación, incubado, y la experiencia que pasaron lo sacó a relucir. Este miedo entró en actividad y casi podemos asegurar que de una manera permanente. He ahí lo que quince minutos de oscuridad pueden conseguir.

Hubo una larga pausa y la frente de Theremon se fue contrayendo lentamente hasta formar un frunce.

—No creo que sea así, no lo creo.

—Querrá decir que no quiere usted creerlo —replicó Sheerin—. Usted tiene miedo de creer. ¡Mire la ventana!

Theremon obedeció y el psicólogo continuó sin interrumpirse.

—Imagínese ahora las Tinieblas… por todas partes. Ninguna luz, nada de luz, ni el menor punto luminoso. Las casas, los árboles, los campos, la tierra, el cielo… todo se ha convertido en una mancha negra, vacía. Excepto las Estrellas que estarán en lo alto, que ni siquiera sabemos cómo son. ¿Puede concebirlo?

—Sí, creo que sí —murmuró Theremon sombríamente.

—¡Miente usted! —Golpeó la mesa con él puño violentamente—. ¡No puede concebirlo, no es capaz de hacerlo! Su cerebro no puede forjar semejante panorama, como tampoco puede forjar lo infinito ni lo eterno. Por eso se limita a intentarlo según las especulaciones. Una fracción del pensamiento vive esa realidad mentalmente, sufre

sus consecuencias. Pero cuando lo objetivo tiene lugar, el cerebro humano no puede abarcar lo que escapa a su comprensión. ¡Enloquecerá completa y permanentemente! ¡Y no hay la menor opción!

»Y un par de milenios —añadió tristemente— llenos esfuerzo se convertirán en ceniza. Mañana no quedará a sola ciudad indemne en todo Lagash.

—No tiene por qué ser así —replicó Theremon, recuperando parte de su equilibrio mental—. Todavía no entiendo cómo voy a volverme loco por el simple hecho de no ver un sol en el cielo… pero si ocurriera, si todos nos volviéramos locos perdidos, ¿por qué vamos a destruir las ciudades? ¿Cómo podríamos hacerlo?

—Si usted estuviera rodeado de oscuridad —dijo Sheerin con irritación—, ¿qué desearía por, encima de todas las cosas? ¿Qué es lo que cada hombre desearía instintivamente? La luz, maldita sea, ¡la luz!

—¿Y…?

—¿De dónde obtendría entonces la luz?

—Lo ignoro —dijo Theremon con ambigüedad.

—¿Qué es lo único que proporciona luz, aparte del sol?

—¿Cómo quiere que lo sepa?

Se mantenían frente a frente con las caras a pocos centímetros de distancia.

—Condenado papanatas, me deslumbra usted con su brillante inteligencia. ¿Nunca ha visto un incendio forestal? ¿Nunca ha ido al campo y ha encendido fuego para cocinar? Ese fuego sirve para algo más que quemar el combustible culinario o los árboles del bosque. También proporciona luz, y eso lo sabe todo quisque. Y cuando venga la oscuridad todos pedirán luz a gritos, y harán todo lo posible por conseguirla.

—¿Quemarán bosques, entonces?

—Quemarán todo lo que encuentren delante. Sólo desearán luz y sentirán la necesidad de quemar cualquier cosa. Los bosques no están al lado de uno, de modo que echarán mano de lo más cercano. Obtendrán luz… ¡porque todos los núcleos habitados estallarán en ingentes llamas!

Se habían sostenido mutuamente la mirada como si lo que estuvieran discutiendo fuera un asunto personal en el que mostrar

fuerza y argumentos. Entonces Theremon se quedó sin habla. Su respiración estaba todavía agitada cuando advirtió el repentino griterío que venía de la sala contigua.

Cuando Sheerin habló, dio la sensación de que se esforzaba por trascender lo que sus palabras decían.

—Creo que estoy oyendo la voz de Yimot. Sin duda él y Faro han regresado. Vayamos a ver lo que ocurre con ellos.

—¡Debemos saberlo! —Murmuró Theremon con esfuerzo. Se levantó lanzando un hondo suspiro de alivio. La tensión se había roto.

La sala estaba alborotada por los miembros de la plantilla del Observatorio, que rodeaban a dos jóvenes con las ropas desordenadas. Aton, abriéndose paso a través del gentío, se encaró agriamente con los recién llegados.

—¿Os dais cuenta que falta menos de media hora para el comienzo del fin? ¿Dónde habéis estado?

Faro 24 se sentó y se restregó las manos. Sus mejillas aparecían enrojecidas por el cambio de temperatura.

—Yimot y yo acabamos de terminar un experimento ideado por nosotros mismos, consistente en provocar una oscuridad artificial y una fingida aparición de las Estrellas, a fin de proporcionar un anticipo sobre el cual la gente pudiera juzgar lo que vendrá.

Hubo un confuso murmullo entre el auditorio y una repentina expresión de curiosidad apareció en la mirada de Aton.

—No se nos había ocurrido esto antes —dijo—. ¿Cómo caísteis en ello?

—Bien —repuso Faro—, la idea se nos ocurrió hace tiempo a Faro y a mí, y hemos estado trabajándola en los ratos libres. Yimot sabía de una casa en la ciudad que una vez fue un museo o algo parecido. El caso es que la compramos y…

—¿De dónde sacasteis el dinero? —interrumpió Aton con precipitación.

—De la cuenta bancaria —saltó Yimot 70— Nos costó sólo dos mil créditos. —Y añadió defensivamente—: Bueno, ¿qué pasa? Mañana, dos mil créditos serán sólo dos mil pedazos de papel. Nada más.

—Claro —asintió Faro—. La compramos y empezamos a pintarla de negro desde el techo hasta el sótano, de manera que se pareciera a la oscuridad todo lo posible. Luego hicimos en el techo diminutos agujeros, que luego teníamos que cubrir con delgadas láminas metálicas por la parte del tejado de la casa. Las láminas debían desplazarse simultáneamente por mediación de un interruptor. Esta parte del trabajo no pudimos llevarla a cabo por nosotros mismos, así que tuvimos que llamar a un carpintero, un electricista y algunos más… el dinero no tenía importancia. La cuestión era que pudiéramos obtener un poco de luz a través de aquellos agujeros en el techo, de modo que dieran el aspecto de un firmamento estrellado.

Durante la pausa que siguió ninguna respiración se atrevió a interrumpir el silencio. Finalmente, dijo Aton:

—No teníais derecho a hacerlo en privado.

—Lo sé, señor —dijo Faro, contrito—, pero, francamente, Yimot y yo pensamos que el experimento podía resultar peligroso. De tener éxito, esperábamos más o menos volvernos medio locos… desde que Sheerin se ha dedicado a insistir sobre esa cuestión. Así que deseábamos correr el riesgo nosotros solos. Naturalmente, si al acabar seguíamos conservando la cordura lo hubiéramos desarrollado en gran escala a fin de propiciar la inmunidad colectiva a sus efectos. Pero las cosas no ocurrieron como esperábamos.

—¿Por qué? ¿Qué pasó?

—Al principio nos entrenamos permaneciendo con los ojos cerrados. La Oscuridad es algo asfixiante que le hace sentir a uno que las paredes y el techo se le vienen encima para aplastarlo. El caso es que nos metimos en la habitación y activamos el conmutador. Las láminas metálicas se desplazaron y los agujeros mostraron sus leves manchitas de luz…

—¿Y?

—Pues eso… nada. Eso es lo triste del asunto. Que nada ocurrió. Se trataba solamente de un techo agujereado que no parecía sino un techo agujereado. Lo intentamos una y otra vez (de ahí que hayamos regresado tan tarde), pero sin obtener el menor resultado.

Siguió un profundo silencio de consternación, y todos los ojos se posaron en Sheerin, que, sentado en la mayor inmovilidad, iba a

abrir la boca.

Pero Theremon fue el primero en hablar.

—Por supuesto, Sheerin, usted sabía lo que resultaría de esa teoría de los agujeros ideada por usted, ¿no es cierto? —Al hablar resaltaba las palabras.

Sheerin alzó una mano.

—Un momento, un momento. Déjenme pensar un poco. —Cruzó los dedos y luego, cuando la expresión de su mirada reveló que ya nada había que le produjera sorpresa o desconcierto, levantó la cabeza—. Evidentemente…

Pero no pudo acabar. De algún lugar situado por encima de ellos vino un considerable estrépito. Beenay, poniéndose en pie, se lanzó escaleras arriba.

—¡Qué diantre! —exclamó mientras corría.

El resto vino después.

Las cosas ocurrieron con precipitación. Una vez en la cúpula, Beenay se quedó mirando horrorizado las destrozadas placas fotográficas y al hombre que había junto a ellas; entonces, se lanzó furiosamente contra el intruso, echándole las manos al cuello. Hubo un violento forcejeo; entretanto, el resto de los hombres del Observatorio fueron llegando. Antes de darse cuenta, el extraño tenía sobre sí el peso de media docena de hombres terriblemente airados.

Entonces apareció Aton, jadeando pesadamente.

—¡Ponedlo en pie!

Hubo un leve movimiento de resistencia, pero, finalmente, el extraño, con las ropas desordenadas y la cabeza cubierta de magulladuras, fue levantado. Llevaba una corta barba amarilla, según el afectado estilo de los Cultistas.

Beenay no cedió la presa con que sujetaba al intruso.

—¿Por qué lo has hecho? —le gritó salvajemente—. Esas placas…

—No era lo que me interesaba —respondió el Cultista fríamente —. Fue una casualidad.

—Entiendo —dijo Beenay, que no dejaba de mirarlo con fiereza —. Ibas tras las cámaras. El tropiezo con las placas ha sido entonces una coincidencia afortunada para ti, pues. Si has hecho algo a mi cámara o a cualquier otra… te juro que morirás lentamente. Como

hay Dios que así ha de ocurrir…

Aton lo sujetó de una manga.

—¡Basta ya! ¡Déjelo!

El joven técnico vaciló y su brazo se resistió todavía unos segundos. Aton lo apartó con un gesto y se encaró con el Cultista.

—Usted es Latimer, ¿no?

El Cultista se inclinó y señaló el símbolo que había sobre su cadera.

—Soy Latimer 25, adjunto de tercera clase a Su Serenidad Sor 5.

—Y usted —añadió Aton enarcando las blancas cejas— vino con Su Serenidad cuando él me visitó la semana pasada, ¿me equivoco?

Latimer se inclinó por segunda vez.

—Y bien, ¿qué es lo que quiere?

—Nada que usted vaya a darme voluntariamente —dijo Latimer.

—Lo envía Sor 5, supongo… ¿o es algo suyo en particular?

—No responderé a esa pregunta.

—¿Han venido con usted otros visitantes?

—Tampoco responderé a ésta.

Aton se le quedó mirando largamente.

—Muy bien, señor. Dígame ahora qué es lo que su maestro desea de mí. Basta ya de coqueteos. Hace tiempo que pagué el favor.

Latimer sonrió levemente, pero nada dijo.

—Le solicité —continuó Aton agriamente— unos datos que sólo el Culto podía suministrarme, y me fueron proporcionados. Gracias nuevamente, señor. A cambio, prometí probar la verdad esencial del credo del Culto.

—No hay necesidad de probarla —replicó orgullosamente el otro —. Está suficientemente probada en el Libro de las Revelaciones.

—Sí para cierta canalla. Pero no pretenda confundir mis conocimientos. Me ofrecí a formular bases científicas de sus creencias. ¡Y lo hice!

Los ojos del Cultista se encogieron con amargura.

—Sí, usted lo hizo. Pero con la sutileza del zorro, pues al mismo tiempo que obtenía una explicación de nuestras creencias, trastornó todo lo que se le puso por delante. Usted convirtió la Oscuridad y las Estrellas en un fenómeno natural y alteró su verdadero significado. Eso fue una blasfemia.

—Si es así, la culpa no es mía. El hecho existe. ¿Qué puedo

hacer sino constatarlo?

—Su «hecho» no es más que un fraude y un engaño.

—¿Cómo lo sabe usted? —exclamó Aton irritado.

—¡Lo sé! —dijo el otro con entonación pletórica de fe y seguridad.

El director cambió el color de su faz, Beenay susurró una amenaza. Aton le hizo una señal para que callara.

—¿Qué quiere Sor 5 de nosotros? Imagino que aún debe opinar que es peligroso para las almas el que intentemos advertir al mundo de la amenaza que se avecina. No obtendremos ningún éxito si se empeña en considerarlo de esa manera.

—El atentado ha causado bastantes desperfectos. Hay que detener esa viciosa forma de obtener información mediante diabólicos instrumentos. Obedecemos la voluntad de las Estrellas y sólo lamento que mi torpeza les haya prevenido cuando intentaba desarticular sus infernales ingenios.

—No le habría reportado ningún bien —replicó Aton—. Todos nuestros datos, excepto aquellos que recogeremos por experiencia directa, se encuentran ya a salvo y situados más allá del alcance de cualquier destrucción. —Sonrió con los labios apretados—. Lo que no evita que usted sea considerado por nosotros como un criminal.

Se volvió entonces a los hombres situados tras él.

—Que alguien llame a la policía de Saro City —dijo.

—Condenación, Aton —exclamó Sheerin con disgusto—, ¿qué le ocurre? No hay tiempo para eso. Déjeme que yo me ocupe de él.

—No hay tiempo para hacer el ganso, Sheerin —dijo Aton con fastidio—. Haga el favor, pues, de dejar que yo haga las cosas a mi manera. Usted es aquí un completo extraño, y no debe olvidarlo.

—Explíqueme entonces —dijo Sheerin— por qué tenemos que molestarnos llamando a la policía. El eclipse de Beta comenzará dentro de escasos minutos y tenemos aquí un hombre que está deseando dar su palabra de honor de que no nos causará más problemas.

—No voy a hacer tal cosa —saltó prontamente el Cultista—. Ustedes son libres de hacer cuanto les venga en gana, pero les advierto que si me dejan ir a mi aire me las apañaré para terminar lo que he venido a hacer. Si ésta es la palabra de honor que esperarán de mí, creo que será mejor para todos ustedes llamar a la

policía.

—Eres un tunante decidido, ¿eh? —dijo Sheerin con una sonrisa —. Pero voy a explicarte unas cuantas cosas. ¿Ves al muchacho que está junto a la ventana? Es un tipo fuerte, violento, muy hábil con los puños… Y no pertenece al Observatorio, además. Una vez comience el eclipse, no tendrá nada que hacer aquí excepto, en todo caso, hincharse un ojo. Luego estoy yo, demasiado pesado para soltar unos cuantos puñetazos, pero empeñado en la idea, vaya.

—¿Y qué quiere decirme con eso? —preguntó el Cultista inquieto.

—Escucha y te lo diré —fue la respuesta—. Tan pronto comience el eclipse, el señor Theremon y yo te conduciremos a una habitación cerrada que no cuenta más que con una puerta, una fuerte cerradura y ninguna ventana. Permanecerás allí mientras dure.

—Y después —exclamó agitadamente Latimer— no habrá nadie para dejarme salir. Sé tan bien como usted lo que significa la llegada de las Estrellas… lo sé incluso mejor que usted. Ustedes se volverán locos y no querrán liberarme. Asfixia o muerte por inanición, ¿no es eso lo que piensa? Más o menos lo que debía haber esperado de un grupo de científicos. Pero no daré mi palabra, no conseguirán que me esté quieto. Es una cuestión de principios y no discutiremos más el asunto.

Aton parecía turbado. Sus desorbitados ojos mostraban una buena dosis de agitación.

—Pero, Sheerin, encerrándolo…

—¡Por favor, señor! —exclamó Sheerin con impaciencia—. No he pensado ni por un momento ir tan lejos. Latimer ha intentado una jugarreta pero yo no soy psicólogo sólo porque me gusta el sonido de la palabra. —Hizo un guiño al Cultista—. Vamos, hombre, no habrás pensado que iba a exponerte a morir de hambre, ¿verdad? Sólo intentaba algo de menor monta, mi querido Latimer. Fíjate. Si te ponemos bajo llave no verás la Oscuridad ni tampoco las Estrellas. No hace falta estar muy enterado del credo fundamental del Culto para llegar a la conclusión de que permanecer oculto cuando las Estrellas aparezcan significa la pérdida del alma inmortal. Ahora bien, yo creo que tú eres un hombre de bien. Por ello, aceptaré tu palabra de honor de que no

nos causarás molestias en cuanto te decidas a ofrecérmela…

Una agitación pareció recorrer el cuerpo de Latimer.

—¡Está bien, tienen ustedes mi palabra de honor! —dijo, y añadió seguidamente con saña—: Pero me consuela saber que todos quedarán condenados por este acto.

Giró sobre sus talones y se dirigió precipitadamente hacia el alto taburete que había junto a la puerta.

—Tome asiento junto a él —dijo Sheerin indicando con la cabeza al columnista—. Sólo como simple formulismo. ¡Eh, Theremon!

Pero el periodista no se movió. Se había quedado pálido hasta la raíz del cabello.

—¡Miren! —Su dedo apuntaba al cielo y su voz era áspera y gutural.

Como obedeciendo una orden, todas las miradas siguieron la dirección del dedo y contemplaron el espectáculo sin respirar.

¡Beta estaba menguando por un lado!

El escaso trozo de oscuridad que ofrecía quizá no fuera mayor que una uña, pero para los aterrorizados observadores aquello que veían significaba el inicio de la maldición.

La observación de los hombres duró un corto segundo, casi tan corto como la confusión que siguió a continuación, que desapareció en cuanto cada uno se entregó a su labor prescrita. No había tiempo para emociones en aquellos momentos. Los hombres se habían transformado exclusivamente en científicos con trabajo que hacer. Hasta el mismo Aton se había evaporado.

—El primer instante de la superposición debe haber ocurrido hace quince minutos —dijo Sheerin—. Un poco pronto, pero no está mal si tenemos en cuenta las dificultades que han acompañado los cálculos. —Miró a su alrededor y se acercó a Theremon, que se había quedado mirando por la ventana.

—Aton está furioso —murmuró—. Se perdió el momento inicial de la superposición con todo el jaleo de Latimer y si ahora se le pone uno delante corre el peligro de ser arrojado por la ventana.

Theremon asintió con la cabeza y se sentó. Sheerin lo miró con sorpresa.

—Por el diablo, oiga —exclamó—. Está usted temblando.

—¿Qué? —Theremon se humedeció los secos labios e intentó

sonreír—. No me siento muy bien, ¿qué quiere que haga?

—No irá a perder el control, ¿verdad?

—¡No! —gritó Theremon, indignado—. ¿Acaso tengo otra alternativa? Jamás creí en todo este galimatías… hasta este momento. Deme una opción, dígame qué puedo hacer. Usted ha estado preparándose durante dos meses para este acontecimiento.

—Tiene razón, claro —comentó Sheerin pensativo—. ¡Escuche! ¿Tiene usted familia… padres, esposa, hijos?

Theremon negó con la cabeza.

—Va usted a hablar del Refugio, ¿eh? No tiene que preocuparse por eso. Tengo una hermana, pero está a dos mil millas de aquí. Ni siquiera sé su dirección.

—Bueno, entonces, ¿qué me dice de usted mismo? Puede ir allí, aún hay tiempo; desde que lo dejé queda una plaza libre. Después de todo aquí no es necesario.

—Vaya —dijo Theremon mirando al otro con cansancio—. Usted cree que estoy asustado. Piense lo que quiera, señor. Soy periodista y me ha sido encomendado conseguir un reportaje. Es lo que intento hacer.

Una amplia sonrisa cruzó la cara del psicólogo.

—Entiendo, honor profesional y todo eso.

—Puede llamarlo así. Pero, amigo mío, daría mi brazo derecho por una botella de ese reparador de ánimos que tenía usted antes, aunque fuera la mitad de pequeña. Si algún camarada suyo necesita un trago, ése soy yo.

Entonces saltó. Sheerin estaba dándole codazos.

—¿No oye eso? Escuche.

Theremon siguió el movimiento de la mandíbula del otro y miró al Cultista, que, olvidado de todo cuanto acontecía a su alrededor, contemplaba la ventana con una expresión de poseso, al tiempo que entonaba una casi inaudible salmodia.

—¿Qué dice? —susurró el columnista.

—Está citando el Libro de las Revelaciones, capítulo quinto —replicó Sheerin. Luego, con urgencia—: Aguarde un momento y escuche.

La voz del Cultista se había alzado en una repentina plegaria de fervor.

»Y ocurrió que, por aquellos días, el Sol, Beta, habitó en solitaria

vigilia en la mansión celeste por el más largo de los períodos conocidos, mientras cumplía su revolución; tanto duró su recorrido que, en mitad de su revolución, solitario, encogido y frío, cesó de brillar sobre Lagash.

»Y los hombres se reunían en las plazas públicas y en los caminos para comentar y maravillarse de la señal, pues una extraña depresión había ocupado sus almas. Su mente se turbó y su lengua se tornó confusa, pues las almas de los hombres aguardaban la venida de las Estrellas.

»Y en la ciudad de Trigon, Vendret 2 vino y dijo a los hombres de Trigon: "¡Helo ahí, oh pecadores! Hablabais con desdén de los caminos de la virtud, pero ya ha llegado el tiempo de rendir cuentas. Por fin, la Gruta se aproxima para devorar Lagash; y con Lagash, todos sus moradores".

»Y mientras esto decía, el labio de la Gruta de la Oscuridad sobrepasó el borde de Beta, de modo que todo Lagash quedó sin su luz. Grandes fueron los gritos de los hombres mientras contemplaban la desaparición, y grande también el estremecimiento que desconsoló sus almas.

»Y ocurrió que la Oscuridad de la Gruta cayó sobre Lagash y ya no hubo más luz en toda la superficie de Lagash. Los hombres quedaron como ciegos y nadie podía ver a su vecino aunque sentía su aliento contra su rostro.

»Y en el interior de esta negrura aparecieron las Estrellas en cantidades inmensas, y era tal la belleza y de tal modo encantaba todo lo creado, que hasta las hojas de los árboles entonaron cánticos llenos de admiración.

»Y en aquel momento las almas de los hombres se separaron de sus cuerpos, reduciéndose éstos al estado de las bestias; en verdad, fue como si el mundo se hubiera convertido en una selva; así, por las entiznadas calles de Lagash los hombres prorrumpieron en salvajes gritos.

»Entonces, se extendió desde las Estrellas el Fuego Celestial y, allí donde tocaba, las ciudades de Lagash se convertían en caos de llamas y destrucción; tanto que, de los hombres y las obras de los hombres, nada quedó.

»Desde entonces…

Hubo una sutil alteración en el tono de Latimer. Sus ojos

permanecían ausentes, pero de alguna manera llamó la atención de los otros dos. Fácilmente, sin la menor pausa para tomar aliento, el timbre de su voz cambió y las sílabas se volvieron más líquidas.

Theremon, cogido por sorpresa, lo miró fijamente. Las palabras siguieron luego el tono anterior. Había habido un elusivo cambio en el acento, un débil cambio en la caída de las vocales; pero nada más… quizá ni el mismo Latimer comprendiera lo que había ocurrido.

—Seguramente cambió a alguna lengua de otro ciclo, con toda probabilidad del tradicional ciclo segundo. Era la lengua en la que fue escrito primariamente el Libro dé las Revelaciones.

—No importa. Ya he oído bastante. —Theremon se echó atrás en la silla y se mesó el cabello—. Me siento mucho mejor ahora.

—¿De veras? —Sheerin pareció sorprenderse.

—Se lo explicaré. Me he puesto verdaderamente nervioso hace un rato. Entre su explicación de la gravitación y el comienzo del eclipse he estado al borde de un ataque de nervios. Pero eso —y señaló con el pulgar al gualdibarbado Cultista—, eso es exactamente lo que mi niñera solía contarme. Me he reído de esas cosas durante toda mi vida. No voy a permitir que me asusten ahora.

Suspiró profundamente y continuó con cierta alegría:

—Si voy a seguir contándole lo angelito que soy, mejor será que aparte mi silla de la ventana.

—Sí, pero debería usted hablar mas bajo —comentó Sheerin—. Aton acaba de asomar la cabeza por la puerta y le ha lanzado a usted una mirada capaz de asesinarle.

—Había olvidado al viejo —dijo con una mueca. Luego, poniendo en ello el máximo cuidado, apartó la silla de la ventana mientras lanzaba miradas de disgusto por encima del hombro—. Se me acaba de ocurrir que deben haber fabricado alguna clase de inmunidad contra la locura de las Estrellas.

El psicólogo no respondió en seguida. Beta había ya rebasado su cenit y el haz de sanguínea luz que penetraba por la ventana se deslizaba por el suelo hasta el punto de alcanzar casi las piernas de Sheerin. Contempló pensativamente aquel color arcilloso y luego, inclinándose, echó una fugaz mirada al sol.

El mordisco del eclipse se había agrandado hasta alcanzar ahora

un tercio de Beta. Se estremeció súbitamente y, cuando pudo serenarse, sus mejillas no conservaban ya el generoso color que otrora prodigaban. Con una sonrisa que era casi una excusa, apartó también su silla.

—En estos momentos, poco más de dos millones personas en Saro City habrán convertido el Culto en religión mayoritaria. —Luego, con ironía—: Por una hora al menos, el Culto gozará de una prosperidad nunca vista. Pero ¿qué me estaba diciendo?

—Iba a preguntarle cómo se las apañan los Cultistas para transmitir de ciclo en ciclo el manejo del Libro de las Revelaciones, y cómo es que se escribió por primera vez en Lagash. Debe haber alguna especie de inmunidad, pues, si todos se volvían locos, ¿quién pudo haber escrito el libro?

Sheerin se quedó mirando con tristeza al periodista.

—Pues mire, joven, no hay respuesta documentada sobre eso, pero tenemos unos cuantos indicios para suponer qué ocurrió. Hay tres clases de personas que resultan relativamente ilesas. Primero, las que por alguna razón ignota no ven las Estrellas: los que se meten en la cama en aquel momento o los que se emborrachan al comienzo del eclipse. Pero vamos a descartarlos porque no son realmente testigos.

»Luego están los niños menores de seis años, para quienes el mundo es todavía demasiado nuevo y extraño para reparar en las Estrellas o asustarse de la Oscuridad. El fenómeno sería considerado como uno de tantos artículos del catálogo de sorpresas que depara el mundo. ¿No lo cree usted así?

—Imagino que sí —replicó el otro con cierto gesto de duda.

—Por último, están aquellos que poseen una mente demasiado grosera para comprender el hecho, algo así como ancianos y retrasados mentales, que, verdaderamente, quedarían escasamente afectados. Bien, entre la incoherente memoria de los niños y los relatos de los que quedaron a medio enloquecer se formaron posiblemente las bases del Libro de las Revelaciones.

»Claro que, por otra parte, el libro se baso, primeramente, en el testimonio de aquellos que por lo menos tenían alguna cosa que contar, es decir, los niños y los retrasados. Luego, seguramente fue editado y reeditado en el curso de los ciclos.

—¿Supone usted —interrumpió Theremon— que el libro fue

transmitido a través de los ciclos de la misma manera que nosotros nos hemos transmitido las bases para teoría de la gravitación universal?

Sheerin hizo una mueca.

—Tal vez, pero el método exacto poco importa ahora, el caso es que lo hicieron. El punto al que quiero llegar es que el libro sólo puede contribuir a confundir más las cosas, por muy basado que esté en hechos auténticos. Por ejemplo, ¿recuerda el experimento con los agujeros en el techo llevado a cabo por Faro y Yimot, el que no funcionó?

—Sí.

—¿Y sabe usted por qué no func…? —Se detuvo y se puso en pie alarmado. Aton se acercaba con el rostro completamente consternado—. ¿Qué ha ocurrido?

Aton se detuvo a su lado y Sheerin pudo sentir la presión de sus dedos sobre su codo.

—¡No tan alto! —La voz de Aton manaba henchida de contenida tortura—. Acabo de hablar con el Refugio por la línea privada.

—¿Están en apuros? —preguntó Sheerin con angustia.

—Ellos, no. —Aton remarcó significativamente el pronombre—. Hace un rato que precintaron la puerta y permanecerán enterrados hasta pasado mañana. Están a salvo. Pero la ciudad, Sheerin… es la ruina. No puede hacerse ni idea… —Comenzó a sufrir dificultades en la vocalización.

—¿Y? —soltó Sheerin con impaciencia—. ¿Qué ocurre con la ciudad? —Luego, con una sospecha—: ¿Cómo se encuentra?

Los ojos de Aton relampaguearon irritados ante la insinuación, pero pronto volvieron al anterior brillo de ansiedad.

—No lo entiendo. Los Cultistas se han puesto en acción. Están convenciendo a la masa para que tome por asalto el Observatorio, prometiendo a cambio la absolución de sus pecados, la salvación, cualquier cosa. ¿Qué haremos, Sheerin?

La cabeza de Sheerin se inclinó y sus ojos se perdieron en una completa y prolongada abstracción. Luego, alzó la mirada y dijo con crispación:

—¿Hacer? ¿Acaso hay algo por hacer? Nada hay que pueda hacerse. ¿Saben esto los hombres?

—¡Claro que no!

—¡Perfecto! Siga sin decirles nada. ¿Cuánto falta?

—Apenas una hora.

—Lo único que podemos hacer es arriesgarnos. Llevará algún tiempo organizar una fuerza considerable y aún más traerlos hasta aquí. Estamos a más de cinco millas de la ciudad…

Se quedó mirando la ventana, por la que se divisaban las cúpulas de los edificios de las afueras; más allá, la borrosa sombra de la ciudad misma, como envuelta por una niebla que inundara el horizonte.

—Llevará tiempo —repitió—. Sigan trabajando y recen por que el eclipse acabe antes.

Beta estaba seccionado por la mitad, mostrando una leve curva que se adentraba en la parte todavía brillante del sol. Era como un gigantesco párpado que fuera adormeciendo el ojo del mundo.

El débil murmullo de la sala se fue convirtiendo en pasto del olvido y su atención vagó por los campos que se divisaban desde la ventana. Los insectos parecían sufrir el terror calladamente. Los objetos iban desvaneciéndose.

Una voz zumbó en su oído y se sobresaltó.

—¿Algo va mal? —preguntó Theremon.

—¿Eh?… No, no. Vuelva a su silla. Aquí estorbamos. —Se retiraron a su esquina aunque el psicólogo permaneció mudo por un tiempo. Con un dedo se palpaba el cuello. Luego, alzó la mirada repentinamente.

—¿Tiene usted dificultades en la respiración?

El periodista abrió los ojos y aspiró repetidas veces.

—No, ¿por qué?

—He estado en la ventana demasiado tiempo. La disminución de la luz ha debido afectarme. Las dificultades respiratorias son el primer síntoma de un ataque de claustrofobia.

Theremon volvió a aspirar nuevamente.

—Bueno, parece que a mí no me ha afectado. Mire, otro compañero.

Beenay había interpuesto su cuerpo entre la luz y la pareja sita en la esquina y Sheerin se dirigió a él con premura.

—Eh, Beenay.

El astrónomo cambió el peso de su cuerpo de un pie a otro y sonrió débilmente.

—¿Qué pensarías si me sentara un rato y habláramos? Mis cámaras están preparadas y no hay nada que hacer hasta el eclipse total. —Hizo una pausa y miró al Cultista, que quince minutos antes había abierto un pequeño libro enfrascándose en su lectura—. ¿Ha dado problemas esa rata?

Sheerin sacudió la cabeza. Sus hombros se contrajeron mientras parecía concentrarse en sus conductos respiratorios.

—¿Tienes dificultades al respirar, Beenay?

Beenay olfateó el aire.

—Creo que no soy yo el que huele mal, Sheerin.

—Creo que es claustrofobia —se excusó Sheerin.

—¡Ah, vamos! A mí me afecta de manera distinta. Me da la sensación de que mis ojos me persiguen. Las cosas comienzan a zumbar… bueno, todo se vuelve confuso. Y frío también.

—Oh, frío, claro que sí. Pero eso no es ninguna ilusión —observó Theremon—. Yo tengo los juanetes como dentro de una nevera.

—Lo que necesitamos es mantener nuestras mentes ocupadas en algo distinto —apuntó Sheerin—. Estaba diciéndole hace un momento, Theremon, por qué el experimento de Faro se convirtió en humo.

—Aún no había comenzado —replicó Theremon. Alzó una rodilla y la sujetó en el aire con las manos cruzadas en torno a ella.

—Bueno, pues comenzaba a decirle que fallaron por tomar el Libro de las Revelaciones al pie de la letra. No hay probablemente ninguna razón para tomar las Estrellas en sentido físico. Debe tratarse, indudablemente, de la necesidad de luz que la mente experimenta al encontrarse en la Oscuridad total. Creo que las Estrellas consisten justamente en esta desesperada ilusión de luz.

—En otras palabras —intervino Theremon—, usted supone que las Estrellas son fruto de la locura y que no tienen ninguna otra causa. Entonces, ¿qué van a fotografiar los hombres de Beenay? ¿Por qué están preparados para fotografiar algo?

—Tal vez para probar que es una ilusión; o para probar lo contrario. Luego…

Pero Beenay había aproximado su silla y vieron en su rostro la expresión de un repentino y exaltado entusiasmo.

—Oiga, me alegra infinito que se ocupen de ese asunto —guiñó

los ojos y alzó un dedo—. He estado cavilando sobre esas Estrellas y he llegado a una idea ingeniosa. Claro que no son sino migajas del pensamiento y no me he ocupado del todo en ello, pero pienso que es interesante. ¿No quieren oírlo?

Fingió no estar del todo decidido, pero Sheerin se acomodó en la silla y dijo:

—Adelante, yo te escucho.

—Allá va. Supongamos que hay otros soles en el universo. —Hizo un leve aspaviento—. Quiero decir soles que se encuentran muy alejados y son demasiado pequeños para verlos. Suena como si hubiera estado leyéndolo en algún relato fantástico, ¿eh?

—No necesariamente. Aunque, ¿no queda eliminada esa posibilidad por el hecho de que, según la ley de Gravitación, debieran hacerse evidentes por su fuerza de atracción?

—No, si están muy lejos —replicó Beenay—, verdaderamente lejos, algo así como cuatro
años-luz
o más. Nunca podríamos detectar sus perturbaciones porque son demasiado pequeñas. Pongamos entonces que hay un montón de soles muy lejanos, una docena o dos.

—Buena idea para un artículo en el suplemento dominical. ¡Dos docenas de soles a ocho
años-luz
de distancia en el universo! ¡Nada menos! Eso reduciría la relevancia de nuestro mundo —dijo Theremon.

—Es sólo una idea —dijo Beenay con un guiño—, pero usted la ha captado a fondo. Durante un eclipse, esas docenas de soles se volverían visibles porque ya no habría ningún sol real que las ocultara con su más poderosa luz. A la distancia a que se encontrarían aparecerían como muy pequeños, como pequeñas cuentas de marfil. Claro que los Cultistas hablan de millones de Estrellas, pero sin duda es una exageración. No hay lugar en el universo capaz de contener un millón de soles sin tocarse los unos con los otros.

Sheerin había estado escuchando con creciente interés.

—Creo que has acertado en algo, Beenay. Una exageración es exactamente lo que ocurrió en otros tiempos. Como sabes, nuestra mente no puede concebir un número mayor que el cinco; más allá

sólo contamos con el concepto «mucho». Una docena podría convertirse perfectamente en un millón. ¡Ha sido una gran idea!

—Aún tengo otra idea también ingeniosa —añadió Beenay—. ¿Has pensado alguna vez lo que sería una gravitación de problema simple si tuvieras un sistema suficientemente simple? Supón que tienes un universo en el que hay sólo un planeta y un único sol. El planeta rotaría en un perfecto eclipse y la naturaleza exacta de la fuerza gravitacional sería tan evidente que sería aceptada como un axioma. Los astrónomos de un mundo tal darían con la gravedad probablemente antes de que inventaran el telescopio. La observación a simple vista sería suficiente.

—Pero ¿sería un sistema dinámicamente estable? —preguntó Sheerin dudoso.

—¡Claro! Se trataría del caso modelo. Comprobado matemáticamente, aunque son las aplicaciones filosóficas lo que me interesa.

—Es agradable pensar sobre eso —admitió Sheerin— como una abstracción… algo así como el gas perfecto, o el cero absoluto.

—Claro —continuó Beenay—, está el problema de que la vida sería imposible en un planeta así. No habría comida ni luz suficiente, y en su rotación sobre su eje habría media parte de Luz y media de Oscuridad. No puedes esperar que haya vida (que depende fundamentalmente de la luz) ni que se desarrolle en tales condiciones. Aparte…

La silla de Sheerin fue despedida hacia atrás y él se puso repentinamente en pie.

—Aton va a encender luces.

Beenay soltó una exclamación, se volvió para mirar y se quedó con la boca abierta.

Aton permanecía con los brazos llenos de estacas de un pie de longitud y una pulgada de anchura. Miró al trío y se dirigió a Sheerin y Beenay.

—Venga, a trabajar. Usted, Sheerin, venga aquí y ayúdeme.

Sheerin correteó hasta el anciano y una por una fueron colocando las estacas en candeleros metálicos adosados a las paredes.

Adoptando los movimientos del que ejecuta el más sagrado ritual, Sheerin encendió una ancha y tosca cerilla y se la pasó a

Aton, que aplicó la llama a la punta de las estacas.

Las llamas vacilaron un rato como si temieran consumir la madera, pero luego, casi repentinamente, se hincharon iluminando la cara de Aton con resplandor amarillo. Retiró la cerilla y un espontáneo y flamígero jolgorio oscureció la ventana.

¡Las estacas estaban coronadas por una ondeante llama de seis pulgadas! La sala se había llenado de resplandor amarillo.

La luz no era poderosa, incluso podía decirse que era más débil que la ya atenuada luz solar. Las cabezas de las estacas ardían con llama temblorosa, provocando sombras bailoteantes. Humeaban como un desafortunado día en la cocina. Pero emitían luz amarilla.

No era de despreciar esta luz después de cuatro horas de un progresivamente mortecino Beta. El mismo Latimer había apartado los ojos de su libro y la contempló admirado.

Sheerin, extendiendo los brazos a la antorcha que tenía más cerca, exclamó para sí mismo extasiado:

—¡Hermoso! ¡Hermoso! Nunca antes me había percatado de cuán maravilloso es el amarillo.

Pero Theremon miró las antorchas con desconfianza. Olisqueó el tufo que producían y comentó:

—¿Qué bichos son ésos?

—Simplemente madera —dijo Sheerin.

—No, no es posible. Si no se está quemando. La llama se limita a arder en la punta, pero no quema la parte restante.

—He ahí lo más bello de todo. Es un mecanismo eficiente de luz artificial. Hemos fabricado unos cuantos centenares, pero la mayor parte fue llevada al Refugio, obviamente. Tome el núcleo de una caña, séquelo y úntelo con grasa animal. Luego, acérquele fuego y la grasa arderá poco a poco. Esas antorchas arderán casi media hora sin parar. Ingenioso, ¿no cree? Fue un trabajo desarrollado por uno de nuestros muchachos en la Universidad de Saro.

Tras la momentánea sensación, la quietud había regresado a la cúpula del Observatorio. Latimer había acercado su silla a una antorcha y continuaba leyendo bajo su luz, moviendo los labios en la monótona invocación de las Estrellas. Beenay había vuelto nuevamente a sus cámaras y Theremon vio la oportunidad de añadir ciertos comentarios a las notas que había escrito para el Chronicle de Saro City.

Pero, al advertir la divertida luz de los ojos de Sheerin, otra cosa vino a desplazar de su mente el propósito de escribir aquellos comentarios. Otra cosa que no era sino que el cielo se había convertido en un horrible vacío púrpura y violeta, como si fuera una gigantesca berenjena.

El aire se había vuelto más denso. El crepúsculo, como un cuerpo palpable, inundaba la sala y el agitado círculo amarillo que coronaba las antorchas dificultaba la contemplación de los colores situados más allá. Luego, pudo apreciarse el crecimiento del humo y del intenso olor que las materias combustionadas producían entre secos chisporroteos; más tarde, los objetos iban adentrándose en las sombras inescrutables, como el blando almohadón de la silla de uno de los hombres que trabajaban en torno a la mesa central o el gesto espontáneo de algún otro que intentaba mantener la compostura en la creciente noche que inundaba la sala.

Fue Theremon el primero en escuchar el extraño ruido. Era más bien una vaga e incoherente impresión de sonido que hubiera resultado imperceptible de no extenderse sobre la cúpula un silencio de muerte.

El periodista se enderezó al tiempo que apartaba su libro de notas. Contuvo la respiración y permaneció alerta; luego, no sin resistencia, caminó entre el solaroscopio y una de las cámaras de Beenay, deteniéndose ante la ventana.

El silencio saltó hecho pedazos nada más articular una palabra:

—¡Sheerin!

Todas las ocupaciones cesaron en ese instante. El psicólogo estuvo prontamente a su lado. Aton se les unió. Incluso Yimot 70, sentado en lo alto frente al ocular del gigantesco solaroscopio, detuvo su trabajo y miró hacia abajo.

Fuera, Beta era apenas un rescoldo que lanzaba una última y desesperada mirada sobre Lagash. El horizonte que se delineaba más allá de Saro se había perdido en la Oscuridad, y la carretera que unía la ciudad con el Observatorio era una línea de roja tiniebla bordeada por apenas dibujados árboles que, en la parte boscosa, se habían convertido en incongruente masa negra.

Pero era la carretera lo que había llamado su atención, pues a lo largo de ella tomaba cuerpo otra sombría masa, mucho más amenazante si cabe.

—¡Son los lunáticos organizados por los Cultistas!

—¿Cuánto falta para el eclipse total? —preguntó Sheerin a Aton.

—Quince minutos, pero… estarán aquí en menos de cinco.

—Calma, usted cuide que sus hombres sigan trabajando. Nosotros haremos lo demás. Este lugar está construido como una fortaleza. Aton, échele una ojeada a nuestro joven Cultista. Theremon, venga conmigo.

Sheerin se lanzó hacia la puerta y Theremon se le pegó a los talones. Bajaron las escaleras que giraban en torno a un eje central, descendiendo a una zona poblada de luz incierta.

El primer impulso les había llevado quince pies más abajo, de manera que los débiles resplandores de la habitación inundada de amarillo apenas arrojaron débiles reflejos hasta su total desaparición. Ahora, tanto por arriba como por abajo, estaban rodeados de la misma sombra crepuscular que antes contemplara desde la ventana.

Sheerin se detuvo con una mano comprimiéndose el pecho.

—No puedo… respirar. —Su voz sonaba como una seca tos—. Baje… usted solo… cierre todas las puertas.

Theremon bajó unos cuantos peldaños, luego se giro.

—¡Espere! ¿Puede aguantar un minuto? —Estaba jadeando. El aire entraba y salía de sus pulmones como si fuera melaza y había allí como un pequeño germen del pánico abriéndose camino por entre las Tinieblas y dentro de su propio cerebro.

¡Al fin Theremon tenía miedo de la oscuridad!

—Aguarde, volveré en un segundo. —Acto seguido, se lanzó escaleras arriba, subiendo de dos en dos escalones; penetró en la sala de la cúpula, cogió una antorcha y de nuevo se internó en la escalera. Corría con tal ímpetu que el humo inundó sus ojos dejándolo casi ciego, y llevaba la llama tan pegada al rostro que parecía querer besarla.

Sheerin abrió los ojos cuando comprobó que Theremon estaba a su lado. Este le dio un leve codazo.

—Vamos, ánimo, acabo de conseguir lo que más falta le hacía. Ya tenemos luz.

Sujetó la antorcha en lo alto de su brazo erguido y comenzó a bajar de puntillas, cuidando que el psicólogo se mantuviera en el interior del área iluminada.

Las oficinas de la planta baja, ausentes de toda iluminación, estremecieron de horror a los dos hombres.

—Aquí —dijo bruscamente Theremon y cedió la antorcha a Sheerin—. Puedo oírlos fuera.

Del exterior llegaban ruidos de movimiento y gruñidos sin palabras.

Pero Sheerin tenía razón; el Observatorio estaba construido como una fortaleza. Levantado en el último siglo, cuando el estilo neogavotano había llegado a su punto culminante en arquitectura, había sido diseñado con mayor estabilidad que belleza y más consistencia que elegancia.

Las ventanas estaban protegidas por rejas a base de barras de hierro de una pulgada de grosor, hundidas en el antepecho. Los muros manifestaban sólida albañilería que ni un terremoto podría inmutar. Y la puerta mayor no era sino una mole de roble reforzada con hierro. Theremon corrió los pestillos y los metales resonaron con prolongado chirrido.

Al otro extremo del pasillo, Sheerin maldecía en voz baja. Señaló la cerradura de la puerta trasera que había sido limpiamente forzada con palanqueta y dejada completamente inútil.

—Por aquí debió entrar Latimer —dijo.

—Bueno, no nos quedemos aquí —dijo Theremon con impaciencia—. Arreglemos como sea esa cerradura… y mantenga la antorcha apartada de mis ojos, el humo me está matando. Había arrimado una pesada tabla contra la puerta mientras hablaba y en pocos minutos levantó una poderosa barricada que tenía poco de simetría y belleza.

De algún lugar, amortiguadamente, alcanzaron a oír un ruido de puños contra la puerta; los berridos y chillidos, que ahora podían oírse procedentes del exterior, conferían a la escena un viso de irrealidad.

La gente había salido de Saro City con sólo dos cosas en la cabeza: el logro de la salvación Cultista mediante la destrucción del Observatorio, y un miedo enloquecedor que les obligaba a todo menos a paralizarse. No había tiempo para pensar en vehículos, amas o dirigentes, ni siquiera en organizarse. Tan sólo pensaban en llegar al Observatorio y asaltarlo con las manos desnudas.

Y ahora, cuando por fin estaban allí, el último destello de Beta,

el postrer gemido de una agonizante llama, relampagueó triste y pobremente sobre una humanidad a la que abandonaba dejándola sin otra compañía que el miedo al universo.

—¡Volvamos a la cúpula! —exclamó Theremon.

En la cúpula, sólo Yimot, en el solaroscopio, permanecía en su puesto. El resto estaba ahora ocupado con las cámaras y Beenay estaba dando instrucciones con extraña voz.

—No me falléis ninguno. Quiero tomar a Beta justo antes del eclipse total y luego cambiar la placa rápidamente. Tomaréis una cámara cada uno… Ya sabéis cuánto tiempo… de exposición se necesita…

Hubo un susurro de asentimiento.

Beenay se pasó una mano por los ojos.

—¿Arden todas las antorchas? Ya veo que sí. —Con cierta dificultad en su postura, parecía apoyarse en el respaldo de la silla —. Ahora, recordad… no intentéis obtener buenas fotografías. No quiero brillanteces como sacar dos estrellas de un solo disparo. Con una hay de sobra. Y… si os sentís mal, apartaos de la cámara.

En la puerta, Sheerin susurró a Theremon:

—Señáleme a Aton. No puedo verlo.

El periodista no pudo responder inmediatamente. Las vagas siluetas de los astrónomos parecían difuminadas en la oscuridad general, pues las antorchas se habían convertido en meros borrones amarillos.

—Está oscuro —murmuró.

Sheerin soltó su mano.

—Aton. —Dio unos pasos—. ¡Aton!

Theremon se movió tras él y lo cogió por el brazo.

—Espere, yo lo conduciré.

Caminó como pudo a través de la sala. Hundió sus ojos en las Tinieblas y su mente en el caos que había en ellas.

Nadie parecía oírlos ni prestarles atención. Sheerin tropezó contra la pared.

—¡Aton! —llamó.

El psicólogo advirtió que unas manos lo rozaban, se detuvo y escuchó una voz:

—¿Es usted, Sheerin?

—¡Aton! —Pareció recuperar el aliento—. No se preocupe por los exaltados. Aguantaremos.

Latimer, el Cultista, se puso en pie y en su rostro pudo verse la desesperación. Pero su palabra había sido dada y romper el juramento hubiera significado poner en peligro mortal su alma. Sin embargo, esa palabra había surgido a la fuerza y no por su libre voluntad. ¡Pronto vendrían las estrellas! No podía permanecer allí inmóvil… y no obstante había dado su palabra.

La cara de Beenay se iluminó lejanamente cuando alzó la vista para contemplar el último rayo de Beta, y Latimer, viéndolo inclinado sobre su cámara, tomó una decisión. Sus uñas se hundieron en la palma de sus manos mientras se ponía cada vez más tenso.

Trastabilló al ponerse en movimiento. Ante él sólo había sombras; el suelo que debía estar bajo sus pies carecía de sustancia. Entonces, alguien surgió bruscamente a su lado y se lanzó sobre él, dirigiendo sus dedos curvados contra su garganta.

Dobló la rodilla y la incrustó en el cuerpo de su asaltante.

—Déjeme levantarme, le mataré.

Theremon apretó los dientes y murmuró mientras hacía presión sobre Latimer:

—¡Rata traidora!

El periodista pareció advertir entonces muchas cosas a un tiempo. Oyó graznar a Beenay ordenando tomar precipitadamente las cámaras; luego, tuvo la extraña sensación de que el último reflejo de luz solar había desaparecido por completo.

Simultáneamente, escuchó una última exclamación de Beenay y un entrecortado grito de Sheerin, histérico chillido que se quebró en un áspero y repentino silencio; extraño, mortecino silencio exterior.

Y Latimer había quedado medio cojo en su frustrado ataque. Theremon miró a los ojos al Cultista y vio el resplandor del blanco que reflejaba el débil amarillo de las antorchas. Vio la burbuja babeante de los labios de Latimer y escuchó que de su garganta surgía un gemido animal.

Dominado por la sedante fascinación del miedo, apartó un brazo y volvió los ojos hacia la oscuridad de la ventana.

¡Más allá brillaban las estrellas!

No las tres mil seiscientas Estrellas inválidas que pueden verse a simple vista en la Tierra; Lagash estaba en el centro de una gigantesca constelación. Treinta mil espléndidos soles derramaban chorros de luz con tal serenidad e indiferencia que parecían más fríos que un helado de viento que atravesara el mundo.

Theremon se puso en pie; su garganta se negaba a dejar pasar el aliento y todos los músculos de su cuerpo permanecían en intenso estado de terror. Se estaba volviendo loco y lo advertía, y alguna parte de sí mismo que aún conservaba un mínimo de cordura luchaba por escapar del abrazo de aquel negro pánico. Era verdaderamente horrible volverse loco y darse cuenta de ello… saber que en apenas un minuto, a pesar de conservar la presencia física, la mente se ha internado en las vastas regiones de la demencia. Pues no otra cosa era la Oscuridad… la Oscuridad y el Frío y la Maldición. Los brillantes muros del universo parecían haber estallado y esparcido sus bloques macizos de luz, dejando escasos huecos negros entre los que se filtraba el vacío.

Tropezó contra alguien que caminaba a gatas y cayó sobre él. Se llevó las manos a la garganta, gateó hacia la llama de las antorchas que ocupaban su loca visión.

—¡Luz! —aulló.

Aton, en algún lugar, estaba gritando, lloriqueando terriblemente como un niño asustado.

—Las Estrellas… todas las Estrellas… nada sabíamos… nunca supimos nada. Pensábamos en seis estrellas para todo el universo pero las Estrellas no podían verse y la Oscuridad eterna eterna eterna y las paredes cayendo sobre nosotros que nada sabíamos nada podíamos saber nada nunca nada…

Sobre el horizonte que podía contemplarse desde la ventana, en la dirección de Saro City, un resplandor aural comenzó a vislumbrarse, tomar consistencia y crecer, estallando en fuertes brillos que, sin embargo, no pertenecían a la salida de ningún sol.

Nuevamente, la noche estaba allí.

ACTUACIÓN DE COMANDO

Walter M. Miller Jr.

«Command Perfomance» nos da el retrato de una mujer tan actual como pueda haberlo en la Ciencia Ficción. Esta historia es una prueba más de la fuerza narrativa y de la visión futurista de Walter Miller.

I

Tristeza silenciosa en una habitación a oscuras. El reloj habló nueve veces con su voz fría metálica. Ella se quedó inmóvil, apoyada contra los cortinajes junto a la ventana. La noche era negra, la casa vacía y silenciosa.

—«¡Vamos, Lisa!» —se dijo a sí misma—. «¡No te estás muriendo!».

Ella tenía treinta y cuatro años, aún hermosa, con un cuerpo esbelto y blanco y una corta pero abundante mata de cálido pelo rojo. Poseía un buen esposo, tres niños y seguridad. Tenía amigos, aficiones, actividades sociales. Pintaba cuadros mediocres para su propia diversión, tocaba el piano bastante bien y escribía lindas poesías para la sección literaria de la universidad. Era culta, cultivada, informada. Amaba y era amada.

¿Entonces por qué esta tristeza silenciosa?

Deseando algo, no esperando nada, miró hacia la oscuridad del jardín circundado por un muro de piedra. La noche era también silenciosa. Un distante farol callejero jugaba entre las ramas del olmo que proyectaba su sombra a través de otra ala de la casa. Contempló durante algún tiempo cómo la sombra vagaba. Un coche solitario cruzó la calle y desapareció. Una bocina sonó ronca a lo lejos.

¿Qué hay de malo? Mil veces desde la infancia había sentido aquella inquietud, este reptar de la mente que buscaba alguna expresión todavía no hallada. En las últimas semanas esta inquietud había sido particularmente intensa.

II

Trató de analizarse. ¿Qué existía de distinto en las últimas semanas? Acontecimientos: el trabajo de Frank le había enviado a la carretera durante un mes; los niños estaban en casa de su madre; el ayuntamiento había recomendado una emisión de bonos; ella despidió a su doncella; un borracho estranguló a su esposa; la universidad había inaugurado su nuevo laboratorio de psicofísica; su clase de arte había cerrado durante el verano.

Nada. Ninguna pista para el ansia irrazonable y sin meta que le gritaba como una voz tramando en un frenesí mental: «¡Vamos, comparte, satisface, exprésalo de lleno!».

¿Expresar qué? ¿Satisfacer qué? ¿Cómo?

Un niño, abandonado al nacer y muriéndose de hambre, sentiría unas ganas de comer terribles. Pero si jamás había probado la leche, no conocería el significado del hambre ni cómo calmarla.

«Yo necesito contar esto a alguien más, a alguien con mi propia experiencia o con la experiencia de otros». Trató de satisfacer el ansia con las metas de otros hambrientos: sus hijos, su marido enamorado, comida, bebida, arte, amistad. Pero el reptar era algo más, llorar por su estanque de carne desconocida y allí no había satisfacción.

«¿Cómo soy diferente de los otros?», se preguntó a sí misma. Pero era diferente sólo en los medios normales que cada ser humano difiere de la exacta normalidad. Su inteligencia era elevada, su genio corto, pero superior. Hasta cierto punto, se sentía dominada por la llamada de la creación. Físicamente, era delicadamente hermosa. Las únicas peculiaridades que conocía parecían ridículamente irrelevantes: Una señal oscura en el nacimiento del muslo, un mechón blanco en el pelo de su sien

izquierda. ¡Diferencias tontas y pequeñas!

Una gran diferencia: la tristeza silenciosa del hambre insatisfecha.

El chapoteo de grandes gotas de lluvia murmuró de pronto en el camino y en la hierba y a través del follaje del olmo. Unas cuantas gotas salpicaron la persiana, humedeciendo su cara y brazos con débiles puntitos de frescor. Había hecho un calor opresivo. Ahora en cambio había una suave frescura en la noche.

De mala gana cerró la ventana. La opresión de la casa caliente y vacía aumentó. Marchó hasta la puerta, abriéndola, que tenía acceso al amurallado Jardín.

Preparada para dormir sola, llevaba puesto únicamente un transparente camisón y nada más. Vagó, ociosamente, su mano trasteó con el nudo del cinturón, deshaciéndolo. La túnica se separó y el fino rociar de la lluvia le resultó deliciosamente fresco sobre su piel tersa y blanca.

El jardín estaba a oscuras, las sombras parecían de tinta, las casas de los vecinos muy a lo lejos. La pared servía de pantalla para cualquier par de ojos inquisitivos. Ella se pasó las manos por sus suaves y redondos hombros; las mangas del salto de cama se deslizaron por los brazos hasta el suelo. Desnuda del todo, sintiéndose como un animal libre, abrió todavía más la puerta y salió al jardín para cruzar por el cálido camino de piedra.

III

La lluvia murmuraba en el seto y rugía a su alrededor, salpicando de frescas gotas de lluvia sus esbeltas pantorrillas. Ella se estremeció y se adentró en el jardín. El palpar de sus dedos helados era una agradable caricia; riéndose corrió por el camino hacia el olmo. Las gotas de agua le salpicaron los senos, formaron regueros en su rostro y fríamente se deslizaron por sus costados, sus caderas y sus piernas.

Estaba alegre bajo la lluvia, trataba de danzar y reír. Corrió. Luego, cansada, se echó sobre el mojado césped, desperezando sus brazos y piernas y girando lentamente sobre la hierba como un felino. Los ojos cerrados, empapada y lánguida, rió con suavidad y jugó imaginativamente con la lluvia.

Las gotas eran como avispas con chaleco de acero, subiendo y bajando por la negrura, pero ella las fundió en su mente, las hizo blandas, frescas y acariciadoras. Las gotas se tomaron libertades impersonales con su cuerpo y ella rodó placentera hasta quedar boca abajo sobre la hierba blanda por la lluvia.

«Soy aún una bestia pálida —pensó feliz—, aún pariente de mi abuela la mona que bailaba en el árbol y que parloteaba cuando llovía. ¡Cuán absolutamente yerma sería la vida si yo no fuera una pálida bestia!».

Metió los dedos en tierra mojada, descubrió sus blancos dientes, apretó la frente contra el suelo y emitió un pequeño gruñido animal. Eso la divirtió y se echó a reír de nuevo. Agazapada, se puso a cuatro patas, arqueándose, los dientes aún al descubierto. Como un gato, siseó… y saltó sobre un pájaro dormido, capturándolo y sacudiéndolo hasta matarlo.

De nuevo yació riendo sobre la hierba.

«Si Frank me viese así —pensó—, me pondría en la cama con un par de comprimidos para dormir y llamaría al paciente doctor Mensley para que me echase un vistazo al cerebro. Y el doctor Mensley revisaría mis represiones y mis impulsos narcisistas, exhibicionistas, masoquistas. Me apretaría los tornillos y me reajustaría a la realidad, me encajaría en un surco confortable y arrancaría de mí la bestia pálida para convertirme en una muñeca parlante».

Lo había hecho ya varias veces antes. Pensando en el doctor Mensley, Lisa pensó en su vocabulario tratando de hallar la palabra más salvaje que pudiera recordar. La gruñó en voz alta y se sintió mejor.

La lluvia lentamente disminuía. Una sirena bramaba a lo lejos, la policía. Soltó una risita y se imaginó un titular del periódico de la mañana:

DESTACADA MUJER DE SOCIEDAD ENCARCELADA POR EXHIBICION INDECENTE.

Y la historia seguiría: «La señora Lisa Waverly fue detenida por la policía después de la denuncia de sus vecinos quiénes indicaron que corría desnuda por su jardín. La señora Heinehoffer, que avisó a los agentes, dijo: “fue simplemente terrible. Me pareció como si tuviera un arrebato”. El señor Heinehoffer, cuando se le pidió un comentario, simplemente cerró los ojos y sonrió con éxtasis».

Lisa suspiró cansada. La sirena se había alejado. La lluvia acababa de cesar, únicamente continuaban los goteos del olmo. Se encontraba cansada, agotada emocionalmente, y sin embargo, extrañamente melancólica. Se sentó despacio en la hierba acariciándose los senos.

La sensación le sobrevino gradualmente.

«¡Alguien ha estado contemplándome!».

IV

Se puso rígida, pero permaneció en el lugar, dejando que sus ojos hurgaran en torno a las sombras. Si sólo parase los goteos podría escuchar. Miró más allá del seto y a lo largo de las sombras junto al muro del jardín, hacia las oscuras ventanas de la casa, hacia el alero brumoso y débilmente iluminado desde abajo por las farolas callejeras. No vio nada, no oyó nada.

«Si hay alguien ahí», pensó, «llamaré suavemente y si alguien aparece, gritaré tan alto que la señora Heinehoffer me oirá».

—¡Eh! —exclamó en voz baja, lo suficiente para oírse hasta en las sombras más próximas.

No hubo respuesta. Cruzó los brazos detrás de su cabeza y volvió hablar, silenciosa y sensualmente.

—Ven y llévame.

Ningún monstruo negro se deslizó desde el seto para llevársela. Ninguna pantera saltó desde el seto para devorarla. Ninguna pantera saltó desde el olmo. Ella soltó una risita.

—Ven y dame un bocado.

Ningún gorila vino para apretarla y aplastarla con sus potentes mandíbulas.

Simplemente se había imaginado que la miraban otros ojos. Se desperezó y se incorporó, deteniéndose para sacudirse las hojas de hierba pegadas a su piel húmeda. Le había pasado la extraña adoración a la lluvia y ahora estaba alerta. Caminó despacio hacia la casa.

Entonces lo oyó… un sonido débil y crujiente, intermitente, lejano. Se detuvo en la sombra negra de la casa, escuchando. El crujir de un papel… luego un ruidito más pequeño… después fragmentos ásperos que caían en la calle. Se repitió a cortos

intervalos.

Respirando hondo y nerviosa, marchó de puntillas hacia la pared de piedra del jardín. Tenía dos metros de altura, pero había un banco de cemento debajo del enrejado. El sonido venía desde la otra parte de la pared. Se quedó agazapada sobre el banco; luego, ocultando su rostro detrás de las cepas, alzó la cabeza para mirar.

La farola estaba a mitad de una manzana de distancia, pero podía ver aún con dificultad. Un hombre estaba en la otra parte de la calle en las sombras, en apariencia aguardando el autobús. Comía cacahuetes que sacaba de una bolsa de papel, arrojando las cáscaras al suelo. Eso explicaba el sonido crujiente.

Ella le miró fulminante y triste desde detrás del enrejado de enredaderas.

«Te sacaré los ojos a arañazos si vienes a mirar por encima de mi pared», pensó.

—¡Hola! —dijo el hombre.

Lisa se quedó rígida y permaneció inmóvil. Era imposible que la viera. Ella estaba en las sombras, contra un fondo oscuro. ¿Había oído su estúpido balbucear de un momento antes?

Lo más probable, lo más seguro es que él no hubiese dicho nada, si no sólo aclarado su garganta.

—¡Hola! —repitió el hombre de nuevo.

El rostro de ella estaba escondido entre las goteantes cepas y no podía moverse sin provocar algún rumor. Se quedó petrificada en su lugar, mirando. Podía ver muy poco de él. Impermeable oscuro, sombrero oscuro, sombra esbelta. ¿La estaba mirando? Ella se sentía desesperadamente asustada.

De pronto el hombre tiró la bolsa de papel a la alcantarilla, bajó de la acera y cruzó la calle hacia la pared. Se quitó el sombrero y un pelo crespo y rubio relució bajo la distante luz de la farola. Se detuvo a tres metros, sonriendo inseguro hacia las cepas de la parra.

Lisa estaba temblorosa e inmóvil, mirándole con horror. Sensaciones extrañas, profundamente extrañas, le pasaron por su interior en oleadas. No había manera de describirlas, ni de comprenderlas.

—La… la encontré —balbuceó él con docilidad—. ¿Sabe usted qué es?

«Le conozco», pensó. «Tiene una cicatriz pequeña en la nuca y

un lunar entre los dedos de los pies. Sus ojos son azules y tiene un diente empastado y sus pies le duelen porque vino a pie desde la universidad y yo tengo bastante edad como para ser su madre. Pero no puedo conocerlo, porque jamás le he visto antes».

—Extraño, ¿no? —dijo inseguro. Tenía el sombrero en la mano y la cabeza doblada educadamente.

—¿Qué? —susurró ella.

Cambió de postura sus pies y los miró.

—Debe ser alguna especie de energía palpable biofísica, definible analíticamente… si tuviera bastantes datos. Dios sabe, no soy místico. Si existe, tiene que ser definible matemáticamente. ¿Pero por qué nosotros?

Horrorizada, la curiosidad la hizo apartar y apoyar sus brazos en la pared para mirarle con fijeza. Él alzó la vista abrumado y sus ojos se desorbitaron ligeramente.

—¡Oh!

—¿Oh, qué? —preguntó ella, frunciendo el ceño de manera terrible.

—¡Es usted muy hermosa!

—¿Qué es lo que quiere? —preguntó ella gélidamente—. ¡Váyase!

—Yo… —hizo una pausa y cerró la boca despacio. Se la quedó mirando con ojos contraídos y se llevó una mano a la sien como para concentrarse.

V

Durante un instante, no fue ella misma. Se encontraba mirando hacia arriba desde la calle a su propia cara sombría, mirando a través de los ojos de un desconocido que no era un desconocido. Ella experimentaba la fatiga en los tobillos cansados y la molestia nasal de un ligero resfriado de cabeza y la extraña tristeza de un corazón curioso… una tristeza demasiado emparentada con la suya propia.

Se tambaleó turbada. Era como estar en dos lugares a la vez, como llevar momentáneamente el cuerpo de otra persona.

La sensación pasó.

«¡Eso no ocurrió!», dijo a sí misma.

—Es inútil negarlo —afirmó él tranquilo—. Yo traté de olvidarlo también, pero en apariencia hemos conseguido algo único. Sería algo Interesante estudiarlo. ¿Supone que estamos emparentados los dos?

—¿Quién es usted? —ella habló sofocada, apenas oyendo a medias la pregunta del hombre.

—Usted conoce mi nombre —contestó él—, si se toma la molestia de meditarlo. El suyo es Lisa… Lisa
O'Brien,
o Lisa Waverly… no estoy muy seguro. Algunas veces me viene de un modo, otras de otro.

Ella tragó saliva. Su nombre de soltera había sido
O'Brien.

—No le conozco —repuso.

El nombre de aquel individuo estaba tratando de formarse en en su cerebro. Se negó a permitirlo. El joven suspiro.

—Soy Kenneth Grearly, si realmente no lo sabe —se retiró un

paso y alzó el sombrero hacia su cabeza—. Creo… creo que será mejor que me vaya. Veo que esto la conturba. Había esperado que pudiésemos hablar, pero… bueno buenas noches, señora Waverly.

Dio la vuelta y comenzó a alejarse.

—¡Espere! —gritó ella contra su voluntad.

El hombre volvió a detenerse.

—¿Si?

—¿Estaba… estaba usted mirándome… mientras llovía?

Él abrió la boca y se quedó mirando pensativo la calle en dirección a la luz.

—¿Se refiere usted a mirar visualmente?

En realidad está reprimiendo todo esto, ¿verdad? Creí que lo comprendería —la miró con viveza, con ojos cargados de tristeza—. Se dice que el fracaso en comunicarse es la base de toda la tragedia. ¿Supone usted que en nuestro caso…?

—¿Qué?

—Nada —se agitó inquieto durante un instante—. Buenas noches.

—Buenas noches —murmuró varios segundos después de que el hombre hubiera desaparecido.

VI

Su dormitorio estaba caliente y solitario y ella se agitó con creciente inquietud. ¡Si al menos Frank estuviese en casa! Pero permanecería ausente durante dos semanas más. Los chicos volverían el lunes, pero para eso aún quedaban tres días. ¡Loca! ¡Estaba loca de remate!

¿Había existido el hombre realmente?… ¿cómo se llamaba?… ¿Kenneth Grearly? ¿O era sólo un fantasma inventado por una mente que desmoronaba… su mente? ¡Bailar desnuda bajo la lluvia! ¡Hablar con las sombras de los arbustos! ¡Conversar con un espectro en la calle! Síntoma esquizofrénico… cosa del mundo de los sueños. No podía ser de otro modo, porque a menos que hubiese inventado a Kenneth Grearly, ¿cómo podía saber que le dolían los pies, que tenía un diente empastado y un resfriado de cabeza? ¡No sólo sabía todas estas cosas, sino que las sentía!

Sepultó el rostro en la almohada y sollozó. Mañana tendría que llamar al doctor Mensley.

Pero temiendo el regreso del espectro, se levantó pocos minutos más tarde y cerró con llave todas las puertas de la casa. Cuando regresó a la cama, trató de rezar pero era como si su plegaria estuviera siendo contemplada. Alguien escuchaba, alerta, desde el exterior.

Kenneth Grearly apareció en sus sueños, se plantó medio en brumas en el centro de un torbellino de niebla. La miró con la cabeza inclinada, sonriendo ligeramente, manteniendo en las manos respetuosamente su sombrero.

—¿Se da usted cuenta, señora Waverly, que quizás seamos mutantes? —preguntaba educadamente.

—¡No! —gritó ella—. ¡Soy casada feliz y tengo tres hijos y un

puesto en la sociedad! ¡No se me acerque!

Él sonrió despacio en la niebla. Pero los ecos vinieron monótonos desde acantilados invisibles: «mutantes, mutantes, mutantes, mutantes, mutantes…» llegó el alba, salpicando de pintura rosada el firmamento de levante. La luz la despertó a una seca y vacía consciencia, a una consciencia dolorosa llena de torpe ansiedad. Se levantó cansina y marchó hasta la cocina para prepararse una taza de café.

¡Dios! ¿No podría ser todo un mal sueño?

En la fría luz de la madrugada, las cosas de la pasada noche parecían en cierto modo destacadas irreales. Trató de analizarlas objetivamente.

VII

Ese sentido de compartir un cerebro, una consciencia, con el desconocido que salió de las sombras… ¿qué nombre loco le había dado?… «una especie de energía palpable biofísica, definible analíticamente».

«Si yo inventé al desconocido», pensó, «debo haber también inventado las palabras».

¿Pero dónde había oído antes tales palabras?

VIII

Lisa se dirigió al teléfono y buscó en el listín. No había ningún Grearly. Si existía, probablemente viviría en una pensión. La universidad… anoche pensó que tenía algo que ver con la universidad. Cogió el aparato y marcó.

—La universidad; deme el número, por favor —dijo la operadora.

—No… no sé el número de la extensión.

¿Podría decirme si hay algún tal Kenneth Grearly relacionado con la universidad?

—¿Estudiante o profesor, señora?

—No lo sé.

—Deme su número, por favor, y ya la llamaré.

—Lawrence 4750. Gracias, operadora.

Se sentó a esperar. Casi inmediatamente el aparato volvió a sonar.

—¿Diga?

—¿Señora Waverly, me llamaba? —Era la voz de un hombre. ¡Su voz!

—La operadora le encontró con bastante rapidez —fue la única cosa que pudo pensar en decir.

—No, no. Sabía que usted llamaba. De hecho, esperé a que lo hiciera.

—¿Lo esperaba? ¡Mire pues, señor Grearly… yo…!

—Usted trataba de explicar nuestro fenómeno en términos de locura mejor que en telepatía, Yo no quería que lo hiciese y así esperé a que me llamara.

Lisa se quedó fríamente sin habla.

—¿De qué fenómeno está usted hablando? —preguntó turbada

al cabo de unos cuantos segundos.

—¿Todavía reprimiéndolo? Escuche, puedo compartir su cerebro cuando quiera, ahora que comprendo dónde y quién es usted. Usted debe enfrentarse al hecho también. Y eso puede funcionar en ambos sentidos, si lo permite.

Hasta ahora, usted no ha estado… bueno, manteniendo cerrado su ojo mental, para hablar de alguna manera.

Le dolía la cabeza. El pelo se le puso de punta. Toda la cosa se le había convertido en algo intensamente disgustador.

—No sé a dónde quiere ir a parar, señor Grearly, pero deseo que se detenga. Admito que está sucediendo algo extraño, pero su explicación es ridícula… incluso ofensiva.

Él permaneció en silencio largo rato, luego dijo:

—Me pregunto si el primer hombre mono encontró ridículo su pulgar prensil. Me pregunto si pensó que utilizar sus manos para coger algo resultaba ofensivo.

—¿Qué trata de decir?

—Que creo que somos mutantes. No los primeros. Tuve esta misma experiencia cuando estaba en Boston. Debe haber uno de los nuestros allí también, pero de pronto tuve la sensación de que se había suicidado. Nunca le vi. Probablemente fue de los primeros en descubrirnos mutuamente.

—¿Boston? Si lo que usted dice es verdad, ¿qué tendría que ver la distancia?

—Bueno, si la telepatía existe, con certeza entraña una transferencia de energía de un punto a otro. Qué «clase» de energía es cosa que desconozco. Posiblemente de carácter electromagnético. Pero me parece probable que obedezca a la ley del cuadrado inverso, como ocurre con las formas de energía radiante. Vine a la ciudad hace unas tres semanas. No la noté a usted hasta que me acerqué.

«Hay una conexión», pensó ella. Había estado preguntándose sobre la creciente ansiedad en las últimas tres semanas.

—No sé de lo que me habla —le eludió ella glacialmente, sin embargo—. No soy ninguna mutante. No creo en la telepatía. No estoy loca. Déjeme en paz.

Colgó el teléfono con furia y comenzó a alejarse.

Evidentemente él estaba furioso porque de pronto ella se

encontró de nuevo en comunicación.

IX

Lisa vagó durante todo el día como un animal enjaulado. Se puso su vestido veraniego brillante y un coqueto sombrero de paja y bajó a la ciudad. Paseó por entre la multitud del distrito comercial, mirando escaparates. Pero se encontraba sola. Las hordas de gente en su torno le rozaban al pasar y seguían adelante. Un hombre silbó al verla delante de una tabaquería. Un policía le hizo ademán para que volviera al bordillo cuando iba a cruzar con luz roja.

—¡Despierte, señora! —gritó con irritación.

Gente a su alrededor, pero no podía decirles, explicarles nada y por eso se encontraba a solas. Cogió un taxi y fue a visitar a una amiga, la esposa de un maestro inglés y bebió un vaso de té helado en el saloncito de su compañera y hablaron de cosas sin importancia y admitió que estaba cansada cuando la amiga lo sugirió por su aspecto. Cuando volvió a casa, el sol se hundía en el oeste.

Llamó por conferencia y habló con su madre, luego con sus hijos, les preguntó si estaban preparados para volver a casa, pero ellos querían quedarse otra semana. Suplicaron, como también su madre, y ella de mala gana accedió. Había sido un error llamar. Ahora los niños estarían fuera más tiempo.

Trató de localizar a Frank en San Luis, pero el empleado del hotel informó que acababa de pagar la cuenta y marcharse. Lisa comprendió que eso significaba que volvía a estar en la carretera.

«Quizás debiera ir a reunirme con los niños en casa de mi madre», pensó. Pero Frank quería que se quedara en casa. Esperaba una carta certificada de Chicago que era aparentemente importante y ella tenía que cuidarse de recibirla.

«Invitaré a alguien», pensó, Pero las esposas estaban en su casa

con sus maridos y era un error social invitar una pareja cuando el esposo estaba fuera. Siempre terminaba con dos mujeres charlando una con otra mientras que el único hombre quedaba sentado en un intranquilo aislamiento, en ocasiones en desacuerdo con su esposa, sólo para hacerla saber que se encontraba allí y que estaba enojado y aburrido y por qué no se volvían a casa. Era diferente si la esposa comercial visitaba a una pareja. Entonces el hombre podía retirarse a alguna otra parte de la casa para escapar del parloteo incesante.

Pero decidió que no era compañía lo que necesitaba; deseaba ayuda. Y allí no había sitio donde conseguirla.

X

Cuando dejó que sus pensamientos vagasen hacia Kenneth Grearly, fue como sintonizar una estación de radio. Él se encontraba cenando temprano en la cafetería de la universidad, acompañado de una morena desaliñada y con gafas, del laboratorio. Lisa cerró los ojos y se dejó hundir briosamente en los pensamientos del hombre. Su atención estaba en la conversación y en los alimentos y por eso no se dio cuenta de la presencia de Lisa. Ese conocimiento la dio valor.

Él comía un filete suizo con patatas y los sabores formaron percepciones en la mente de Lisa. Ella oyó el tintinear de los cubiertos, el bajo murmullo de las voces y olió la comida. Se maravilló, La extraña habilidad había en apariencia quedado enfocada al aprender cómo utilizarla.

—Nuestro trabajo ha sido demasiado empírico —decía él—. Hemos estudiado fenómenos, coleccionado datos, buscado correlaciones. Pero ese método tiene ilimitaciones. Deberíamos tratar de encontrar un modo de abordar la psicología desde abajo. Como se aborda la física.

La chica sacudió la cabeza.

—El sistema nervioso es demasiado complicado para escribir ecuaciones teóricas sobre él. Las situaciones empíricas son lo mejor que podemos hacer.

—No resultan bastante buenas, Sarah. Se pueden predecir resultados con ellas, dentro de los límites de su seguridad. Pero no se las puede extrapolar muy bien y no resistirán juntas a una sola estructura integrada. Y cuando se investigue un campo nuevo, ya no tienen aplicación. Necesitamos una amplia teoría matemática, que cubra todas las disposiciones neuronales hipotéticamente posibles.

Eso nos permitiría predecir no sólo resultados, si no también sistemas de posible orden.

—Me parece que los sistemas posibles son infinitos.

—No, Sarah. Quedan limitados por la naturaleza de los bloques constructivos… neuronas, conexiones sinópticas, etc. Los materiales limitados, si tienes limitaciones estructurales. No se construyen rascacielos con arcilla modelada. Y hay sólo un número infinito de medios en que se pueden construir átomos partiendo de electrones, protones y neutrones. De manera similar, los cerebros están confinados a las limitaciones de las cosas que los componen. Necesitamos una amplia teoría para definir los límites.

—¿Por qué?

—Por qué… —hizo una pausa. Lisa notó su ansia por explicar aquella urgencia, notó cómo la reprimía, experimentó durante un momento la soledad de él en la consciencia de su condición única y en el modo en que estaba aislado de la humanidad.

XI

Retrocedió turbada y se agarró a la pared, porque se encontraba en dos sitios a la vez y los dos decorados se fundían en su cerebro para convertirse en un torbellino, en un manchón, como la foto procedente de un cliché disparado dos veces por error. Ella se encontraba en su propio vestíbulo y también en un despacho, mirando al teclado de un calculador, oyendo cristales sonar a la otra parte de un corredor, dándose cuenta del olor del formaldehído. Había un diagrama en la pared detrás del escritorio y estaba cubierto de dibujos extraños… esquemas de ciertos arcos neuronales. El despacho de un laboratorio psicofísico. Cerró los ojos y su propio vestíbulo desapareció.

Ella sintió cólera… la cólera de él.

«Tenemos que enfrentarnos a esto. Si se trata de una nueva dirección de la evolución humana, será mejor que la estudiemos y veamos qué se puede hacer. Supe que yo era diferente y me hice psicofísico para descubrir el por qué. No me ha sido posible medir mucho, pero ahora con ayuda de Lisa…».

Ella trató de expulsarle de su cabeza. Abrió los ojos y reunió valor y fuerza para forzarle a salir. Miró hacia el umbral, pero el arabesco de arcos neuronales aún permanecía. Luchó contra él, pero su mente se metió en la de ella.

«… quizás podamos llegar al fondo. Conozco que mis encefalogramas son anormales y ahora puedo compararlos con los de ella. Unas cuantas correlaciones servirán. Me alegro de saber lo de su lunar volando. Yo me preguntaba por el mío. Ahora creo que debajo de ese lunar yace un sistema de neuronas especializadas…».

Ella se desplomó poco a poco en el suelo del vestíbulo y murmuró en voz alta:

—*Hickory Dickory Dock*, el ratón corrió por el reloj. El reloj dio la una…

Lentamente él se retiró. El despacho del laboratorio desapareció de la visión de Lisa. Los pensamientos de él la abandonaron. Yació en el suelo jadeando algún rato.

¿Había ganado?

No, era insensato cantar victoria. Ella no lo había expulsado. Él se había retirado por su propia voluntad cuando notó su presencia. Ella sabía que esta evasión era libre, porque había notado su estado mental de separación: tristeza. Él había detenido el contacto forzado porque la compadecía y allí, en aquella compasión, había una pizca de desdén.

Se puso lentamente en pie, mirando frenéticamente a su alrededor, tocando las paredes y el marco de la puerta para tranquilizarse comprobando que seguía en su propia casa. Entró tambaleándose en la sala de estar y se sentó temblorosa en el sofá.

¡Anoche! ¡El loco correr por la lluvia! Él era responsable de aquello. Él esperaba que ella lo hiciera o quizás se había preguntado qué tal estaría desnuda y conscientemente satisfizo su curiosidad. Él había sembrado la sugestión, quizás inocentemente, y ella sin saberlo le siguió la corriente.

¡Él podía estar con ella cuando se le antojara! ¡Él había estado con ella mientras lujuriosamente se exhibía en la hierba empapada por la lluvia! Quizás ahora estaba a su lado.

¿A quién podría contárselo? ¿De dónde podría obtener ayuda? ¿Del doctor Mensley? Inmediatamente lo consideraría como una ilusión y probablemente la recomendaría a un psiquiatra y que se internase en una clínica mental para observación.

¿A la policía?… Sargento, quiero informar de un asediante telépata. Un hombre entra de contrabando en mi mente y me la roba.

¿A un clérigo? Se encogería de hombros y la remitiría a un psiquiatra.

Todos los caminos conducían al mismo fin, según parecía. Frank no la creería. Nadie la creerí.

XII

—Usted debe estar haciendo un trabajo nuevo —ofreció la chica—, si nota la falta de tal forma al abordar las cosas teóricas. Yo no puedo imaginarme otra forma de abordar la psicología… O un juego de leyes completamente definidoras para ella, tampoco. ¿Por qué me dice usted tal «Relatividad» psicológica?

Él dudó, frunciendo el ceño y mirando a su plato, viendo cómo una mosca corría por su borde.

—Estoy interesado en… en los aspectos cuantitativos del impulso nervioso. Yo… sospecho que puede haber tal cosa como una resonancia neuronal.

Ella rio educadamente y sacudió la cabeza.

—Yo seguiré aferrada a mi reunión de datos empíricos, gracias.

Lisa lo notó al pensar:

«Ella podría comprender sí pudiese enseñarle datos. Pero mis datos son todos subjetivos, experimentales, personales. Los comparto con esa mujer Waverly, pero ella es sólo una pensadora social, analíticamente hueca, rehusando incluso reconocer los hecho. ¿Por qué tuvo que ser ella? Ella es superficial, emotiva y nula culturalmente. Si no se conforma, se cree loca. Pero por lo menos es una mujer… y si esto es realmente una mutación, tendremos que procurar crear unos cuantos hijos…».

Lisa carraspeó y se puso rígida. Su sorpresa reveló a él su presencia y dejó caer el tenedor con brusquedad.

«¡Lisa!».

Ella se libertó de él con brusquedad. Furiosa recorrió la casa, cerrando puertas y murmurando en voz baja con rabia. ¡El caradura! ¡Aquel tipo enloquecedor, presuntuoso, mal educado, egoísta!

¡Tendremos que tener unos cuantos hijos! ¡Una situación imposible!

Mientras su cólera alcanzaba la cima, se puso en contacto con él de nuevo… como una serpiente atacando. El pensamiento fue un trueno salido de una nube oscura.

«¡Soy una mujer decente y respetable, señor Grearly! ¡Tengo un marido y tres estupendos hijos a quiénes amo y puede usted irse al infierno! No quiero volverlo a ver jamás ni dejarle que hurgue en mi mente. Salga y quédese a fuera. Y si alguna vez me vuelve a molestar… le… le mataré».

Él estaba al aire libre, paseando solo por los jardines de la universidad. Ella vio los grises edificios, inmersos en el crepúsculo, notó el viento en la cara de él, le odió. No pensaba en nada, dejándose a sí mismo seguir el manar colérico de los pensamientos de ella. Cuando ella terminó, los pensamientos de él empezaron como la súplica apasionada de un poema.

Él se imaginaba una raza humana con capacidades telepáticas, casi en perfecta comunicación mutua. La mayoría de las dificultades del mundo podrían ser rastreadas hasta la imperfecta comunicación de ideas, hasta lo mal entendido.

Luego pensó brevemente en Sarah, la chica del laboratorio que invitó a cenar, y Lisa se dio cuenta de que estaba enamorado de Sarah. Había tristeza y resentimiento allí. Ahora no podía tener a Sarah, no si quería estar seguro de perpetuar la característica mutante. La mujer Waverly debería ser buena para dar al mundo tres o cuatro hijos todavía, antes de que llegase a la madurez.

XIII

Lisa se quedó traspuesta por la sorpresa. Luego él pensó directamente dentro de ella.

«Lo siento. Es usted una mujer hermosa e inteligente… pero no la amo. No somos parecidos. Pero permaneceré con usted y usted conmigo porque he decidido que ha de ser así. Yo no puedo convencerla puesto que sus costumbres de pensar han sido ya fijadas, así que ni siquiera lo intentaré. Siento que tenga que ser contra su voluntad, pero de todos modos así será. Y ahora que yo sé cómo es usted, no me atrevo a esperar… por miedo de que haga algo y estropee las cosas».

—¡No! —gritó ella, mirando el paisaje que se movía más allá del campo de visión de él.

Kenneth había dejado los jardines y caminaba calle arriba… hacia el barrio en que ella vivía. Marchaba con la decisión briosa de sus propósitos. Iba a ir a su casa.

«¡Llamaré a la policía!», pensó ella y trató de disolverle arrancándole de su mente.

Pero esta vez él persistió, aferrado a los pensamientos de ella, no queriendo soltarla. Era como dos rayos de luz recorriendo una pared, uno tratando de escapar, el otro siguiendo su frenético círculo de brillantez.

Ella se tambaleó, marchó hacia el vestíbulo, que quedaba compuesto con la imagen sobre impuesta de una acera y una calle. Un automóvil fantasma salió de la pared del pasillo, pasó por encima de ella, mejor dicho, a su través, y desapareció. Imágenes dobles. Él estaba mirando con fijeza a la farola y ella se sintió cegada. Por fin encontró el teléfono, pero él se le estaba riendo a carcajadas.

«Paco peco, chico rico, insultaba como un loco a su tío Federico y este dijo a poco Paco peco, chico rico…» él deliberadamente la estaba llenando la mente de confusiones. Ella tomó el listín y confusa empezó a pasar las hojas, tratando de encontrar el número de teléfono de la policía, pero él pensó en una serie de trabalenguas, en un confuso montón de números y símbolos, que se esparcieron por la página, enturbiando las letras.

Ella rezongó y cogió el teléfono, tratando de ponerse en comunicación con la central, pero él estaba haciendo algo con las puntas de los dedos y ella no pudo marcar los números adecuadamente.

En su tercera intentona, finalmente lo logró.

—Informaciones —dijo una voz agradable e impersonal.

¡Ella tenía que ponerse en contacto con la policía! Era preciso que dijese…

«Al arzobispo de Constantinopla, lo quieren desarzobiconstantenipolitanizar, el desarzobispocostanteneopolitanizador que lo desarzobi…, etc…».

Él obturaba y atascaba su forma de hablar, sus centros locutores con trabalenguas y ella balbuceó sílabas sin significado por el micrófono.

—Tiene usted que hablar más claro, señora, No la entiendo.

—Arzobispo… policía…

—¿La policía? Un momento.

Una serie de sonidos confusos y visiones la nublaron la mente. Luego una voz masculina sonó:

—Recepción, aquí el sargento Harris.

Ella halló un claro camino a través de la confusión y murmuró:

—Tres… cero… cero… tres Willow Drive… urgencia… vengan rápidos… un hombre va…

—Tres cero cero tres, Willow. Anotado. Enviaremos en seguida un coche.

Ella colgó con rapidez… o trató de hacerlo… pero no pudo encontrar el gancho. Luego su visión se aclaró y gritó. ¡Ella no se encontraba en absoluto en el vestíbulo!

¡El teléfono era una batidora de mano!

XIV

La voz de él penetró a través de su atrapado pánico.

«Debe renunciar», la dijo con una nota de tristeza. «Sé cómo confundirla de ese modo, fíjese. Y todavía no ha aprendido usted a contraatacar. Vamos a cooperar con esta tendencia evolutiva, le guste o no… pero sería más agradable si usted accediese».

«¡No!».

«Está bien, pero de todos modos será. Yo esperaba que no fuese así. Yo deseaba convencerla gradualmente. Ahora sé que es imposible».

Se encontraba a diez manzanas de distancia. Ella tenía unos cuantos minutos para escapar. Cerró la puerta con cerrojos. Una gran sombra negra asomó en el crepúsculo, abrió por completo los brazos y emitió un rugido como el de un mono.

Ella gritó y se echó atrás, huyendo frenéticamente hacia la fachada. Una boa yacía enrollada en el vestíbulo; se deslizaba hacia ella. Volvió a gritar y corrió hacia la escalera.

Llegó hasta lo alto y miró hacia atrás. La sala de estar se llenaba poco a poco de agua sucia. Se metió gritando en un dormitorio y cerró la puerta con llave.

Olió a humo. ¡Su vestido se le inflamaba! Las llamas subían, quemándole la piel.

Se lo arrancó con locura y lo echó lejos, pero su ropa interior también estaba en llamas. Se la quitó a tirones, la lanzó a un rincón, luego, pese al miedo de quemarse, abrió la ventana, cogió las ropas y las echó al exterior. Las llamas todavía saltaban en su torno, y ella giró por encima de la cama, para apagarlas.

«Nuevo síndrome», la dijo con tranquilidad. «El paciente confunde la fantasía de alguien más con su propia realidad. No es

esquizofrenia… ¿quizás duofrenia?» ella yació sollozando en histérica desesperación. El ahora se encontraba abajo en la calle, subiendo rápidamente por la acera. Un coche chirrió al pasar despacio. Él notó la desesperación aterrorizada de ella y la compadeció. El tormento cesó.

Ella permaneció allí, jadeando durante un momento, reuniendo valor. Él se acercaba a la esquina precisamente a dos manzanas al sur y ella podía oír el rápido tráfico con los oídos de él.

De pronto ella mantuvo los ojos cerrados con fuerza y rechinó los dientes. Él bajaba del bordillo, empezaba a cruzar…

Ella se imaginó un coche de bomberos marchando hacia sí como un monstruo bramando y vibrando. Ella se imaginó otro coche que entraba en el cruce, viéndose a ella misma pillada entre dos fuegos. Ella se imaginó a una mujer gritando:

—¡Cuidado, caballero!

Y luego ella se vio captada en el miedo propio de Kenneth respondiendo y resultó fácil de imaginar. Él saltaba hacia la otra esquina. Ella conjuró a un tercer coche desde otra dirección, lo lanzó brioso contra el que trataba de esquivar la ineludible catástrofe. Él se tambaleó alejándose del fantasma de los coches y gritó.

Un coche verdadero confundió la escena.

Ella se hizo eco de los gritos de Kenneth. Hubo un momento de dolor abrumador y luego la visión desapareció. Los frenos todavía chirriaban a dos manzanas de distancia. Alguien corría calle abajo. Una parte de su mente había oído el golpe demoledor. Ella sintió náuseas desesperadas.

Y un súbito sentido de soledad absoluta le dijo que Grearly había muerto. Una sirena se acercaba desde lo lejos.

XV

Voces desde la acera: «… echó a correr desde la mitad de la calle… como si estuviese loco y gritaba… fue un camión de transporte… le aplastó el cráneo… no ha habido más víctimas…».

Después la calle regresó a la normalidad y ella se levantó y fue a beber un vaso de agua. Pero se quedó mirando su rostro pálido en el espejo. Se le estaban formando patas de gallo en los ojos y su piel parecía cansada, casi la de una mujer anciana.

Tenía gracia que se fijase en esto ahora, en aquel momento tan extraño. Acababa de matar a un hombre en defensa propia. Y nadie la creería si decía la verdad. Allí no había causa para culpa.

¿La había?

Frank volvería pronto y todo sería otra vez igual: paz, seguridad, hermosos hijos, buen hogar, perfecto esposo. Como fuera siempre.

Pero algo era ya distinto. Un sentido del vacío. Una soledad de mente que jamás experimentara antes. Siguió mirando en su torno para ver si las luces no habían disminuido, o el reloj había dejado de funcionar, o el sumidero de gotear.

No era ninguna de estas cosas. El terrible silencio estaba dentro de ella.

Briosamente, se tocó el suave lunar de lo alto de la cabeza y sintió una soledad absoluta. Cerró los ojos y lanzó una súplica esperanzada al Universo:

«¿Hay alguien más como yo? ¿Puede alguien oírme?».

PISTA 12

J. G. Ballard

—Adivina otra vez —dijo Sheringham.

Maxted recogió los auriculares, y se los puso con cuidado sobre las orejas. Cuando el disco empezó a girar se concentró, tratando de percibir algún eco familia.

El sonido era un rápido susurro metálico, como filamentos de hierro precipitándose por un embudo. Duró diez segundos, se repitió una docena de veces, y luego terminó abruptamente con un tintineo seco.

—¿Y bien? —preguntó Sheringham—. ¿Qué es?

Maxted se quitó los auriculares; se restregó una oreja. Hacía horas que escuchaba los discos, y tenía las orejas entumecidas e insensibles.

—Podría ser cualquier cosa. ¿Un cubito de hielo que se derrite?

Sheringham meneó la cabeza, sacudiendo la barba. Maxted se encogió de hombros.

—¿La colisión de dos galaxias?

—No. Las ondas sonoras no viajan a través del espacio. Te daré una pista. Es uno de esos sonidos *proverbiales*.

Sheringham parecía gozar del interrogatorio.

Maxted encendió un cigarrillo y arrojó la cerilla al banco del laboratorio. La cabeza se derritió en un minúsculo estanque de cera, se enfrió y dejó una cicatriz negra y superficial. La observó con placer, notando que Sheringham se movía junto a él, impaciente. Buscó algún símil obsceno.

—¿Qué tal una bragueta…?

—Se acabó tu tiempo —lo interrumpió Sheringham—.*Un alfiler que cae*. —Levantó el pequeño disco, apoyándolo sobre la manga—.

Es decir, durante la caída, no en el momento del impacto. Utilizamos un respiradero de quince metros y ocho micrófonos. Pensé que lo pescarías.

Tomó el último disco, un LP de doce pulgadas, pero Maxted se puso de pie. A través de las persianas podía ver el jardín interior, una mesa, unos vasos y una jarra que relucía en la penumbra. Sheringham y aquellos juegos infantiles lo irritaban de pronto; se impacientó consigo mismo por haber tolerado tanto tiempo a ese hombre.

—Vamos a tomar un poco de aire —dijo con brusquedad, rozando con el hombro uno de los altoparlantes—. Los oídos me vibran como gongs.

—De acuerdo —accedió Sheringham sin vacilar. Puso el disco con todo cuidado, y apagó el amplificador—. De todos modos, éste quiero reservarlo para después.

Salieron al aire tibio del anochecer. Sheringham encendió las lámparas japoneses y ambos se tendieron en las sillas de mimbre, bajo el cielo abierto.

Espero que no te hayas aburrido demasiado —dijo Sheringham mientras empuñaba la jarra—. La microacústica es un *hobby* fascinante, pero temo haberlo convertido en una obsesión.

Maxted se limitó a gruñir con neutralidad.

—Algunos de los discos son interesantes —admitió—. Tienen un poco el valor de esas novedades disparatadas, como los primeros planos de la cara de una mariposa o el filo de una navaja de afeitar. Sin embargo, pese a tus argumentos, no puedo creer que la microacústica llegue a transformarse en un instrumento científico. Es apenas un sofisticado juguete de laboratorio.

Sheringham meneó la cabeza.

—Estás completamente equivocado, por supuesto. ¿Recuerdas ese registro de la división celular que te hice escuchar en primer término? Amplificada cien mil veces, la división celular animal suena como si un montón de vigas y láminas de acero se desgarraran al mismo tiempo… ¿Tú qué dijiste…? Un choque automovilístico en cámara lenta. Por otra parte, la división celular vegetal es un poema electrónico, pleno de armonías suaves y sonidos burbujeantes. Ahí tienes un perfecto ejemplo de cómo la microacústica puede descubrir diferencias entre el reino animal y el

vegetal.

—Me parece un procedimiento bastante rebuscado —comentó Maxted, sirviéndose soda—. También podrías calcular la velocidad de tu auto por el movimiento de las estrellas; pero es más fácil mirar el velocímetro.

Sheringham asintió, mirando a Maxted intensamente por encima de la mesa. Parecía que la conversación ya no le interesaba, y los dos hombres permanecieron en silencio. Extrañamente, la hostilidad que los dividía desde hacía tantos años era ahora menos velada; el contraste entre las personalidades, las actitudes y el aspecto físico, más pronunciado. Maxted, un hombre alto y corpulento de cara tosca y atractiva, se reclinaba casi horizontalmente en la silla, pensando en Susan Sheringham. Ella estaba en la fiesta de Turnbull, y sólo porque ya no resultaba discreto que lo vieran en casa de los Turnbull —la razón era harto conocida—, habría pasado la noche con ella, y no con el marido, este ser grotesco y menudo.

Estudió a Sheringham con tanta objetividad corno lo fue posible, preguntándose si este hombre estirado e insoportable, pedante y con un innato humor académico, poseía alguna cualidad que lo redimiera. A primera vista ninguna, por cierto, aunque el hecho de que esa noche lo hubiese invitado demostraba cierto coraje y cierto orgullo. Los motivos de Sheringham, sin embargo, serían tan excéntricos como de costumbre.

El pretexto, reflexionó Maxted, había sido bastante poco convincente: Sheringham, profesor de bioquímica en la universidad, disponía de un laboratorio casero muy bien equipado; Maxted, un atleta venido a menos y sin capacidad profesional, trabajaba como agente de una compañía que fabricaba microscopios electrónicos; una visita, había sugerido Sheringham telefónicamente, podía ser provechosa para ambos.

Claro que nada de esto había sido mencionado aún Pero Sheringham tampoco había nombrado a Susan, el verdadero tema de la charada de esa noche. Maxted especuló acerca de los posibles métodos que Sheringham podía adoptar para llegar a la confrontación inevitable y definitiva; no estaba en él caminar crispadamente en círculos, ni mostrarle una fotografía acusatoria, ni sacudirlo tomándolo por el brazo. Había en Sheringham una insidiosa veta adolescente…

Maxted interrumpió abruptamente estas reflexiones. El aire del patio era de pronto más fresco, casi corno si hubiesen encendido un poderoso refrigerador. Sintió el escozor de la carne de gallina en los muslos y la columna vertebral. Estiró la mano y terminó el *whisky* que le quedaba.

—Hace frío aquí —comentó.

Sheringham miró su reloj.

—¿De veras? —dijo. Había en su voz un tono indeciso; por un momento pareció estar esperando una señal. Luego cambió de expresión, y dijo con una extraña sonrisa—: Ya es hora del último disco.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Maxted.

—Quédate ahí —dijo Sheringham. Se levantó—. Yo lo pondré. —Señaló un altoparlante atornillado a la pared, por encima de la cabeza de Maxted, sonrió y desapareció.

Maxted, temblando, incómodo, contempló el silencioso cielo nocturno, con la esperanza de que la corriente vertical de aire frío que había descendido hasta el patio no tardara en disiparse.

El parlante emitió un leve crujido, multiplicado por un círculo de otros parlantes que colgaban del enrejado alrededor del patio, y que Maxted advirtió por primera vez.

Sacudiendo tristemente la cabeza ante las extravagancias de Sheringham, decidió servirse más *whisky*. Cuando se estiró sobre la mesa, vaciló y no pudo evitar caer tumbado en la silla. Parecía tener el estómago lleno de mercurio, frío como el hielo y tremendamente pesado. Se inclinó otra vez hacia adelante e intentó alcanzar el vaso, pero lo golpeó y volcó sobre la mesa. Sintió que se le nublaba el cerebro y se acodó sin fuerzas en el borde de vidrio y apoyó la cabeza en las muñecas.

Cuando alzó los ojos, Sheringham estaba de pie frente a él, sonriendo comprensivamente.

—No te sientes muy bien ¿eh?

Respirando con dificultad, Maxted logró recostarse. Trató de hablarle a Sheringham, pero no podía recordar ninguna palabra. El corazón le dio un salto, y torció la boca en una mueca de dolor.

—No te preocupes —le aseguró Sheringham—. La fibrilación es sólo un efecto lateral. Desconcertante, tal vez, pero pasará en seguida.

Caminó perezosamente por el patio, escrutando a Maxted. Se sentó a la mesa, evidentemente satisfecho. Recogió el sifón y lo vació alrededor.

—Cianato de cromo. Inhibe el sistema coenzimático controlando el equilibrio de los fluidos corporales, y vierte iones de oxhidrilo en la circulación sanguínea. En pocas palabras, te ahogas. Te ahogas en serio, es decir, no sólo te sofocas, como si estuvieras metido en un baño de vapor. Pero no quiero distraerte.

Inclinó la cabeza hacia los parlantes. Un ruido curiosamente sordo y esponjoso inundaba el patio, como si unas olas elásticas rompieran en un mar de látex. Los ritmos eran largos y desganados, estirándose bajo el gemido plúmbeo y profundo de un fuelle gigantesco. Al principio apenas se los oía; luego los sonidos crecieron hasta inundar el patio y apagar los escasos ruidos de tránsito que llegaban desde la carretera.

—Fantástico ¿no? —dijo Sheringham. Tomó el sifón por el cuello. Se inclinó por encima de las piernas de Maxted y ajustó el control de tono de uno de los parlantes. Se lo veía lozano y vivaz, casi diez años más joven—. Son repeticiones cada treinta segundos, de cuatrocientos microsens, la escala de amplificación en mil. Admito que hice algunos arreglos, pero de todos modos es notable comprobar hasta qué punto un sonido hermoso puede volverse repulsivo. Nunca adivinarás qué era esto.

Maxted se movió perezosamente. El lago de mercurio que tenía en el estómago era frío e insondable como una fosa oceánica, y sentía los brazos y las piernas hinchados, como los apéndices entumecidos de un gigante ahogado en el mar. Sólo podía ver a Sheringham merodeando frente a él; y oía el lento batir del océano en la distancia. Ahora estaba más cerca, y golpeaba con un ritmo opaco e insistente. Las grandes olas se inflaban y estallaban como las burbujas de un mar volcánico.

—Te diré, Maxted, me llevó un año obtener esa grabación —le decía Sheringham. Se sentó a horcajadas sobre Maxted, gesticulando con el sifón—. Un año. ¿Sabes lo atroz que puede ser un año? —Por un momento se interrumpió; luego alejó algún recuerdo—. El sábado pasado, poco después de medianoche, tú y Susan estaban recostados en esta misma silla. Sabes, Maxted, aquí hay sondas sónicas por todas partes. Finas como lápices, con un

foco de seis pulgadas. Sólo en ese respaldo había cuatro. —Añadió, como nota aclaratoria—: El viento es tu propia respiración, muy pesada en ese momento, si mal no recuerdo; eso que parece un trueno es el pulso de los dos.

Maxted flotaba en un aluvión de sonido.

Poco más tarde vio la cara de Sheringham ante él. Le temblaba la barba, movía frenéticamente la boca.

—¡Maxted! Sólo te quedan dos respuestas, así que concéntrate, por Dios —gritó con irritación, la voz casi perdida entre los truenos que rodaban desde el mar—. Vamos, hombre, ¿que es? ¡Maxted! —vociferó. Brincó hacia el parlante más cercano y subió el volumen. El sonido retumbaba en el pato, reverberando y alejándose en la noche.

Maxted casi había perdido la conciencia, y su deteriorada identidad era una pequeña isla sin formas, casi totalmente erosionada por las olas que la barrían de un extremo a otro.

Sheringham se arrodilló y le gritó en el oído.

—Maxted ¿oyes el mar? ¿Sabes dónde te estás ahogando?

Una sucesión de olas gigantescas y fláccidas, cada una más pesada y envolvente que la anterior, rodó sobre ellos.

—¡En un beso! —Sheringham—. ¡Un beso!

La isla se disolvió hundiéndose en el lecho fundido del mar.

EL HOMBRE ABRUMADO

J. G. Ballard

La anulación… ¿es el nirvana? Nuestro personaje así lo creía. Poco a poco fue librándose del mundo que le rodeaba, el mundo frío, inhumano, monótono de cada día. Y llegó el momento de anular algo más… ¡Su propia existencia!

Faulkner se estaba volviendo loco.

Después del desayuno, esperaba impaciente en la salita mientras su esposa arreglaba la cocina. Julia se iría al cabo de dos o tres minutos, pero, sin saber por qué, la corta espera de todas las mañanas le resultaba insoportable.

Al tiempo que alzaba las persianas venecianas y colocaba la hamaca en la veranda, permanecía atento a los eficaces movimientos de Julia. Siguiendo su inalterable rutina, su esposa colocó los vasos y platos en el lavavajillas, introdujo la cena de aquella noche, carne, en la cocina automática y ajustó el dispositivo, redujo la potencia del aire acondicionado y del calentador, abrió el colector del depósito de petróleo, previendo la llegada del camión de suministro por la tarde, y dejó abierta su parte de la puerta del garaje.

Faulkner seguía admirado aquella serie de movimientos, contando los pasos sucesivos, mientras los aparatos emitían diversos sonidos.

«Deberías estar en los
B-52
—pensó—, o en el edificio de control de una planta petroquímica». Julia trabajaba en la sección de personal de una clínica. Sin duda,

se pasaba todo el día envuelta en el mismo torbellino de eficiencia, apretando botones que ostentaban las etiquetas "Jones", "Smith" y "Brown" y apartando los parapléjicos a la izquierda y los paranoicos a la derecha.

Julia entró en la salita y se acercó a su marido. Con su severo traje sastre negro y su blusa blanca, representaba la imagen típica de la funcionaria.

—¿No vas a la escuela hoy? —le preguntó.

Faulkner meneó la cabeza y manoseó algunos de los papeles del escritorio.

—No, prosigo mi reflexión creativa. Sólo por esta semana. El profesor Harman pensó que me encargaba de un número excesivo de clases y que estaba saturado.

Julia asintió, mirándole con desconfianza. Faulkner llevaba tres semanas seguidas en casa, dormitando en la veranda, y ella empezaba a sospechar. Más pronto o más tarde, comprendió Faulkner, lo averiguaría. Sin embargo, confiaba en que para entonces estaría fuera de su alcance. Ansiaba contarle la verdad, decirle que dos meses atrás había abandonado su trabajo de profesor en la escuela de comercio y que no tenía intención alguna de volver. Julia se llevaría una desagradable sorpresa cuando descubriera que no quedaba prácticamente nada del último talón bancario de su marido y que tal vez tendrían que arreglárselas con un solo coche. «¡Que trabaje ella! —pensó Faulkner—. De todas formas, gana más de lo que yo ganaba…».

Sonrió a su esposa, no sin gran esfuerzo. «¡Vete de una vez!», chilló mentalmente. Pero Julia siguió revoloteando, sin decidirse.

—¿Qué piensas almorzar? No hay…

—No te preocupes por mí —la interrumpió. Miró su reloj—. Dejé de comer a mediodía hace seis meses. Supongo que tú almorzarás en la clínica.

Incluso hablar con ella le resultaba penoso. Le habría gustado comunicarse a través de notas. Incluso compró dos libretas con tal fin. Con todo, nunca había sido realmente capaz de sugerirle a ella que utilizara ese procedimiento, aunque solía dejar mensajes a su esposa, con el pretexto de que su mente se encontraba tan ocupada en cuestiones intelectuales que hablar rompería el hilo de sus pensamientos.

Cosa muy curiosa, la idea de abandonar a Julia jamás le pasó por la cabeza. Una huida así no probaría nada. Además, planeaba algo muy distinto.

—¿Estarás bien? —preguntó Julia, todavía contemplándole con aire inquisitivo.

—Perfectamente —contestó Faulkner, conservando su sonrisa, un gesto tan abrumador como todo un día de trabajo.

El beso de su esposa fue rápido y funcional, como el golpe de una descomunal máquina de taponar botellas. La sonrisa seguía en los labios de Faulkner cuando Julia llegó a la puerta. En cuanto su mujer hubo salido, dejó que aquella sonrisa fuera borrándose poco a poco, hasta que se encontró respirando de nuevo, cada vez más sosegado. Permitió que la tensión se disipara a través de sus brazos y piernas. Erró por la vacía casa durante algunos minutos y luego volvió a la salita, dispuesto a iniciar su trabajo en serio.

Su programa solía seguir siempre el mismo curso. Primero, tomaba un pequeño despertador, que guardaba en el cajón central de su escritorio, un aparato conectado a una pila eléctrica. Esta última llevaba una correa para la muñeca. Tomaba asiento en la veranda, se sujetaba la correa a la muñeca, fijaba la hora a la que debía sonar la alarma, daba cuerda al reloj y lo colocaba sobre la mesa, cerca de él, atando uno de sus brazos a la silla a fin de eliminar el riesgo de tirar el aparato al suelo.

Terminados los preparativos, se recostaba en la silla y examinaba la escena frente a él.

Menninger Village, o el «Cajón», como se le llamaba a nivel local, había sido construido hacía diez años como un grupo autónomo de viviendas para el personal graduado de la clínica y sus familias. El conjunto constaba en números redondos de sesenta viviendas, cada una de ellas diseñada para encajar en un determinado nicho arquitectónico, conservando su propia identidad interior y, al mismo tiempo, fusionándose con la unidad orgánica de todo el complejo. El objetivo de los arquitectos, enfrentados a la tarea de comprimir un gran número de pequeñas viviendas en un solar de menos de dos hectáreas, se centró, en primer lugar, en evitar la creación de una serie de jaulas idénticas, como en la

mayoría de las urbanizaciones; en segundo lugar, en diseñar un magnífico ejemplo de institución psiquiátrica de categoría, que sirviera de modelo para los complejos residenciales futuros.

Sin embargo, como todo el mundo había descubierto, vivir en el Cajón era como el infierno en la tierra. Los arquitectos habían recurrido al denominado sistema psicomodular —un diseño básico en forma de L—, lo cual venía a significar que todo estaba por encima o por debajo de algo. El conjunto formaba una masa irregular de vidrios deslustrados, curvas y rectángulos blancos, a primera vista excitante y abstracto (la revista Life había dedicado varios reportajes fotográficos a las nuevas «tendencias arquitectónicas» sugeridas por el complejo residencial); en realidad, deforme y visualmente agotador para sus moradores. La mayoría de los cargos principales de la clínica abandonaron muy pronto su vivienda, y el Cajón quedó a disposición de toda persona capaz de dejarse convencer para vivir allí.

Faulkner miró al otro lado de la veranda, aislando de la confusión de blancas formas geométricas las otras ocho casas que distinguía sin mover la cabeza. A su izquierda, la de los Penzil, la más próxima; a su derecha, la de los McPherson. Las otras seis quedaban enfrente, en la parte más alejada de un entrelazado embrollo de jardines, abstractas ratoneras separadas por paneles blancos de un metro de altura, ángulos de vidrio y mamparas de rejilla.

En el jardín de los Penzil, había una serie de enormes cubos, de un metro de lado, con las letras del alfabeto, un juguete para los dos hijos de la familia. Solían dejarle mensajes a Faulkner sobre la hierba, a veces obscenos, otras oscuramente sibilinos. El de esta mañana pertenecía a la segunda categoría. Los bloques formaban las palabras:

ALTO y VETE

Tras especular sobre el significado de la frase, Faulkner fue tranquilizando su mente. Miró las casas con ojos inexpresivos. Poco a poco, los perfiles ya oscurecidos de las viviendas comenzaron a fundirse y debilitarse. Los largos balcones y las rampas, en parte ocultos por árboles de formas diversas, se transformaron en masas incorpóreas, gigantescas unidades geométricas.

Respirando con calma, cerró poco a poco su mente y luego, sin

esfuerzo alguno, borró de su conciencia la identidad de las casas situadas frente a él.

Observaba ahora un paisaje cubista, una colección de azarosas formas blancas sobre un fondo azul. Varias motas verdes se movían con lentitud de un lado a otro. Se preguntó en vano qué representaban en realidad esas formas geométricas. Sabía que, tan sólo unos segundos antes, habían constituido una parte inmediatamente familiar de su existencia cotidiana. Pero, por más que las dispusiera de uno u otro modo en su mente, por más que buscara sus asociaciones, seguían siendo combinaciones al azar de formas geométricas.

Había descubierto en sí mismo ese mismo talento hacía sólo tres semanas. Un domingo por la mañana, mirando con desprecio el silencioso aparato de televisión de la salita, comprendió de repente que la total aceptación y asimilación de su forma física le imposibilitaba para recordar su función. Le costó un considerable esfuerzo mental recuperarse y lograr identificar otra vez la caja de plástico. Movido por la curiosidad, ensayó su nuevo talento en otros objetos y averiguó que resultaba particularmente eficaz con los aparatos ricos en asociaciones, como lavadoras, automóviles y otros productos de consumo. Desprovistos de sus atributos propagandísticos y sus imperativos sociales, quedaban tan alejados de la realidad que precisaba de poco esfuerzo mental para eliminarlos por completo.

El efecto era similar al de la mezcalina y otros alucinógenos, cuya influencia convertía las arrugas de un cojín en tan vívidas como los cráteres de la luna, y los pliegues de una cortina en los rizos que formarían las olas de la eternidad.

Faulkner había experimentado de manera metódica durante las semanas siguientes al descubrimiento, practicando su habilidad para cortocircuitarlo todo. El proceso fue lento, pero, de manera paulatina, pudo eliminar grupos de objetos cada vez mayores: los muebles de la salita, fabricados en serie, los superesmaltados aparatos de la cocina, su coche guardado en el garaje… El

automóvil, una vez perdida su identidad, quedó en la penumbra como una enorme esencia vegetal, fláccida y reluciente. Faulkner casi perdió el juicio al tratar de volver a identificar aquella masa. «¿Qué demonios será?», se había preguntado inútilmente, mientras se retorcía de risa.

Y conforme se desarrollaba su talento, había empezado a vislumbrar que existía una ruta para escapar al mundo intolerable de Menninger Village, que le ahogaba.

Había descrito su habilidad a Ross Hendricks, otro profesor de la escuela de comercio, que vivía a pocas casas de distancia y era su único amigo íntimo.

—En realidad, quizás esté saliéndome del tiempo —especuló Faulkner—. Sin el sentido del tiempo, se hace difícil mantener la conciencia visual. Es decir, eliminar el vector tiempo del objeto que ha perdido su identidad libera a éste de todas sus asociaciones cognoscitivas cotidianas. Otra posibilidad consiste en que haya encontrado por casualidad un medio de anular los centros fotoasociativos que en estado normal nos permiten identificar objetos visuales, del mismo modo que a veces oyes hablar a alguien en tu propio idioma y ninguno de los sonidos tiene para ti el menor significado. Todo el mundo lo ha comprobado alguna vez.

Hendricks meneó la cabeza.

—Sí, pero no centres en eso tu carrera —le contestó, observándole con atención—. No es tan sencillo ignorar el mundo. La relación sujeto-objeto no está tan polarizada como sugiere el Cogito ergo sum de Descartes. Te desvalorizarás a ti mismo en el mismo grado en que desvalorices el mundo exterior. Me parece que tu auténtico problema consiste en invertir el proceso.

Hendricks, por mucha que fuera su simpatía por Faulkner, no podía ayudarle. Además, resultaba placentero ver el mundo de otra manera, revolcarse en un panorama infinito de imágenes de brillante colorido. ¿Qué importaba que tuviera forma pero no contenido?

Un ruido agudo le despertó de pronto. Se incorporó, sobresaltado, y alcanzó torpemente el despertador, que debía despabilarle a las once en punto. Comprobó que sólo eran las diez cincuenta y cinco. Ni el despertador había sonado ni él había recibido la descarga de la pila. Y sin embargo, el ruido había sido

muy claro. Nada extraño, con tantos servomecanismos y máquinas automáticas en la casa. Pudo haber sido cualquiera de los aparatos.

Una sombra cruzó el panel de vidrio opaco que formaba la pared lateral de la salita. Faulkner vio a través de ella, en el estrecho camino que separaba su casa de la de los Penzil, un automóvil que aparcaba y frenaba. Del coche salió una joven, vestida con una blusa azul, que entró en la otra vivienda. Se trataba de la cuñada de Penzil, una muchacha de veinte años que llevaba un par de meses viviendo con el matrimonio. En cuanto la recién llegada desapareció en el interior de la casa, Faulkner desató su muñeca y se puso en pie. Abrió las puertas de la veranda y paseó por el jardín, mirando hacia atrás por encima del hombro.

La chica, Louise —Faulkner jamás había hablado con ella—, estudiaba escultura por las mañanas, y al regresar, solía darse una prolongada ducha, antes de tenderse a tomar el sol.

Faulkner se agachó, arrojó unas cuantas piedras al estanque y simuló enderezar algunas de las tablillas de la glorieta. Entonces advirtió que Harvey, un muchacho de quince años, hijo de los McPherson, se aproximaba hacia él desde el jardín adyacente.

—¿Por qué no has ido a la escuela? —preguntó al chico, un joven larguirucho, de rostro inteligente y alargado bajo una melena de color castaño.

—Tendría que haber ido —contestó Harvey sin el menor embarazo—. Pero convencí a mi madre de que me sentía muy nervioso, y Morrison —añadió, refiriéndose a su padre— dijo que pasaba demasiado tiempo razonando. —Se encogió de hombros—. Los pacientes de aquí son excesivamente tolerantes.

—Por una vez, he de darte la razón —convino Faulkner, echando una ojeada a la caseta de la ducha por encima del hombro.

Una figura sonrosada entró en la caseta, ajustó los grifos y se oyó el sonido del agua brotando a chorros.

—Dígame, señor Faulkner, ¿se da cuenta de que, desde la muerte de Einstein, en 1955, no ha habido un solo genio? Desde Miguel Ángel, pasando por Shakespeare, Newton, Beethoven, Goethe, Darwin, Freud y Einstein, todas las épocas han contado con un genio viviente. Ahora, por vez primera en quinientos años, dependemos sólo de nosotros mismos.

—En efecto —asintió Faulkner, con la mirada fija en la caseta—.

Yo también me siento terriblemente solo cuando pienso en ello.

Acabada la ducha, lanzó un gruñido a Harvey, se encaminó de regreso a la veranda, se sentó de nuevo en la silla y ató la correa de la pila a su muñeca.

Con firmeza, objeto por objeto, empezó a descomponer el mundo que le rodeaba. Las casas de enfrente, en primer término. Las blancas masas de los tejados y balcones quedaron pronto convertidas en rectángulos unidimensionales; las líneas de las ventanas, en pequeños cuadrados de color, como las cuadrículas de un Mondrian abstracto. El cielo fue un liso campo azulado. Un avión lo cruzó a lo lejos, entre el rugido de sus motores. Faulkner eliminó con cuidado la identidad de la imagen y observó después la afilada y plateada flecha, alejándose como el fragmento de una fantasía en dibujos animados.

Mientras esperaba que los motores se apagaran, oyó otra vez el ruido extraño que había escuchado antes. Sonó a muy poca distancia, cerca de la ventana francesa situada a su derecha. No obstante, se hallaba tan inmerso en el caleidoscopio que se revelaba ante él que no llegó a despertarse.

Desaparecido el avión, centró su atención en el jardín. Suprimió en seguida la valla blanca, la falsa glorieta y el disco elíptico del estanque ornamental. El sendero se alargó hasta circundar el estanque y, en cuanto anuló sus recuerdos de las innumerables veces que había recorrido aquel trecho, se proyectó en el aire, igual que un brazo de terracota sosteniendo una enorme joya de plata.

Satisfecho por haber suprimido el Cajón y el jardín, comenzó a demoler la casa. Los objetos le resultaron más familiares, extensiones muy personalizadas de sí mismo. Inició su tarea a partir de los muebles de la veranda, transformando las sillas tubulares y la mesa recubierta de vidrio en un trío de espirales verdes. A continuación, giró levemente la cabeza y seleccionó el aparato de televisión, que estaba en la salita, a su derecha. El televisor se aferró con escasa fuerza a su identidad, y Faulkner no tuvo dificultad en apartar su mente de ella, hasta reducir la caja de

plástico marrón, con sus falsos surcos de madera, a una masa amorfa.

Una por una, eliminó todas las asociaciones mentales de la estantería, el escritorio, las lámparas y los marcos de los cuadros. Como muebles arrumbados en algún almacén psicológico, todo quedó suspendido en el vacío. Los blancos sillones y los sofás semejaron adormecidas nubes rectangulares.

Vinculado a la realidad sólo por el mecanismo del despertador atado a su muñeca, movió la cabeza de izquierda a derecha, eliminando de manera sistemática todo vestigio de significado en el mundo que le rodeaba, reduciendo hasta el objeto más pequeño a su estricto valor visual.

Y poco a poco, también este valor visual se desvaneció. Las abstractas masas de color se disolvieron, arrastrando tras ellas a Faulkner, transportándole a un mundo de pura sensación psíquica, donde bloques de ideas flotaban como campos magnéticos dentro de una nube…

El despertador sonó con un estruendo estremecedor; la pila envió agudos espasmos de dolor al antebrazo de Faulkner. Sintió un hormigueo en el cráneo, que le hizo volver a la realidad, y se arrancó de un tirón la ligadura de la muñeca. Se frotó el brazo rápidamente y desconectó la alarma.

Permaneció sentado unos minutos, mientras seguía dándose masaje a la muñeca e identificaba los objetos que le rodeaban, las casas de enfrente, los jardines, su hogar…, consciente de que una pared de vidrio había quedado interpuesta entre ellos y su psique. Por mucho que concentrara su mente en el mundo exterior, una especie de pantalla continuaba separándole de ese mundo, una pantalla que aumentaba su opacidad de modo imperceptible.

También a otros niveles iban apareciendo mamparas.

Su esposa llegó a casa a las seis, agotada después de una jornada de duro trabajo. Se mostró consternada al encontrar a Faulkner deambulando en un estado de semiletargo y con la veranda sembrada de vasos sucios.

—¡Oye, limpia eso! —chilló cuando Faulkner le cedió la silla y se dispuso a irse al piso de arriba—. No dejes la veranda así. Pero

¿qué te pasa? ¡Vamos, despierta!

Faulkner recogió un montón de vasos rezongando entre dientes, y trató de dirigirse a la cocina. Julia se interpuso en su camino cuando trataba de salir. Algo llevaba en mente. Tomó varios rápidos tragos de su martini y luego le lanzó unos cuantos comentarios insinuantes respecto a la escuela de comercio. Faulkner supuso que su mujer la había visitado con cualquier pretexto. Sus sospechas se vieron reforzadas cuando Julia se refirió a él mismo de pasada.

—Es muy difícil vincularse —le dijo Faulkner—. Dos días de vacaciones y ya nadie se acuerda de que trabajas allí.

Un colosal esfuerzo de concentración le había permitido no mirar a su esposa desde su llegada. De hecho, no habían intercambiado una mirada directa en toda la semana. Esperanzado, se preguntó si ese hecho la habría deprimido.

La cena significó para él una lenta agonía. El olor a la carne autococinada había impregnado la casa durante toda la tarde. Incapaz de tragar más de dos o tres bocados, no encontró nada en que centrar su atención. Por fortuna, Julia tenía mucho apetito, y él pudo fijarse en el pelo de su esposa mientras ésta cenaba y dejar que sus ojos vagaran por la habitación cuando ella alzaba la mirada.

Después de la cena, gracias a Dios, llegó el momento de la televisión. El crepúsculo difuminaba las demás casas de Menninger Village cuando el matrimonio tomó asiento a oscuras frente al aparato. Julia refunfuñó.

—¿Por qué vemos la televisión todas las noches? —preguntó—. Me parece una absoluta pérdida de tiempo.

—Se trata de un interesante documento social —replicó Faulkner.

Hundido en su sillón de orejas, con las manos aparentemente enlazadas detrás del cuello, se tapaba los oídos con los dedos, eliminando los sonidos del programa.

—No prestes atención a lo que dicen —recomendó a su mujer—. Le encontrarás más sentido.

Observó a los personajes, que gesticulaban en silencio, como peces enloquecidos. Los primeros planos de los melodramas resultaban particularmente divertidos. Cuanto más intensa la

situación, mayor la farsa.

De pronto, recibió un fuerte golpe en la rodilla. Alzó los ojos y vio a su esposa inclinada sobre él, con el entrecejo fruncido y los labios moviéndose con furia. Sin apartar los dedos de los oídos, Faulkner examinó el semblante femenino con indiferencia, especulando por un instante sobre la posibilidad de completar el proceso y suprimir a Julia, lo mismo que había hecho con el resto del mundo unas horas antes. Si obraba así, ya no tendría que preocuparse por poner el despertador…

—¡Harry! —la oyó gritar.

Se irguió con un sobresalto. El estruendo del televisor se mezclaba con la voz de Julia.

—¿Qué ocurre? Estaba dormido.

—Estabas en trance, querrás decir. ¡Por el amor de Dios, respóndeme cuando te hablo! Te decía que vi a Harriet Tizzard esta tarde.

Faulkner gruñó, y su mujer se apartó de él.

—Ya sé que no soportas a los Tizzard, pero he decidido que deberíamos conocerlos mejor…

Mientras su esposa parloteaba, Faulkner se hundió entre las orejas del sillón. Y en cuanto Julia volvió a sentarse, se llevó las manos detrás del cuello, emitió unos cuantos monosílabos discretos, deslizó los dedos en sus oídos y aniquiló así la voz femenina. Después, miró tranquilamente hacia la silenciosa pantalla.

A las diez en punto de la mañana siguiente, volvió a situarse en la veranda, con el despertador atado a su muñeca, para disfrutar durante una hora de las formas incorpóreas suspendidas a su alrededor y liberar su mente de ansiedades. Al avisarle la alarma, a las once en punto, se sintió fresco y sosegado, capaz por unos instantes de examinar las casas cercanas con la curiosidad visual que los arquitectos habían pretendido. Gradualmente, sin embargo, todo volvió a secretar su veneno, su capa de irritantes asociaciones. Al cabo de diez minutos, consultó malhumorado su reloj de pulsera.

El coche de Louise Penzil frenó. Faulkner desconectó la alarma del despertador y se adentró en el jardín, con la cabeza baja para esconderse de las viviendas cercanas en la medida de lo posible.

Apostado junto a la glorieta, fingió reparar las tablillas aflojadas por las rosas. Harvey McPherson asomó de repente la cabeza por encima de la valla.

—Harvey, ¿continúas en casa? ¿No piensas ir a la escuela?

—Bueno, sigo el curso de relajación de mamá —explicó Harvey —. Creo que el contexto competitivo del aula es…

—También yo trato de relajarme —le interrumpió Faulkner—. Dejémoslo así. ¿Por qué no te largas?

—Señor Faulkner —prosiguió Harvey, sin alterarse—, hay un problema metafísico que me preocupa. Quizás usted pueda ayudarme. Se supone que la velocidad de la luz es la única magnitud absoluta en el espacio-tiempo. Pero se acepta que toda estimación de la velocidad de la luz implica el componente tiempo, subjetivamente variable… Entonces, ¿qué nos queda?

—Mujeres —contestó Faulkner.

Miró por encima de su hombro hacia la casa de los Penzil y luego, malhumorado, volvió la espalda a Harvey. El muchacho arrugó la frente y trató de arreglarse el pelo.

—¿Cómo ha dicho?

—Mujeres —repitió Faulkner—. Ya sabes, el sexo débil, las féminas.

—¡Oh, no!

Harvey se alejó hacia su casa, meneando la cabeza y murmurando.

«Eso te mantendrá callado», pensó Faulkner. Escudriñó la casa de los Penzil a través de las tablillas de la glorieta, hasta que distinguió a Harry Penzil, de pie en el centro de su veranda, mirándole ceñudo.

Faulkner se volvió con rapidez, simulando arreglar un rosal. Cuando regresó a la veranda, descubrió que estaba sudando. Harry Penzil era el tipo de hombre capaz de saltar por encima de la valla y asestarle un puñetazo.

Se preparó un combinado en la cocina, lo llevó a la veranda y se sentó, esperando a que se calmara su desasosiego antes de disponer el despertador.

Se hallaba atento a cualquier sonido que llegara de la casa de los Penzil cuando oyó un familiar y tenue ruidito metálico, procedente de la vivienda de la derecha.

Faulkner se inclinó hacia delante, para examinar la pared de la veranda. Estaba formada por una gruesa lámina de vidrio muy deslustrado, absolutamente opaco, que sostenía algunas de las vigas del techo y las planchas de polietileno acanalado. Justo detrás de la veranda, ocultando las porciones más próximas de los jardines adyacentes, había una celosía de tres metros, que se extendía otros seis a lo largo de la valla del jardín y aparecía repleta de camelias japonesas.

Faulkner inspeccionó con todo cuidado la celosía. De pronto, descubrió el contorno de un objeto negro y cuadrado, montado sobre un pequeño trípode que se apoyaba detrás del primer soporte vertical, a tres metros de la abierta ventana de la veranda. El disco de un pequeño ojo de vidrio observaba imperturbable a Faulkner a través de una de las ranuras horizontales.

¡Una cámara! Faulkner saltó de su silla, mirando incrédulo el instrumento. Llevaba varios días en funcionamiento. Sólo Dios sabía cuántas escenas de su vida privada habría filmado Harvey para su propia diversión.

Colérico, avanzó hacia la celosía, arrancó una de las partes metálicas del soporte y agarró la cámara. Al tirar del aparato a través del hueco, cayó el trípode con gran estrépito. Faulkner oyó que alguien, en la veranda de los McPherson, saltaba con precipitación de su silla.

Forcejeó hasta arrancar el cable del control remoto unido a la palanca del obturador. Abrió la cámara, extrajo la película, la tiró al suelo y la aplastó con el tacón de su zapato. Luego recogió los fragmentos, dio unos pasos y arrojó lo que quedaba de ella por encima de la valla, al extremo opuesto del jardín de los McPherson.

El teléfono sonaba en el vestíbulo cuando volvió a la casa para acabar su bebida.

—¿Sí, qué hay? —gritó en el receptor.

—¿Harry? Soy Julia.

—¿Quién? —contestó Faulkner, sin pensar—. ¡Ah, sí! Bueno, ¿cómo va todo?

—No muy bien, al parecer. —La voz de Julia se había endurecido—. Acabo de sostener una larga conversación con el

profesor Harman. Me ha dicho que renunciaste a tu trabajo en la escuela hace dos meses. Harry, ¿a qué estás jugando? Apenas me atrevo a creerlo.

—Apenas me atrevo a creerlo yo mismo —replicó Faulkner, burlón—. Es la mejor noticia que me han dado desde hace varios años. Gracias por confirmármela.

—¡Harry! —vociferó su esposa—. ¡Contrólate! Si piensas que voy a soportarte, estás muy equivocado. El profesor Harman me dijo que…

—Ese idiota de Harman… —La interrumpió Faulkner—. ¿No te das cuenta de que pretendía volverme loco?

La voz de Julia ascendió hasta un chillido de histeria. Faulkner se apartó del receptor y lo colgó en silencio. Después de unos momentos, volvió a levantarlo y lo dejó sobre el listín.

La mañana primaveral se cernía sobre Menninger Village como un telón de silencio. Aquí y allá, un árbol se agitaba en el cálido ambiente, o se abría una ventana, reflejando los rayos del sol. Por lo demás, el silencio y la tranquilidad eran totales.

Faulkner, sentado en la veranda, tiró el despertador bajo la silla y se sumergió más y más en su sueño privado, en el demolido mundo de forma y color que, inmóvil, permanecía suspendido a su alrededor. Las casas de enfrente se habían esfumado, sustituidas por grandes bandas rectangulares de color blanco. El jardín se reducía a una rampa verde, en cuyo extremo se mantenía en equilibrio la elipse plateada del estanque. La galería era un cubo transparente. Y en su centro, se hallaba Faulkner, flotando como una imagen en un océano fantástico. No sólo había suprimido el mundo que le circundaba, sino también su propio cuerpo. Sus extremidades y su tronco le parecían una extensión de su mente, formas incorpóreas impresas en su cerebro, como una conciencia onírica de su propia identidad.

Varias horas más tarde, mientras gozaba plácidamente de su fantasía, advirtió una repentina intrusión en su campo visual. Forzó la vista y vio con sorpresa frente a él la figura vestida de negro de

su mujer, gritando furiosa y gesticulando con su bolso.

Faulkner examinó durante varios minutos la discreta y familiar entidad de Julia, las proporciones de sus piernas y brazos, los planos de su cara… Después, sin moverse, empezó a desmantelarla en su cabeza, a borrarla literalmente miembro a miembro. Primero, olvidó aquellas manos que no cesaban de agitarse y retorcerse como pájaros locos; a continuación, los brazos y los hombros, suprimiendo todos los recuerdos de su energía y movimientos. Por fin, olvidó la cara, mientras ésta se aproximaba a él, mostrándole la frenética actividad de los labios. Hasta que el rostro sólo le ofreció una difusa masa pastosa, grisácea y rosada, deformada por diversos salientes y surcos, dividida por orificios que se abrían y se cerraban como extraños fuelles.

Regresó al silencioso panorama de su sueño, consciente de los insistentes empujones de la mujer que le acompañaba. Aquella presencia le pareció horrenda, deforme, una confusión de molestos ángulos.

Por último, se produjo un breve contacto físico entre ambos. Faulkner se agitó para apartarla. Sintió que ella se aferraba a su brazo como un perro. Trató de quitársela de encima a empujones, mas ella le sujetó con más fuerza todavía, tirando de él en el colmo de la irritación.

Los movimientos de la mujer eran violentos y torpes. Faulkner trató al principio de ignorarlos. Luego, comenzó a refrenarla y alisarla, trabajando su angulosa figura hasta convertirla en otra más blanda y redondeada.

Siguió su tarea, modelando a la mujer como un escultor la arcilla. Fue entonces cuando escuchó una serie de crujidos, que un persistente chillido hacía apenas audibles. Terminada su obra —una masa de goma esponjosa que emitía un leve quejido—, la dejó caer al suelo.

Regresó a su ensueño, volviendo a asimilar el inalterado paisaje. El roce con su esposa le había recordado el único impedimento que restaba: su propio cuerpo. Había olvidado su identidad, pero sentía su gravedad y su calor, una sensación vagamente desagradable, igual que una cama mal hecha molesta a una persona de sueño

agitado. Pretendía llegar al mundo de las ideas puras, a la serena sensación psíquica que no pudiera ser alterada por medio físico alguno. Sólo así escaparía a la náusea del mundo exterior.

En algún lugar de su mente, surgió una idea. Se puso en pie y abandonó la veranda, sin notar los movimientos físicos requeridos para ello. Se limitaba a flotar hacia el extremo opuesto del jardín.

Oculto por la glorieta de rosas, permaneció cinco minutos al borde del estanque. Se metió en el agua, se arremangó los pantalones hasta las rodillas y avanzó con extrema lentitud. Al llegar al centro, se sentó, tras apartar las hierbas, y luego se tumbó en el agua.

Fue sintiendo poco a poco cómo la masilla que parecía su cuerpo se disolvía, se enfriaba y dejaba de oprimirle. Miró a través de la superficie del agua, quince centímetros por encima de su cara, y vio el disco azul del cielo, tranquilo y despejado por completo, expandiéndose hasta colmar su conciencia. Al fin, había encontrado el trasfondo perfecto, el único campo posible de formación de las ideas, un continuo absoluto de existencia, no contaminado por las excrecencias materiales.

Contempló fijamente aquella imagen y esperó a que el mundo se disolviera y le liberara.

ZONA DE TERROR

J. G. Ballard

En el futuro, las extremas presiones mentales producirán hombres que no simplemente tendrán dobles de sí mismos… ¡sino «triples»!

Larsen había estado esperando la visita que Bayliss, el psicólogo que vivía en el chalé vecino, le prometió el día anterior. Una característica de Bayliss era la de no preocuparse del tiempo. El psicólogo era un hombre extraño. En realidad, más que una promesa, lo único que había hecho era murmurar algo sobre el día siguiente, mientras sostenía una jeringuilla en su mano; probablemente le haría una visita breve. Larsen sabía que el psicólogo estaba demasiado interesado en su caso para faltar a la cita. En cierto sentido, aquello afectaba tanto a Bayliss como a él mismo.

Excepto que era Larsen el que se sentía molesto —a las tres de la tarde, Bayliss no había aparecido aún—. ¿Qué podría estar haciendo? Estaría sentado en su cómodo cuarto de estar, de blancas paredes y aire acondicionado, escuchando alguno de los cuartetos de Bartok. Mientras tanto, Larsen permanecía en su chalé pasando incesantemente de una habitación a otra, como un tigre, con una neurótica ansiedad. Se preparó café y sacó tres anfetaminas de un escondite desconocido para el médico. Pero él las necesitaba tras las dosis masivas de barbitúricos que le había recetado después del último ataque. Intentó calmarse con la lectura de *Un análisis del tiempo psíquico*, de Kretschmer, un grueso volumen con multitud de gráficos y tablas que Bayliss había insistido en que leyera, asegurando que estaba lleno de referencias a su caso. Trató de leer

durante dos horas, pero le resultó imposible pasar del prólogo.

Algunas veces, se acercaba a la ventana y espiaba el menor signo de vida en la casa vecina. Más allá el desierto aparecía bajo la luz solar como un enorme esqueleto calcinado, recortando la silueta del Pontiac azul de Bayliss, que brillaba como una antorcha. Los tres chalés restantes estaban vacíos; pertenecían a la compañía electrónica para la que ambos trabajaban y eran una especie de centros de reposo para sus pensadores. Se había escogido el desierto por sus virtudes sedantes y su supuesta equivalencia al cero psíquico. Dos o tres días leyendo tranquilamente o contemplando el monótono paisaje y las células neuróticas se realineaban, haciendo desaparecer la tensión y la ansiedad y despertando un enorme deseo creador.

Sin embargo, a los dos días de estancia allí, Larsen casi se había vuelto loco. Por fortuna, Bayliss vivía cerca y tenía la jeringuilla siempre a mano. Era un hombre extremadamente original atendiendo a sus pacientes: los abandonaba a sus propios recursos. En efecto, pensándolo bien, Larsen era el responsable de todos los diagnósticos. Bayliss hacía poco más que apretar su jeringuilla, recomendarle la lectura de Kretschmer y hacerle alguna pequeña indicación.

Tal vez esperaba algo.

Larsen decidió telefonearle con algún pretexto.

Su número —el 0 en el circuito interno—, estaba casi invitándole. Entonces escuchó el ruido de una puerta al cerrarse. Se asomó a la ventana y vio la figura alta y angulosa del psicólogo, con la cabeza baja y las manos en los bolsillos, que cruzaba el camino que separaba los dos chalés.

«¿Dónde está su maletín? —pensó Larsen—. No parece traer la droga. Quizá quiera probar la hipnosis, y luego, las sugestiones posthipnóticas me aturden».

Bayliss parecía agitado cuando entró en la sala.

—¿Dónde ha estado? —le preguntó casi sin darle tiempo a entrar—. ¿Sabe que son casi las cuatro?

El psicólogo se sentó ante el diminuto escritorio funcional, en mitad de la sala.

—Lo sé, desde luego. No me preocupa el tiempo —hizo una pausa—. ¿Cómo se siente hoy? ¿Ningún síntoma? ¿Visión, memoria,

todo va bien? Siéntese e intente relajarse —concluyó, indicándole una silla colocada a la izquierda de la mesa.

Larsen protestó, irritado.

—¿Cómo quiere que me relaje, cuando estoy inquieto esperando que explote una nueva bomba?

Comenzó su análisis de las veinte horas pasadas, cosa que le complacía, amenizando el relato con algún comentario.

—La noche pasada todo fue bien. Creo que atravieso un nuevo período. Todo empieza a estabilizarse una vez desaparecido ese sentimiento nervioso. Ahora ya no miro continuamente hacia atrás. Dejo las puertas abiertas y antes de entrar en una habitación examino su fondo y dimensiones, de forma que no me sorprenda; antes abría una puerta y pasaba al otro lado como el hombre que cae en un profundo pozo.

Larsen se movía sin cesar, y Bayliss no le quitaba ojo.

—Estoy seguro de que no habrá un nuevo ataque —continuó—. Lo mejor será reincorporarme al trabajo. Después de todo, no hay razón para estar aquí sentado indefinidamente. Me siento restablecido casi por completo.

El psicólogo asintió.

—En ese caso, ¿por qué está tan nervioso?

Exasperado, Larsen apretó sus puños. Podía oír su sangre golpeándole las sienes.

—¡No estoy nervioso! Por Dios, Bayliss, pensaba que el método moderno era que el psiquíatra y el paciente participen conjuntamente de la enfermedad, que deben olvidar su propia identidad y aceptar una responsabilidad similar. Y usted intenta desentenderse…

—No —interrumpió el otro secamente—. Acepto toda la responsabilidad para mí. Por eso quiero que usted continúe aquí hasta que acabemos con todo esto.

Larsen estalló:

—Ahora está usted intentando que esto parezca una película terrorífica. Todo ha sido una simple alucinación. Y ni siquiera estoy seguro de que fuera eso. Al abrir la puerta del garaje, con este sol, lógicamente tenía que aparecer una sombra.

—Y, sin embargo, usted la ha descrito con toda clase de detalles: color de cabello, bigote, la ropa que vestía.

—Los detalles en los sueños son auténticos también —se movió inquieto en la silla—. Hay otra cosa. No me parece usted enteramente sincero.

Sus miradas se encontraron. Bayliss le estudió con cuidado un momento, advirtiendo sus dilatadas pupilas; después se levantó, abrochó su chaqueta y se dirigió a la puerta.

—Le telefonearé mañana. Intente tranquilizarse un poco. No quiero alarmarle, Larsen, pero el problema puede ser más complicado de lo que usted cree.

Salió antes que Larsen pudiera replicar.

Una vez solo, se dirigió a la ventana para ver al psicólogo desaparecer en el interior de su casa. Nublado por un momento, el sol apareció de nuevo. Algunos minutos más tarde, las notas de un cuarteto de Bartok rompieron el silencio del desierto.

Larsen se sentó ante el escritorio con una expresión agresiva. Bayliss le irritaba con su música neurótica y sus diagnósticos imprecisos, y estuvo tentado de coger el coche e irse a la factoría. Cierto que el psicólogo era su superior y también autoridad sobre él en la colonia, ya que los cinco días que llevaba allí corrían por cuenta de la empresa.

Contempló el cuarto vacío, observando las sombras horizontales que las persianas proyectaban en la pared, y escuchando el suave murmullo del acondicionador de aire. Su discusión con Bayliss le había tranquilizado y se sentía mejor. Pero aún existían residuos de la tensión pasada y le costaba trabajo apartar sus ojos de las puertas del dormitorio y de la cocina.

Había llegado al chalé cinco días antes, agotado y sobreexcitado, al borde de un colapso neurótico total. Durante tres meses había estado trabajando sin descanso, programando el complejo circuito de un cerebro electrónico que la División de Diseños y Adelantos de la compañía estaba construyendo para una de las mayores fundaciones psiquiátricas. Era una completa réplica electrónica del sistema nervioso central, cada célula representada por un calculador; otros contenían memorias en las cuales el sueño, la tensión, la agresión y otras funciones psíquicas estaban codificadas y almacenadas, constituyendo bloques que podían ser reproducidos en el CNS para construir modelos de estados de disociación y síndromes de reposo.

El equipo de diseñadores que trabajaba en el cerebro estaba vigilado por Bayliss y sus ayudantes, y los *tests* semanales le revelaban el grado de fatiga y depresión nerviosa de Larsen. Por fin, Bayliss le envió al desierto por tres días para su recuperación.

Larsen se alegró de marcharse. Los dos primeros días vagó por los alrededores, agradablemente embriagado por las drogas que Bayliss le recetó, contemplando el desierto blanco y acostándose a las ocho de la tarde, para dormir hasta el mediodía. Cada mañana una señora venía de la ciudad para lavar la ropa y preparar la comida; pero Larsen no la había visto nunca, y no le disgustaba estar solo. Deliberadamente no veía a nadie y pensó que pronto estaría restablecido.

Lo cierto es que la primera persona que vio apareció de repente, como salida de una pesadilla.

Larsen se estremecía aún al recordar el encuentro.

Al tercer día de estancia allí, después de comer, decidió dar una vuelta por el desierto y echar un vistazo a las antiguas minas de cuarzo de uno de los cañones. Sería un viaje de dos horas y preparó un termo de martini con hielo. El garaje estaba junto al chalé, al lado de la puerta de la cocina, y se cerraba de arriba abajo.

Subió el cierre del garaje y sacó el coche al camino. Volvió por el termo, que había dejado en una mesa en la parte de atrás del garaje, y entonces descubrió una botella de gas, llena, abandonada en un rincón. Se detuvo un momento, calculó su recorrido y decidió llevarla con él en el coche. Después volvió a cerrar la puerta.

El cierre no estaba subido por completo, sino que quedaba a la altura de su barbilla. Apoyándose en la palanca que lo movía, Larsen intentó bajarlo unos cuantos centímetros; pero la inercia era demasiado para él. La luz del sol, reflejándose en los paneles de acero, le deslumhraba. Intentó levantar la palanca un poco más, con las dos manos, al fin de aumentar su ímpetu.

El espacio era pequeño, pero suficiente para ver el interior del oscuro garaje.

Entre las sombras, junto a la pared del fondo, cerca de la mesa, se destacaba la borrosa pero inconfundible silueta de un hombre. Estaba en pie, mirando a Larsen. Vestía un traje crema —cubierto de sombras, que le daban un curioso aspecto—, una camisa *sport* azul, muy limpia, y zapatos de dos colores. Tenía un poblado bigote

y una cara regordeta, y sus ojos continuaban fijos en Larsen; pero, sin embargo, parecían perdidos en la distancia.

Larsen le miró asombrado, con las dos manos tratando aún de bajar la palanca. No solo era imposible entrar en el garaje, ya que no había puertas laterales ni ventanas, sino que se adivinaba una amenaza indefinida en la presencia de aquel hombre.

Larsen estaba a punto de llamarle, cuando el hombre comenzó a andar, saliendo de las sombras con dirección a él.

Horrorizado, Larsen retrocedió. Las manchas oscuras en el traje del hombre no eran sombras, sino la silueta de la mesa que estaba justamente tras él.

El cuerpo y la ropa del hombre eran transparentes. ¡Era un espectro vivo!

Bajó de golpe la puerta del garaje, ahogando un grito, y se abalanzó hacia la cerradura, corrió el cerrojo y lo mantuvo echado con sus manos. Con las rodillas apretaba la puerta desesperadamente.

Casi paralizado por calambres, con la respiración entrecortada y la ropa empapada en sudor, continuaba sujetando la puerta cuando apareció Bayliss, treinta minutos después.

Larsen golpeó nervioso con sus dedos sobre la mesa. Se levantó y fue a la cocina. Las tres anfetaminas comenzaban a hacer efecto. Se sentía más descansado. Enchufó la cafetera y volvió al cuarto de estar. Se sentó en el sofá, cogiendo el ejemplar de Kretschmer.

Leyó algunas páginas, cada vez más impaciente. No veía la luz que Kretschmer podía arrojar en su problema; la mayoría de los casos que describía eran historias de paranoicos y esquizofrénicos. Su caso era mucho más superficial: una aberración momentánea debida al exceso de trabajo. ¿Cómo no lo veía Bayliss? Por alguna razón, este parecía desear una crisis más aguda, probablemente porque deseaba, en secreto, ser el paciente.

Larsen tiró el libro a su lado y contempló el desierto desde su ventana. De pronto, el chalé le pareció oscuro y estrecho, le invadió un sentimiento de claustrofobia. Se levantó, abrió la puerta y salió a respirar aire puro.

Agrupados en semicírculo, los chalés parecían hundirse en el suelo mientras se alejaba paseando. Las montañas se destacaban enormemente. Estaba casi anocheciendo y el cielo era de un azul

brillante que destacaba del color indefinido del desierto, subrayado por líneas de sombra y limitado por las montañas, en el horizonte. Se volvió y miró las cosas. No había signos de vida, excepto la música que salía del tocadiscos de Bayliss, y todo el paisaje parecía irreal.

Mientras reflexionaba sobre esto notó una sensación extraña, indefinida, como si algo se hubiese realizado o como una intención olvidada. Hizo memoria, incapaz de recordar si había apagado la cafetera.

Regresó a su casa y comprobó que había dejado abierta la puerta de la cocina. Al pasar por delante de la ventana del cuarto de estar, miró al interior.

Había un hombre sentado en el sofá, con las piernas cruzadas y la cara oculta por el volumen de Kretschmer. Por un momento pensó que Bayliss había ido a visitarle y continuó su camino, dispuesto a preparar café para los dos. Y entonces se dio cuenta de que el tocadiscos seguía funcionando en el chalé del psicólogo.

Con mucho cuidado regresó hasta la ventana. La cara del hombre continuaba oculta, pero un vistazo le bastó para confirmar que el visitante no era Bayliss. Vestía el mismo traje crema que Larsen había visto dos días antes y llevaba los mismos zapatos de dos colores. Pero esta vez el hombre no era una alucinación: sus manos, sus ropas, eran sólidas y tangibles. El visitante se movió ligeramente y volvió una página del libro, doblando el lomo entre sus manos.

Con el pulso agitado, Larsen le miró cuidadosamente, apoyándose en la ventana. Había algo en el hombre, en su postura, en la forma de colocar sus manos, que le convenció de que le había visto antes de su rápido encuentro del garaje.

Entonces, el hombre cerró el libro y lo dejó a su lado, en el sofá. Miró por la ventana, con sus ojos solo a unos centímetros del rostro de Larsen.

Atónito, Larsen retrocedió. Había reconocido al hombre sin ninguna duda: su cara gordiflona, sus ojos nerviosos, su bigote demasiado poblado. Ahora podía verle claramente. Desde luego, le conocía muy bien, demasiado bien. Mejor que nadie sobre la tierra.

¡Aquel hombre era él mismo!

Bayliss sacó la jeringuilla de su maletín y la colocó sobre la tapa

del tocadiscos.

—Alucinación es un término completamente erróneo —explicó a Larsen, que estaba sentado en el sofá saboreando un vaso de *whisky* caliente—. Deje de utilizarlo. Es tan solo una imagen psíquica en la retina, más perdurable, pero no una alucinación.

Larsen asintió débilmente. Había llegado a casa del psicólogo una hora antes, fuera de sí a causa del pánico. Bayliss procuró tranquilizarle y le hizo volver hasta la ventana de la sala para comprobar que el doble había desaparecido. El médico no estaba sorprendido por la identidad del fantasma, y esto confundía a Larsen casi tanto como la nueva alucinación. ¿Qué guardaba Bayliss en su manga?

—Me sorprende que no se haya dado cuenta antes —señaló el psicólogo—. Su descripción del hombre del garaje estaba muy clara: el mismo traje color crema, los mismos zapatos de dos colores, la misma camisa, idéntica constitución física e incluso el mismo bigote.

Algo más tranquilo, Larsen se incorporó. Miró su traje crema y cepilló el polvo de sus zapatos blancos y marrones.

—Gracias por todo. Ahora lo que tiene que hacer es decirme quién es él.

Bayliss se sentó en una de las sillas.

—¿Cómo que quién es él? Él es usted, desde luego.

—Eso lo sé; pero ¿por qué? ¿De dónde viene? ¡Dios mío, debo de haberme vuelto loco!

—No. Tranquilícese. Es un desorden puramente funcional, como la doble visión o la amnesia; nada más serio. Si lo fuera, le alejaría de aquí ahora mismo. Quizá debiera hacerlo, de todos modos; pero creo que podremos encontrar una salida a este laberinto en el que está metido.

Sacó un libro de notas del bolsillo de la americana.

Vamos a repasar los datos que tenemos. Ahora hay dos rasgos que sobresalen de los demás. Primero, el fantasma es usted mismo. No hay duda acerca de esto; es una réplica exacta de usted. Y lo que es más importante: es usted tal y como usted es ahora; su exacto contemporáneo en el tiempo. Sin idealizar, sin mutilar, sin compensar ningún defecto. No es el maravilloso héroe juvenil del *super-ego*, ni el agotado anciano que desea la muerte. Es,

simplemente, un doble fotográfico. Desplace usted suavemente un ojo con el dedo y verá un doble mío. Su doble no es más extraordinario, con la excepción de que el desplazamiento no es de espacio, sino de tiempo. La segunda cosa que he notado en su descripción del fantasma es que no solo es un doble fotográfico, sino que hace exactamente lo que usted ha hecho unos minutos antes. El hombre del garaje estaba a la altura de la mesa de trabajo donde usted estuvo mientras dudaba si llevar o no la botella de gas. Después, el hombre que leía en su sillón estaba repitiendo, exactamente, lo que usted había hecho con el mismo libro cinco minutos antes. Miró por la ventana, como usted hizo antes de salir a dar un paseo.

Larsen asintió despacio.

—¿Sugiere usted que la alucinación no es sino una especie de impresión mental retrospectiva?

—Exacto. La corriente de imágenes de la retina, al llegar al lóbulo óptico, no es sino una especie de película. Cada imagen se almacena allí; millares de cintas, cientos de millares de horas de nuestra vida. Normalmente estas impresiones retrospectivas son deliberadas si nosotros, de un modo consciente, seleccionamos algunas imágenes confusas de nuestra filmoteca: una escena de la infancia, la imagen de las calles de nuestro barrio, que llevamos todo el día con nosotros cerca de la superficie consciente. Pero cuando el proyector visual sufre una sacudida (una hipertensión puede hacerlo), le ofrece una serie de imágenes superpuestas, como la de verse usted mismo sentado en el sofá, que, aparentemente, no vienen al caso y por eso son más chocantes.

—Espere un momento —interrumpió Larsen—. Cuando yo estaba sentado en el sofá leyendo a Kretschmer no me veía a mí mismo, como no puedo verme ahora. Entonces, ¿de dónde salen esas imágenes superpuestas?

Bayliss dejó su cuaderno.

—No tome el ejemplo de la película demasiado literalmente. Usted no puede verse sentado en el sofá; pero su deseo de estar allí es casi tan poderoso como la confirmación visual. Es una corriente de múltiples canales de imágenes tangibles posicionales y psíquicas la que forma este almacén de datos. Se necesita un esfuerzo insignificante para mover un ojo, fijando la vista en un lado u otro

de una habitación. La pura memoria visual no es nunca completamente auténtica.

—Entonces, ¿cómo explicaría el hecho de que el hombre del garaje fuera transparente?

—Muy sencillo. El proceso estaba empezando y la intensidad de la imagen era débil. El que ha visto esta tarde era mucho más fuerte. Dejé de administrarle drogas deliberadamente, al notar que los estimulantes impedían algo.

Llenó de nuevo el vaso de Larsen.

Pero pensemos en el futuro. El aspecto más interesante de todo esto es la luz que arroja sobre uno de los arquetipos más antiguos de la psique humana (el espectro), y todo el ejército sobrenatural de fantasmas, brujos, demonios, etcétera. *¿Son, en efecto, todos ellos algo más que impresiones psicorretinales, transpuestas imágenes del observador mismo, vertidas en la pantalla de la retina por el miedo, la aflicción o la obsesión religiosa?* Lo más notable en la mayoría de los fantasmas es lo prosaicamente que están equipados, comparados con las cuidadas producciones literarias de los grandes místicos y soñadores. La nebulosa sabana blanca es, probablemente, la misma camisa de dormir del observador. Es un campo interesante de especulación. Por ejemplo, tome el más famoso fantasma de la literatura y observe cuánto más sentido tiene Hamlet si se supone que el espectro de su padre muerto es, en realidad, el propio Hamlet.

—De acuerdo, de acuerdo —interrumpió Larsen, irritado—. Pero ¿en qué puede ayudarme todo eso?

El psicólogo interrumpió su meditación y fijó su vista en el enfermo.

—Ahora vamos a eso. Hay dos métodos de conducta en su caso. El clásico, que es tranquilizarle y confinarle en una cama durante un año. Poco a poco, su mente se recobraría y los caminos neuróticos primarios se unirían. Larga tarea que aburre a cualquier persona. El otro método es francamente experimental; pero creo que merece la pena. Cité el caso de los fantasmas porque es un hecho interesante que, aunque ha habido siempre decenas de millares de gentes perseguidas por fantasmas, y pocos de espectros que se hayan perseguido entre sí, no ha habido ninguno de fantasmas y observadores encontrándose por su propia voluntad. Dígame: ¿qué

hubiera ocurrido si cuando usted ha visto a su doble esta tarde hubiera entrado en la sala y le hubiera hablado?

—Seguramente nada, si sus teorías son correctas. Además, no me gustaría hacer la prueba —murmuró Larsen.

—Pues es justamente lo que debe hacer. Fuera el miedo. La próxima vez que vea a su doble sentado en un sillón leyendo a Kretschmer, háblele. Si no contesta, siéntese usted en la silla. Es todo lo que tiene que hacer.

Larsen se levantó agitado.

—Por Dios, Bayliss, ¿está usted loco? ¿Sabe lo que se siente cuando, de pronto, se ve uno a sí mismo? Lo único que se desea es correr, escapar.

—Lo sé; pero eso es lo peor que puede usted hacer. ¿Por qué hacerlo, si luchando con el fantasma este se desvanece al instante? Porque, forzosamente, tienen que ocupar la misma coordinada psíquica, ya que el doble se proyecta en un canal sencillo. Las dos corrientes separadas de imágenes en la retina coinciden y se funden. Debe intentarlo, Larsen. Puede ser un gran esfuerzo; pero se curará usted de una vez para siempre, y esos caminos neuróticos se aclararán de nuevo.

El otro negó con la cabeza.

—Es una locura.

Y añadió para sí: «Prefiero acabar con eso a tiros». Entonces recordó el revólver calibre 38 que tenía en su armario, y la presencia del arma le dio una sensación de seguridad que no le habían dado ni las drogas ni los consejos del doctor. El revólver era un símbolo de agresión, y aunque el fantasma era solo un fruto de su mente, el arma le daba la posibilidad de disipar el poder del doble.

Con los ojos semicerrados por la fatiga, escuchaba a Bayliss, mostrándose de acuerdo con sus instrucciones. Media hora más tarde volvía a su casa. Encontró el revólver y lo escondió, envuelto en una revista, en el buzón de correos. Era engorroso llevarlo encima, y, además, podía dispararse y herirle accidentalmente. Así, frente a la puerta, estaba bien escondido y era fácilmente accesible, listo para castigar, quizá de forma un poco anticuada, a cualquier doble que intentara introducir un quinto as en el juego.

La esperada oportunidad de vengarse llegó dos días después.

Bayliss había ido a la ciudad a comprar agujas para su tocadiscos, encargando a Larsen que preparara la comida para los dos. Este protestó de la tarea que se le encomendaba; pero en su interior estaba encantado por tener una ocupación. Ya estaba harto de vagar por los alrededores mientras Bayliss le observaba como a un conejo de Indias, siempre en espera de una nueva crisis. Esta no se había presentado afortunadamente. Larsen había suprimido las anfetaminas y estaba tan cerca de la normalidad como no lo había estado desde hacía tres meses.

Tras preparar la mesa en la pequeña cocina del psicólogo y cargar bien de hielo los martinis, volvió a su casa y se puso una camisa limpia. Obedeciendo a un impulso repentino, se cambió de zapatos y de traje. No solo eran molestas las asociaciones del traje de crema y los zapatos deportivos, sino que un cambio de traje podía muy bien impedir la reaparición del doble, dándole una nueva imagen psíquica capaz de eliminar las versiones anteriores. Mirándose en el espejo, decidió ir aún más lejos. Preparó su máquina de afeitar e hizo desaparecer su bigote. Después cambió de peinado.

La transformación fue completa. Cuando Bayliss salió de su coche y entró en la sala casi no reconoció a Larsen. Hizo un movimiento instintivo de retroceso al ver el cabello liso de la persona, vestida de oscuro, que salía de detrás de la puerta de la cocina.

—¿A qué juega usted? No es hora de hacer gracias —examinó a Larsen—. Parece usted un detective barato.

Larsen rió. El incidente había elevado su moral, y después de algunos martinis se sentía extremadamente optimista. Por el contrario, el psicólogo parecía querer desembarazarse de él; meditaba esto cuando poco después regresaba a su casa. Su pulso se había acelerado; notaba que sus movimientos eran rápidos y nerviosos. Los martinis solo tenían una pequeña parte de este júbilo. Ahora comenzaba a comprender cuál era el verdadero agente: algún estimulante que Bayliss había mezclado en su comida o en su *whisky* con la esperanza de precipitar una nueva crisis.

Desde su ventana, Larsen miró agriamente el chalé de Bayliss. La imprudencia del psicólogo demostraba una total falta de escrúpulos. De repente sintió que todo se desmoronaba. Con sus paredes de

madera y sus muebles como cajas de cerillas, el chalé no era sino un refugio de cartón. Todo lo que había ocurrido allí, las crisis y los fantasmas de sus pesadillas, habían sido provocados por Bayliss deliberadamente.

El estimulante parecía ser muy poderoso. Aquel extraño estado continuaba. Intentó tranquilizarse; fue al dormitorio, revolvió su armario y encendió dos cigarrillos sin darse cuenta.

Finalmente, incapaz de contenerse por más tiempo, abrió la puerta y salió a la calle. Cruzó con ánimo de aclararlo todo con Bayliss y exigirle un sedante inmediato.

El cuarto de estar del psicólogo estaba vacío. Larsen entró en la cocina y en la alcoba y descubrió que Bayliss estaba en la ducha. Permaneció en la sala unos minutos, y luego decidió esperar en su casa.

Con la cabeza baja, cruzó a grandes pasos bajo el sol ardiente. Ya estaba solo a unos cuantos metros de la sombría entrada, cuando reparó en un hombre con camisa azul que le contemplaba desde allí.

Larsen retrocedió sobresaltado al reconocer al doble. El hombre se movía incesantemente, agitando sus dedos, y parecía a punto de salir a la luz del sol.

Estaba a unos treinta metros de él, justo en la línea con la puerta de Bayliss. Retrocedió hacia su izquierda, camino del garaje. Allí se detuvo para recobrar la calma. El doble dudaba aún en la puerta más tiempo, estaba seguro, que él lo había hecho. Le miró cuidadosamente a la cara, con un sentimiento de náusea y repulsión, no tanto por la similitud de la imagen como por una extraña casi luminosa plasticidad que daba a las facciones del doble una especie de brillo de cera. Y era este brillo desagradable lo que le hacía retroceder. El doble estaba a un paso del buzón donde había escondido el revólver y nada podía inducir a Larsen a aproximarse.

Decidió entrar en el chalé y observar al doble por detrás. Con este propósito rodeó el garaje para entrar por la ventana del dormitorio.

Caminaba por un basurero que estaba tras el garaje, cuando oyó una voz:

—Larsen, idiota, ¿qué cree usted que está haciendo?

Era Bayliss, asomado a la ventana de su cuarto de baño. Larsen tropezó, recuperó a duras penas el equilibrio y se encaminó hacia el psicólogo. Este le contemplaba mientras se secaba el cuello con una toalla.

Larsen volvía sobre sus pasos cuando, al cruzar el espacio entre el garaje y la esquina más próxima del chalé del psicólogo, percibió una figura vestida de oscuro que permanecía a pocos metros de la puerta del garaje.

¡El doble se había movido! Larsen se detuvo y dio la vuelta, olvidando a Bayliss y mirando cautelosamente al doble. Este trataba de recuperar el equilibrio, como él había hecho hacía solo un minuto. No se distinguían sus ojos; pero parecían mirar a la puerta del chalé.

Automáticamente, Larsen miró la puerta de su casa. La figura de camisa azul aún continuaba allí.

Ahora no había un doble, sino dos.

Por un momento, los ojos de Larsen parecían querer salirse de sus órbitas, mirando a las dos figuras que estaban a ambos lados del camino, como maniquíes semivivos en un cuadro de muñecos de cera.

De repente, la figura que le daba la espalda giró sobre sus talones y comenzó a caminar hacia él. La luz del sol le daba de lleno en la cara, y con un estremecimiento de horror Larsen reconoció por primera vez la perfecta semejanza del doble: las mismas mejillas, el mismo lunar a la derecha de la nariz, el labio superior desnudo, con el mismo pequeño arañazo que se había hecho al afeitarse. Pero, sobre todo, reconoció el estado de ansiedad del hombre, sus labios nerviosos, la tensión de su cuello y músculos faciales, el agotamiento que se reflejaba en la máscara.

Con la voz estrangulada, Larsen huyó.

Dejó de correr junto al pequeño muro que aislaba los chalés del desierto. Falto de respiración, estaba caído sobre una rodilla, mirando a su casa. El segundo doble rodeaba el garaje y trepaba por el montón de basura. El otro cruzaba el espacio entre los dos chalés. Sin hacer caso de ellos, Bayliss miraba hacia el desierto desde su cuarto de baño.

Larsen secó el sudor de su cara con la manga de su chaqueta. Entonces, Bayliss estaba en lo cierto, aunque antes veía una sola

imagen en un ataque sencillo. Pero ahora Larsen había producido dos en poco tiempo, cada una en una fase crítica durante los últimos cinco minutos. Algo en el proyector psíquico debía haber recibido dos impresiones separadas, y ahora arrojaba dos corrientes distintas de imágenes en la pantalla real.

Buscando el modo de acabar con esas imágenes, Larsen se acordó del revólver escondido en el buzón. Era su única, aunque irracional, esperanza. Con él se sentía capaz de probar la autenticidad de los dobles, sacándolos de su mente.

El muro cortaba el camino asfaltado. Volvió a mirar la escena. Los dos dobles continuaban en sus posiciones; pero Bayliss había desaparecido tras correr su ventana.

Larsen llegó al borde de la carretera, que se elevaba unos treinta centímetros del piso del desierto, y avanzó hacia un viejo tonel que le proporcionaría un excelente escondite. Para llegar al revólver decidió rodear el chalé de Bayliss y llegar a la puerta del suyo, desguarnecida, excepto por el doble que miraba desde el garaje.

Estaba a punto de ponerse en marcha cuando algo le hizo mirar atrás.

Corriendo junto al pequeño muro, con la cabeza baja, las manos casi tocando el suelo, venía una enorme criatura, parecida a una rata, moviéndose a tremenda velocidad. Cada diez o quince metros se detenía un momento y miraba las casas, y Larse pudo ver en su cara aterrorizada una nueva réplica de la suya.

—¡Larsen! ¡Larsen!

Bayliss estaba en la puerta de su casa.

Larsen continuaba mirando el fantasma, que se arrastraba hacia él; ahora estaba sólo a treinta metros; entonces, sin poder contenerse por más tiempo, echó a correr hacia el psicólogo.

—Larsen, ¿qué le sucede? ¿Sufre usted otro ataque?

Larsen no dejaba de gesticular, señalando los dobles a su alrededor.

—¡Deténgalos, Bayliss! ¡Por Dios, deténgalos! —suplicaba—. No pude deshacerme de ellos.

¿Ellos? Entonces, ¿ve usted *más* de uno? ¿Dónde están? Enséñemelos.

Larsen señaló las dos figuras que se movían cerca del chalé, y luego al desierto.

—En el garaje y sobre la pared. Hay otro escondido tras aquella esquina.

Bayliss miró en la dirección que le indicaba.

—Vamos, hombre. Debe hacerlos frente, no huir de ellos.

Intentó llevarle hacia el garaje, pero Larsen se pegó a la pared.

—No puedo, Bayliss, créame. Hay un revólver en el buzón. Tráigamelo. Es la única forma.

Bayliss le contempló arrodillado ante él.

—Está bien. Tranquilícese.

Larsen se levantó.

—Le esperaré allí —dijo, señalando la esquina más lejana de la casa del psicólogo.

Mientras Bayliss se encaminaba al buzón, él corrió hacia la esquina. A mitad del camino tropezó con una escalera caída en el suelo, torciéndose salvajemente el tobillo entre dos peldaños.

Se sentó en el suelo, frotándose el tobillo, y en ese momento Bayliss apareció entre las dos casas llevando el revólver. Miró a su alrededor buscando a Larsen, que aclaraba su garganta para llamarle.

Antes de poder abrir la boca vio al doble que le había seguido dirigirse hacia el psicólogo. El cabello del fantasma estaba revuelto y parecía exhausto; la chaqueta casi sobre sus hombros, el cuello de la camisa desabrochado y el nudo de la corbata torcido. La imagen continuaba persiguiéndole aún, siguiendo todos sus pasos como una sombra obsesionante.

Larsen intentó llamar al doctor de nuevo; pero hubo algo que heló la voz en su garganta.

¡Bayliss estaba mirando a su doble!

Larsen volvió a hacerse daño en el pie, con un súbito sentimiento de terror. Intentó ir hacia el psicólogo. Pero este conversaba ya con el doble, que le señalaba algo.

—¡Bayliss!

El disparo ahogó su grito. Bayliss había disparado junto al garaje, y el eco resonó entre los dos chalés. El doble permanecía a su lado, señalando en todas direcciones. Bayliss levantó de nuevo el revólver e hizo otro disparo. Larsen se sentía aturdido y enfermo.

Ahora Bayliss sufría el mismo ataque psicótico, viendo dos imágenes simultáneas; pero no suyas, sino de Larsen, en cuya mente

había estado observando durante las pasadas semanas. Una repetición de Larsen le había engañado y le señalaba los fantasmas que estaba proyectando en la retina de Bayliss, diabólicamente, en el momento exacto en que este regresaba con el revólver y buscaba un blanco.

Larsen retrocedió intentando llegar a la esquina. Sonó un tercer disparo y una llamarada se reflejó en el cristal de la ventana del cuarto de baño. Casi había alcanzado la esquina cuando oyó la voz de Bayliss. Agarrándose a la pared con una mano, miró hacia atrás.

Con la boca abierta, Bayliss le miraba, con el revólver en la mano. A su lado, la figura del traje oscuro enderezaba el nudo de su corbata.

Al fin, el psicólogo se había dado cuenta de que podía ver dos imágenes de Larsen, una a su lado y otra junto a la pared de su casa.

Pero ¿cómo saber quién era el auténtico Larsen? Parecía incapaz de decidir.

Entonces el doble levantó un brazo y señaló la esquina que él mismo había indicado un minuto antes.

Larsen intentó escapar, pegándose a la pared. Los pasos de Bayliss resonaban al cruzar el asfalto.

Él solamente pudo oír el primero de los tres disparos.

¡POBRE PEQUEÑO GUERRERO!

Brian W. Aldiss

Mi historia POOR LITTLE WARRIOR *nació como un intento de volver a la vida imaginativa el hueso de un dinosaurio que vi en cierto museo*.

Claude Ford sabía muy bien cómo cazar un brontosaurio. Uno se arrastraba sin mucho cuidado por la hierba, bajo los sauces, aplastando las florecitas primitivas de pétalos verdes y pardos como una cancha de fútbol, a través de un barro apto para máscaras de belleza. Uno espiaba a la criatura que estiraba el cuerpo entre los juncos, con la gracia de un calcetín relleno de arena. Allí estaba, acostado, dejando que la gravedad lo hundiera en el pantano como en un pañal húmedo; a treinta centímetros del suelo se balanceaban horizontal-mente sus fauces, del tamaño de dos conejeras, buscando entre resoplidos más juncos embutibles. Era hermoso: en él, todo el horror daba una vuelta entera y tocaba su propio límite, convirtiéndose en un círculo completo, para desaparecer finalmente en el movimiento de su esfínter. Los ojos le brillaban con la vitalidad que podría tener el dedo gordo de un cadáver, una semana después de la muerte. Su aliento a estiércol, la piel de sus crudas cavidades aurales, habrían sido muy recomendables para toda persona inclinada a elogiar la obra de la Madre Naturaleza.

Pero mientras uno (pequeño mamífero con dígito opuesto y 0.65 de carga propia, semiautomático, doble depósito, computación digital, vista telescópica, inoxidable, rifle de alto poder aferrado en las patas, de otro modo indefensas), mientras uno se desliza bajo los sauces desaparecidos, lo primero que llama la atención es el pellejo de ese lagarto tronador. Despide un olor tan profundo como las

notas bajas de un piano. Por comparación, la epidermis de un elefante parecería una hoja arrugada de papel de tocador. Es gris, como los mares vikingos, grueso como los cimientos de una catedral. ¿Será posible llegar hasta el hueso para aliviar la fiebre de esa carne? La recorren a prisa los pequeños piojos pardos que habitan esas quebradas, esas paredes grises; son traviesos como fantasmas, crueles como cangrejos. Si cualquiera de ellos saltara encima de uno, lo más probable sería acabar con la columna rota. Y cuando cualquiera de esos parásitos se detiene para hincar la pata contra una de las vértebras del brontosaurio, se puede ver que también lleva, a su vez, su propia carga de vividores, cada uno del tamaño de una langosta marina. Porque uno ya está cerca, oh, tan cerca que se puede oír el latido del primitivo órgano cardíaco de ese monstruo, en tanto el ventrículo acompasa milagrosamente su ritmo con la aurícula.

Ya no es tiempo de escuchar al oráculo: uno ha superado la etapa de los presagios, y va camino a la matanza: la de él, la de uno. Por hoy, la superstición ya ha gozado sus buenos momentos; de ahora en adelante, sólo estos nervios elásticos, este estremecido conglomerado de músculos, inextricablemente enredados bajo la caparazón de piel brillante de sudor, esta pequeña urgencia sangrienta por matar al dragón, serán la única respuesta a todas las plegarias.

Ahora se podría disparar. Es cuestión de esperar hasta que aquella diminuta excavadora a vapor haga otra pausa para engullir una carga de espadañas; con un *bang* increíblemente vulgar, uno podrá demostrar a todo ese indiferente mundo jurásico que está frente al producto final logrado por el arquero sexual de la evolución. Uno sabe por qué se detiene, aunque finja no saberlo; es el viejo gusano de la conciencia, largo como un palo de *baseball*, longevo como una tortuga, que se ha puesto a funcionar; se desliza por todos los sentidos, más monstruoso que la serpiente. A cada una de las pasiones, le dice: «Eso es disparar contra una presa indefensa, oh, inglés,» A la inteligencia, le susurra que el aburrimiento, ese halcón-barrilete que nunca se harta, volverá a aparecer en cuanto la tarea haya sido cumplida. A los nervios les hace burla, porque cuando cese el flujo de adrenalina comenzará el vómito. En el maestro, detrás de la retina, hace valer toda la belleza del

espectáculo.

Ahorrémonos ese chancletazo de la palabra «belleza». Caramba, ¿esto es una película documental, o acaso hemos abandonado la partida? Ahora, posados en el lomo de esta titánica criatura, vemos una bandada de aves de espléndido plumaje, que despliegan un colorido digno de las adorables, fabulosas playas de Copacabana. Permítaseme destacar su robustez; eso se debe a que se alimentan de las migajas caídas de la mesa de este potentado. ¡Observad ahora esta magnífica eyección! Ved cómo se levanta la cola del brontosaurio… Oh, magnífico, sí. De la punta ha brotado al menos un par de parvas de heno. Sin duda, eso ha sido una belleza, amigos, ofrecida directamente del consumidor al consumidor. Ahora, las aves luchan sobre él. Eh, vosotras, hay bastante para todas, y de cualquier modo ya estáis bastante gordas… Y no tienen más trabajo que el de volver a saltar sobre las ancas de esta vieja res, para esperar la próxima vuelta. Ahora, mientras el sol cae a plomo sobre el Jurásico Oeste, les decimos: « ¡Buen provecho!».

No, estás dilatando las cosas, y ésta es la obra de tu vida. Mata la bestia y pon fin a tus sufrimientos.

Toma tu coraje entre tus manos, levántalo hasta la altura del hombro y cierra un ojo para apuntar. La explosión es tremenda: quedas medio aturdido. Tembloroso, miras alrededor. El monstruo sigue masticando, con el alivio de haber levantado un viento suficiente como para intranquilizar al viejo Zeus.

Lleno de enojo (¿o acaso se trata de una emoción más sutil?) uno sale bruscamente de entre los arbustos y se enfrenta a él, dando la cara al peligro; es una típica muestra de las situaciones difíciles a que nos lleva constantemente el respeto por nosotros mismos y por los demás. ¿Respeto? ¿O se trata nuevamente de algo más sutil? ¿Por qué debemos confundirnos, sólo porque provenimos de una civilización confundida? Pero ése es un punto para estudiar después, si es que el «después» existe, cosa sujeta a discusión por esos dos ojos de cerdo revolcado que miran desde muy cerca.

Pero no dejaremos que uses sólo tus mandíbulas, oh Monstruo, sino también tus enormes patas; o, si te conviene, me arrollarás con todo tu cuerpo de montaña. Que la muerte sea una leyenda vivaz, digna de Beowulf.

Desde trescientos metros de distancia llega un ruido como el que

harían unos diez hipopótamos, saltando bulliciosamente en pantalones de gimnasia, dentro de un lodo ancestral; en el segundo siguiente, una cola enorme, tan larga como un domingo y tan gruesa como una noche de sábado, pasa tajante sobre nuestra cabeza. Uno se encoge tanto como puede, pero de cualquier modo, la bestia sólo falla por su pobre coordinación; es como si uno tuviera que acertar a un monito titi con un edificio de treinta pisos. Una vez hecho esto, parece sentirse satisfecho de haber cumplido consigo mismo, y nos olvida. Uno desearía poder olvidarse a sí mismo con idéntica facilidad; después de todo, fue por esa razón que hizo semejante viaje.

El folleto de los viajes en el tiempo decía: «Deje a un lado todos sus problemas», y para uno eso significaba dejar a un lado a Claude Ford, un esposo tan inútil como su nombre, con una esposa terrible llamada Maude. Maude y Claude Ford. Que no podían adaptarse el uno a la otra, ni a sí mismos, ni al mundo en el que habían nacido. En el mundo tal-como-estaba-constituido-al-presente, ésa era la mejor razón para regresar aquí, a matar saurios gigantescos; eso, en el caso de que uno fuera lo bastante tonto como para pensar que ciento cincuenta millones de años, en cualquier dirección que uno los recorriera, podían significar una pequeña diferencia en la maraña de pensamientos del torbellino cerebral de un hombre.

Uno trata de poner coto a sus pensamientos, tontos, ridículamente entusiastas, pero nunca se han detenido desde los días coca-colaboradores del crecimiento. Dios, si la adolescencia no existiera, no haría falta inventarla. Lentamente, uno logra la firmeza necesaria para volver a contemplar la mole de ese tirano herbívoro, cuya presencia es capaz de llenarlo con deseos tan confusos de vida y de muerte, con todas las emociones que el organismo humano es capaz de inspirar. Esta vez, el hombre de la bolsa existe, Claude, como tú lo querías, y tendrás que enfrentarlo antes de que vuelva a mirarte. Y por eso uno vuelve a levantar el Viejo Igualador, esperando el momento oportuno para vulnerar el punto vulnerable.

Los pájaros brillantes se dispersan, los piojos huyen como perros, el pantano gruñe, mientras el brontosaurio rueda, haciendo viborear su pequeño cráneo por las aguas brillantes como la bilis, en busca de un alimento difícil de digerir. Uno observa; nunca ha estado tan nervioso en toda su vida, de por sí nerviosa, y espera que

esa catarsis escurra para siempre la última gota de temor ácido de su metabolismo. Está bien, nos repetimos, una y otra vez, como locos, sin que sirva de nada la educación propia del siglo XXII, que costó un millón de dólares. Está bien, está bien. Y mientras uno lo dice por enésima vez, esa cabeza loca sale del agua como un tren expreso descarriado, y mira hacia donde estás.

Mira y pasta hacia donde uno está. Mientras esa mandíbula masticante, cuyos grandes molares romos parecen postes de cemento, trabaja hacia arriba y hacia abajo, uno ve que el agua del pantano corre sobre los labios sin borde, sobre los bordes sin labio, salpicándonos los pies y empapando el suelo. Juncos y tronquitos, ramas y raíces, musgo y barro, todo rueda alternativamente en esas fauces masticantes, debatiéndose, demorándose; y, mezclado con eso, pececillos, diminutos crustáceos, ranas…, todo destinado a convertirse, en ese horrendo movimiento de mandíbulas, a convertirse en movimiento de intestinos. Y mientras sigue el traga que traga, sus ojos a prueba de fango vuelven a contemplarnos.

Según el folleto de los viajes en el tiempo, estas bestias llegan a vivir trescientos años; y ésta, obviamente, ha tenido toda la intención de vivirlos, pues su mirada tiene siglos de vejez, décadas y décadas de revolcadas en esa inconsciencia de peso pesado, hasta que ha llegado a ser sabio en temblores de mollera. Para uno es como mirar dentro de un charco neblinoso y perturbador; provoca una conmoción psíquica; uno dispara los dos caños contra su propio reflejo. Bang-bang, van dos balas
dum-dum.

Esas luces seculares, mortecinas y sagradas, se apagan decididamente. Esos claustros quedarán cerrados hasta el día del Juicio. El reflejo, en ellos, está desgarrado, ensangrentado para siempre. Sobre sus cristales destrozados, las membranas de párpado suben lentamente, como sábanas sucias al cubrir un cadáver. La mandíbula continúa masticando lentamente, mientras lentamente cae la cabeza. Lentamente, una escurridura de fría sangre de reptil unta el flanco arrugado de una mejilla. Todo es lento, con una lentitud reptante de Era Secundaria, como el gotear del agua. Uno comprende entonces, que de haber estado a cargo de la creación, habría descubierto algún ambiente menos desgarrador que el Tiempo para que sirviera de escenario.

¡No importa! ¡Apurad vuestros vasos, señores! Claude Ford ha asesinado a una criatura inofensiva. ¡Viva Claude, que no claudica!

Sin aliento, uno sigue mirando mientras la cabeza toca el suelo, mientras el cuello, como una larga carcajada, toca el suelo, mientras las mandíbulas se cierran al fin. Uno sigue mirando, y espera que pase algo más, pero nada pasa. Nada pasará. Uno podría quedarse esperando por ciento cincuenta millones de años. Lord Ford, y nada volvería a pasar aquí. Gradualmente, la poderosa carcaza de tu brontosaurio, limpiada a amorosos picotazos por los depredadores, se hundirá en el lodo, llevada a las profundidades por su propio peso; entonces, las aguas subirán, y el viejo Mar Conquistador entrará en escena, con el aire distraído de un fullero en el momento de hacer trampas. Los sedimentos se filtrarán en la tumba colosal, en una lenta lluvia que dispondrá de siglos para penetrar. El lecho del viejo brontosaurio se levantará y bajará, quizá cinco o seis veces, con la suavidad necesaria para no perturbarlo, aunque para entonces las rocas sedimentarias formarán una gruesa capa sobre él. Finalmente, cuando esté envuelto en la tumba más grandiosa que pudiera ambicionar un raja hindú, los poderes de la Tierra lo levantarán sobre sus hombros, hasta que, aún dormido, el brontosaurio descanse en una cumbre de las Montañas Rocosas, a gran altura por sobre las aguas del Pacífico. Pero poco tendrá que ver con todo eso, Claude el de la Espada; una vez que el diminuto gusano de la vida está muerto dentro del cráneo de esa criatura, el resto no te concierne.

Ya no se siente la menor emoción, sólo un leve desconcierto. Se esperaban bramidos y dramáticos golpes en el suelo; por otra parte, uno se siente aliviado, porque el animal ha muerto sin sufrir. Uno es sentimental, como todos los hombres crueles; y aprensivo, como todos los hombres sentimentales. Con el arma bajo el brazo, uno camina alrededor del dinosaurio para contemplar su victoria.

Pasa junto a las patas vencidas, junto al blanco séptico del vientre, y deja atrás la caverna brillante de la cloaca, capaz de inspirar tantos pensamientos, para detenerse sobre la curva ascendente de la cola y de la grupa. Ahora, la desilusión es tan obvia y crujiente como una tarjeta de visita: el gigante no tiene la mitad del tamaño que uno había imaginado. Cuando te imaginas junto a Maude, por ejemplo, esa imagen mental es muchísimo más

larga. ¡Pobrecito guerrero! La ciencia jamás inventará nada para fomentar esa muerte titánica que deseas en las cavernas contra-terrenas de tu ti-ta-to-tambaleante y temeroso id.

Nada te resta ya, sino retroceder tristemente con tu cronomóvil, con la panza llena de anticlímax. Mira, las brillantes aves comedoras de excrementos ya han caído en la cuenta de cómo son las cosas; una a una, juntan sus alas curvas y se alejan volando, desconsoladas, para buscar otro anfitrión en los pantanos. Saben reconocer cuándo se vuelve mala una situación, y no esperan que vengan los buitres a expulsarlas; abandonad toda esperanza, vosotros, los que entráis aquí.

También tú te vuelves.

Te vuelves, pero no te detienes. No queda sino regresar, pero 2181 Anno Domini no es sólo tu fecha de origen; es Maude, Es Claude. Es todo el esfuerzo horrible, desolado, interminable, de tratar de ajustarse a un ambiente demasiado complejo, de tratar de convertirse en la pieza de un mecanismo. Ahora que todo está acabado, tu huida hacia las Grandes Simplicidades del Jurásico (para citar otra vez las palabras del folleto) resulta sólo una escapada momentánea.

Por eso te detienes. Y al hacerlo, algo aterriza sobre tu espalda y te arroja de cara en el barro sabroso. Te debates y gritas, mientras pinzas de langosta se te clavan en el cuello y en la garganta. Tratas de levantar el rifle, pero no puedes, y ruedas en tu agonía; un segundo después, esa especie de cangrejo se clava, voraz, en tu pecho. Tiras de su caparazón con todas tus fuerzas, pero él, con una risita, te corta los dedos. Al matar al brontosaurio, olvidaste que los parásitos lo abandonarían, y que, para un renacuajo como tú, resultarían mucho más peligrosos que para su anterior anfitrión.

Haces cuanto puedes, pataleando durante tres minutos, al menos. Después de ese lapso tienes ya toda una caterva de esas criaturas sobre ti. Ya están limpiando tu carcaza a amorosos picotazos. Te gustará estar allá, en lo más alto de las Rocosas; no sentirás absolutamente nada.

LOT

Ward Moore

El señor Jimmon parecía incluso relajado, como el hombre que está a punto de salir de vacaciones.

—Bueno, gente, es inútil esperar más tiempo. Todos estamos listos. Así que en marcha.

Había aquí algo que le traicionaba; el señor Jimmon no era de la clase de individuo que se dirige a su familia llamándola «gente».

—David, ¿estás seguro…?

El señor Jimmon se limitó a sonreír. Eso no era lo suyo habitual; de ordinario reaccionaba ante la costumbre de su esposa de formular infinitas preguntas —después de diecisiete años, la mayor parte de aquellas silenciosas preguntas las percibía instantánea y misteriosamente, indefectiblemente condicionadas por la tonalidad de su comienzo, así que su mente no sólo recibía el enunciado completo, sino también los matices e implicaciones cuya circunstancia y humor llevaban implícitas— con agudas y quejumbrosas defensas. No importaba cuántas veces había resuelto mirarla en silencio o utilizar la eficaz fórmula *Me temo que no te entiendo, querida*; jamás fue capaz de poner en práctica tal resolución. Hasta este momento de crisis. Crisis, reflexionó el señor Jimmon, sonriendo y marchando decididamente hacia la puerta, crisis que cambia a las personas. Saca a la luz cualidades ocultas.

Fue Jir quien contestó a Molly Jimmon con el típico tono exasperante de los adolescentes.

—¡Jo, mamá, qué tontería! ¿Qué quieres ahora? La autopista estará atestada. ¿De qué te sirve pensar en todo con anticipación y tenerlo todo listo si vas a querer empezar de nuevo en el último minuto? Anímate y vámonos.

El señor Jimmon no expresó en voz alta su reflexivo *Ese no es modo de hablarle a tu madre*. En lugar de ello pensó, comprensivamente, en la lenta reacción de las mujeres. Una ventaja al dar a luz y una seguridad tras el volante. Sabía que Molly estaba pensando en la casa y en su contenido: sus vestidos y los de Erika, el televisor —tristemente feo, ahora sin electricidad—, la nevera donde la comida no tardaría en pudrirse y despedir mal olor, la cocina apagada, el sótano lleno de cajas de conservas para las que no había sitio en la furgoneta. Y el Buick, encerrado en el garaje, con las cubiertas intencionadamente vacías y la batería escondida.

Era evidente que la casa sería saqueada. Pero eso ya lo sabían desde antes. Cuando ellos —o él, porque fue su decisión y su adiestramiento los responsables de estar listos en este momento—, lo planearon cuidadosa y providencialmente, él había sopesado la propiedad contra la vida y se decidió por la vida. No era posible otra decisión.

—¿Por lo menos no vas a llamar a Pearl y Dan?

¿Y ahora por qué diablos tengo que llamar a Dan Davisson?, pensó el señor Jimmon, irritado. (Porque, claro, es a *Dan* a quien ella se refiere —mi antiguo pretendiente. Oh, entonces no era nadie, solo un soñador poco práctico sin un céntimo; pasaron años hasta que se le reconoció como un Genio Matemático; ahora es profesor y todas esas cosas— pero automáticamente dice *Pearl-y-Dan*, no *Dan*). ¿Qué puede hacer Dan con la raíz cuadrada de menos nada para despejar M o lo que sea, en este momento? ¿O se supone que debo preguntar si Pearl lleva todos sus diamantes? Pregunta: ¿por qué Pearl no usa perlas? ¿Sólo diamantes? La amiga de mi mujer, ja ja ja… Pero ni la entonación más sutil cuela cuando estás atendiendo a un cliente importante, o a Pearl y Dan.

¿Y por qué debo llamarles yo? ¿Qué súbita parálisis le impide a ella hacerlo? ¿Histeria?

—No —dijo el señor Jimmon—. No he llamado a Pearl y Dan.

Luego añadió, con más suavidad:

—El teléfono no funciona desde entonces.

—Pero… —dijo Molly.

No se atreve a pedirme que vaya en el coche a la ciudad. Buscó varias respuestas para tenerlas preparadas. Pero ella se limitó a mirar con expresión desamparada el teléfono (debería ser gorda,

pensó el señor Jimmon, debería serlo, o por lo menos llenita; su delgadez le daba aquel aire de competencia).

—Sin duda se encuentran bien. Tanto como nosotros, por lo menos.

Wendell ya estaba en la furgoneta. Con Waggie escondido en alguna parte. ¿Debería haber enviado el perro a la sociedad protectora, más capacitada para dormirlo? Ya era demasiado tarde; Waggie tendría que correr sus riesgos. Había conejos de sobra en las colinas que dominaban Malibu; él los había visto con frecuencia muy cerca de la casa. Dados los acontecimientos no había sitio para un perro en la furgoneta, ya cargada hasta el límite de su capacidad.

Erika llegó briosa procedente de la cocina, con sus pantalones de montar marrones haciéndola parecer a primera vista menor de catorce años. Pero sólo a primera vista: las curvas de sus caderas y sus pechos negaban el infantilismo que los pantalones parecían acentuar.

—No hay agua, mamá. Es inútil que nos quedemos más tiempo aquí.

Molly la miró incrédula.

—¿El agua?

—Claro, ya no hay agua —dijo el señor Jimmon, no con impaciencia, sino con satisfacción por su capacidad previsora—. Aunque la red no esté afectada, depende de las bombas. Bombas eléctricas. Cuando falta electricidad, falta también el agua.

—Pero el agua… —repitió Molly, como si esta última catástrofe escapara a toda razón… incluso en la lógica ultrajante que *Eso* trajo consigo.

Jir pasó junto a ellos cabizbajo y salió. Erika se atusó un mesón de cabello, se encasquetó ladeado su gorro de *jockey* y miró de reojo a su padre y a su madre, luego salió también. Molly dio varios pasos, se detuvo, sonrió vagamente ante el espejo y abandonó la casa.

El señor Jimmon se palpó los bolsillos; llevaba todo el dinero. Ni siquiera miró hacia atrás antes de cerrar la puerta principal y agitar el pomo para asegurarse de que estaba cerrado. Nunca falló con anterioridad, pero el señor Jimmon siempre lo agitaba. Caminó hacia la furgoneta, mirando los amortiguadores para asegurarse una

vez más de que el coche no estaba sobrecargado.

El cielo estaba nublado; uno podía haber pensado en alguna de aquellas brumas matinales si no supiera ya lo que era. El señor Jimmon dirigió su vista hacia el sureste, pero *Eso* había sucedido demasiado lejos para ver nada. Ahora Erika y Molly ocupaban el asiento delantero; los chicos estaban atrás, perdidos en medio de todo el género empaquetado. Abrió la puerta del lado del conductor, entró, dio al contacto y puso en marcha el motor. Luego dijo con indiferencia por encima del hombro:

—Baja al perro, Jir.

Wendell protestó, demasiado rápidamente.

—Waggie no está aquí.

Molly exclamó:

—Oh, David…

El señor Jimmon respondió con impaciencia.

—Estamos perdiendo un tiempo precioso. No hay sitio para el perro; no tenemos comida para él. Si hubiese habido sitio habríamos tomado más cosas esenciales; esas pocas libras de peso pueden ser capitales.

—No lo encuentro —murmuró Jir.

—No está aquí. Te lo digo yo —gritó Wendell, lloroso.

—Si tengo que parar el motor y sacarlo yo mismo, perderemos más tiempo y gasolina —el señor Jimmon aún se mostraba sereno e imparcial—. No se trata de ser amables con los animales. Es cosa de vida o muerte.

Erika dijo con llaneza:

—Papá tiene razón, ya lo sabéis. Es el perro o nosotros. Bájale, Wend.

—Te digo que… —comenzó Wendell.

—¡Ya lo tengo! —exclamó Jir—. ¡Bueno, Waggie! Fuera y buena suerte.

El perro de aguas se retorció con deleite al ser levantado y sacado por la abierta ventanilla. El señor Jimmon aceleró el motor, pero eso no sirvió para calmar la angustia de Wendell. Se lanzó contra su hermano pegándole puñetazos y patadas. El señor Jimmon quitó el pie del acelerador y cuando estuvo seguro de que el perro estaba lejos de las ruedas, sacó del jardín la furgoneta y enfiló colina abajo, hacia el océano.

—Wendell, Wendell, basta —suplicó Molly—. No le hagas daño, Jir.

El señor Jimmon puso la radio. Tras un zumbido preliminar, se escuchó el chasquido de la estática. Pulsó por turno los cinco botones, buscando captar algún sonido inteligible.

—¿Quieres que pruebe yo? —se ofreció Erika. Pulsó el mando manual y giró lentamente el botón de sintonía. Brotó la música.

El señor Jimmon gruñó:

—Emisora mejicana. Busca otra cosa. Quizás puedas coger Ventura.

Doblaron una pronunciada curva.

—¿No son esos los Warbinn? —preguntó Molly.

Por primera vez desde que sucedió *Eso* el señor Jimmon tuvo una punzada de impaciencia. No había posibilidad, aún con poco ojo y presa de la excitación, de confundir el Mercury azul de los Warbinn. Nadie más en Rambla Catalina tenía algo parecido y ahora era improbable que fuesen forasteros. ¡Si Molly aplicase la lógica más elemental!

Además, Warbinn, durante los últimos dos meses, había detenido su Mercury azul a la puerta de los Jimmon cinco veces por semana —desde que decidieron guardar el Buick y mantener la furgoneta cargada y lista para este momento— para que el señor Jimmon fuese a la ciudad con él. Claro que era el de los Warbinn.

—… *se aconseja no dificultar el avance militar. Equipos médicos adecuados se encuentran de guardia en todos los hospitales. La defensa civil local está dando los pasos necesarios de acuerdo con*…

—Santa Bárbara —observó Jir, señalando la radio con la seguridad de un experto.

El señor Jimmon disminuyó la marcha, preparado para seguir a los Warbinn hasta la 101, pero el Mercury se detuvo y él giró para adelantarle. Warbinn conducía y Sally ocupaba el asiento delantero a su lado; el asiento trasero parecía vacío excepto por unas cuantas cosas arrojadas allí con evidente precipitación. No fueron previsores, pensó el señor Jimmon.

Warbinn agitó la mano vigorosamente sacándola por la ventanilla y Sally gritó algo.

—… *el pánico sólo retrasará los esfuerzos de rescate. Las bajas son mucho menores de lo que al principio se anunció*…

—¿Y cómo lo saben? —preguntó el señor Jimmon, devolviendo educadamente y también con la mano el saludo a los Warbinn.

—Oh, David, ¿no vas a parar? Quieren algo.

—Probablemente sólo hablar.

—… *conservar cada gota de agua. La energía de emergencia no tardará en entrar en funcionamiento. No hay motivo alguno para alarmarse, El general…*

Por el retrovisor el señor Jimmon vio al Mercury azul ponerse en marcha tras ellos. Entonces había tenido razón, los Warbinn sólo querían decir algo insustancial. En un momento como aquél.

En la confluencia con la Nacional 101 cinco coches bloqueaban la salida de Rambla Catalina. El señor Jimmon puso el freno de mano, salió de la furgoneta y se puso de puntillas para ver más allá de los vehículos. La 101 estaba repleta de tráfico que apenas se movía. Una columna de vehículos ocupaba los carriles contrarios fluyendo en dirección norte.

—Creí que todo el mundo debía ir hacia el este —murmuró Jir desde el otro lado del coche.

El señor Jimmon no hizo caso al sarcasmo de su hijo. Había hecho bien en soltar el remolque. Estaba claro que el grueso de los vehículos se encaminaba hacia el este como él había calculado; aquella multitud no era nada en comparación con los incontables atascos que ahora estarían bloqueando las carreteras a Pasadena, Alhambra, Garvey, Morwalk. Incluso los refugiados que iban al norte estarían sin duda tomando la 99 o la 101 normal —la autopista ante ellos era realmente la Variante 101— por lo que había elegido la salida más practicable.

Los Warbinn pararon a su lado.

—La prisa no es buena —le gritó Warbinn, asomándose por delante de la cabeza de su esposa.

El señor Jimmon entró en la furgoneta y cortó el contacto. La gasolina iba a ser un bien preciado. Sonrió a Warfinn y afirmó con la cabeza; era inútil destacar que había conseguido colocarse en el carril interior al adelantar al Mercury, mejorando sus posibilidades de aprovechar el acceso a la autopista cuando llegara.

—Sube al coche, Jir, y cierra la puerta. Hay que estar listos cuando esto se mueva.

—Si se mueve… —dijo Molly—. Toda esta prisa y esta bulla…

Igual podríamos…

El señor Jimmon era consciente de que Warbinn le miraba irritado y decidió no volver la cabeza, fingiendo que no le oía gritar.

—Sólo quería decirte que has olvidado recoger tu gato. Está a la puerta de nuestro garaje…

El estómago del señor Jimmon dio un vuelco. ¿Qué le pasaría ahora si pinchaba? Arruinado, condenado. Sintió un ardiente odio hacia Warbinn… un incompetente que todo lo pedía prestado, mal vecino, insensato, indolente y criminal. Debería saltar de la furgoneta y agarrar a Warbinn por la garganta…

—¿Qué ha dicho, David? ¿Qué está diciendo el señor Warbinn?

Entonces recordó que era el gato del Buick; el de la furgoneta estaba guardado donde podía sacarlo con facilidad. Naturalmente, nunca emprendería un viaje como aquél sin revisar algo tan esencial.

—Nada —dijo—, nada en absoluto.

—… *informes de la aviación indican que el blanco fue la zona de Signal Hill. Daños menores han sufrido Long Beach, Wilmington y San Pedro. Todo el tráfico aéreo civil ha sido desviado de Mines Field*…

Un familiar crujido de parachoques y guardabarros se oyó en la autopista. Desde su punto de observación no pudo ver lo que había pasado, pero resultaba fácil imaginar el impaciente empujón que lo había causado. El señor Jimmon no sonrió exactamente, pero se permitió un ligero estremecimiento de satisfacción. Un choque delante empeoraría las cosas, pero un choque detrás —y muchos de ellos resultarían inevitables— abriría finalmente un hueco.

Justo cuando pensaba eso, el primer coche situado en la salida de Rambla Catalina tomó el acceso a la autopista. El señor Jimmon puso en marcha el motor, acercándose más al coche precedente y abandonando poco a poco la incómoda proximidad de los Warbinn.

—Tengo que ir al baño —anunció Wendell de repente.

—¡No te lo dije…! ¡Bueno, date prisa! Jir, mantén abierta la puerta y mételo dentro de un tirón si el coche empieza a moverse.

—Aquí no puedo hacerlo.

El señor Jimmon contuvo su impulso de darle una bofetada. Hizo un esfuerzo y dijo con suavidad:

—Esto es una crisis, Wendell. No hay tiempo para remilgos. Date

prisa.

—… *el fogonazo fue visto por el norte hasta en Ventura y por el sur hasta en Newport Un testigo que acaba de llegar en helicóptero*…

—Eso es lo que debiéramos tener —dijo Jir—. Pensaste en todo menos en eso.

—Ése no es modo de hablarle a tu padre —le amonestó Molly.

—Oh, infiernos, mamá, esto es una crisis. No hay tiempo para remilgos.

—Eres terriblemente listo, Jir —dijo Erika—. Un tipo duro, grande y cruel.

—Cállate, mocosa —repuso Jir—. Y límpiate la nariz.

—Para que conste —dijo tranquilo el señor Jimmon—. Pensé tanto en un avión como en un helicóptero y opté por no usarlos.

—No puedo hacerlo. De veras, no puedo.

—Relájate, cariño —le aconsejó Molly—. Nadie te mira.

—… *nos informan acerca de incendios en Compton, Lynwood, Southgate, Harbour City, Lomita y otros lugares, pero ya están controlados. Se recomiendo a los habitantes no intenten viajar por las atestadas autopistas puesto que se encontrarán más seguros en sus casas o lugares de trabajo. La defensa civil*…

Los dos coches de delante se pusieron en marcha de golpe.

—¡Entra! —gritó el señor Jimmon.

Subió la rueda delantera izquierda de la furgoneta en el arcén de asfalto —los dos carriles de cemento quedaban aún muy por delante — sólo para verse bloqueado por el denso desfile. El reloj del salpicadero marcaba las 11:04. Casi cinco horas desde que *Eso* sucedió y estaban a menos de tres kilómetros de casa. Hubieran hecho más a pie. O a caballo.

—… *todos los residentes de la zona de Los Angeles deben mantener la calma. El servicio local de radio quedará repuesto en cuestión de minutos, junto con el suministro de electricidad y agua. Los informes sobre actividades de quintacolumnistas son exagerados. El FBI tiene a todos los elementos subversivos bajo*…

Extendió el brazo y cerró la radio. Luego se atrevió a adentrarse otros cinco centímetros en el arcén, rozando casi a un agresivo Cadillac atestado de cajas de cartón. A su izquierda una camioneta Modelo A vibraba y temblaba. Sabía, con distancia y desaprobación, que pertenecía a dos pintores que se decían marido y mujer. La caja

de la camioneta estaba cargada hasta los topes de mercancías domésticas; cosas pobres e inútiles que ningún saqueador se molestaría en robar. En la cabina, los artistas se pasaban incesantemente una botella de cerveza de uno a otro. El hombre le saludó con un ademán de buen humor; el señor Jimmon devolvió el saludo fríamente con la cabeza.

El termómetro del espejo marcaba 32 grados. Mucho calor, desde luego. Si al menos se pusiesen en marcha… Tengo sed, pensó; probablemente sugestión. No debí mirar el termómetro. De todos modos no me voy a poner a buscar la cantimplora. Previsión. Como las armas. Se aclaró la garganta.

—Recuerda que hay una automática en la guantera. Si alguien trata de abrir la puerta de tu lado, úsala.

—Oh, David, yo…

Ah, humanidad. No resistencia. Gandhi. Jamás he disparado excepto en el tiro al blanco. En un momento como éste. Pero ellos no comprenden.

—Yo podría usar el rifle desde aquí atrás —sugirió Jir—. ¿Me das permiso, papá?

—Y yo puedo alcanzar la escopeta —dijo Wendell—. Eso es mejor para tirar de cerca.

—Uf, los hombres sois muy valientes —se burló Erika, El señor Jimmon no dijo nada; tanto la escopeta como el rifle estaban descargados. Una vez más, previsión.

Aprovechó el breve intervalo del tráfico instantáneamente, satisfecho por la eficacia de sus reflejos. No sabía qué distancia podría seguir en el arcén antes de alcanzar el final del acceso de cemento. Probablemente no más de una milla como máximo, pero al fin pudo salir de Rambla Catalina y entrar en la 101.

Se sintió tremendamente alborozado. Triunfante.

—¡Allá vamos! —Y casi añadió «Sujetaos los sombreros».

Claro que el arcén también estaba atestado y el avance, incluso en marchas inferiores, resultaba enloquecedor. No quería ni pensar en el consumo de gasolina; su orgullo vaciló ante el modo en que la aguja del indicador de combustible rozaba el «Lleno». Y la gasolina sería difícil de encontrar pese a llevar el bolsillo lleno de cupones de racionamiento. Mercado negro.

—¿Te importa que vuelva a poner la radio? —preguntó Erika

dando al interruptor.

El señor Jimmon, siguiendo el sistema que antes le diera el éxito, introdujo sobre el cemento el neumático delantero izquierdo, atrayéndose el bocinazo desaprobador del Pontiac de su costado…

—… *el sector estaba tranquilo. Las pérdidas enemigas se calculan en…*

—¿No puedes poner otra cosa? —preguntó Jir—. ¿Algo que no sea tan aburrido?

—Ojalá tuviéramos TV en el coche —observó Wendell—. El padre de Joe Tellifer instaló una en el asiento trasero de su Chrysler.

—Cállate, farolero —le contestó Jir—. Saca ya el aire de tu cabeza.

—Jir.

—Oh, mamá, no le hagas caso. ¿No ves que es eso lo que quiere?

—Oye, mocosa, si no fueras una chica te azotaría el culo.

—Querrás decir, si no fuera tu hermana. Seguro que disfrutarías de ese infantil juego sexual con cualquier otra chica.

—¡Erika!

¿Dónde aprenden esas cosas?, se maravilló el señor Jimmon. Estas escuelas progresistas. ¿Se supone que…?

Adentró más la rueda delantera con alegría, aprovechándose de una momentánea falta de atención por parte del conductor del Pontiac. A menos que el otro le embistiese por la ira y la frustración, tenía prácticamente el espacio libre de un coche ahora en el cemento.

—¡Allá vamos! —gritó—. Estamos en camino.

—Oh, si yo condujera estaríamos ya a mitad de camino de Oxnard.

—Jir, esa no es manera de hablar a tu padre.

El señor Jimmon reflexionó desapasionadamente que las ineficaces amonestaciones de Molly sólo estimulaban el descaro de los dieciséis años de Jir, ya bastante irritado por sí mismo. Además, si no fuese por Molly, Jir podría…

Era posible, claro —el señor Jimmon frenó rozando el descapotable de delante—. Jir no sólo estaba pasando una fase «difícil». (¿Qué tiene de difícil?, se preguntó, teniendo en cuenta todos los libros que Molly dejaba por todas partes

intencionadamente sobre los problemas psicológicos del crecimiento. El muchacho tenía todo cuanto podía desear), sino que además era del tipo que, en otras circunstancias hubiera derivado en… bueno, quizás no en delincuente juvenil, pero sí en…

—… *en la zona Long Beach-Wilmington-San Pedro. La comparación con lo ocurrido en Pittsburgh revela que lo de esta mañana fue en todos los sentidos mucho menos grave. Todos los incendios se encuentran ahora bajo control y los heridos están recibiendo asistencia médica*…

—No creo que digan la verdad —afirmó la señora Jimmon.

Él resopló. Tampoco lo creía, pero ¿mediante qué proceso había llegado ella a tal conclusión?

—Quiero oír el partido de béisbol. Pon el partido de béisbol, Rick —exigió Wendell.

Las once y dieciséis y marchando hacia el norte por la autopista. No estaba mal, no estaba mal en absoluto. Previsión. Ahora, si pudiera meterse hacia la izquierda, en el carril contrario, a las dos en punto habrían franqueado el embotellamiento de Santa Bárbara.

—Las luces —exclamó Molly—. ¡Los plomos!

Oh, no, pensó Jimmon, también eso. Parecía salido de una tira cómica.

—Tranquila —aconsejó Jir—. La luz y el agua están cortadas… ¿recuerdas?

—Todavía no soy tan tonta, Jir. Soy consciente de que lo cortaron todo. Yo pensaba en el momento en que vuelvan a funcionar.

—Qué tontería, mamá, ¿ahora te preocupan los recibos del mes que viene?

El señor Jimmon, desviando la furgoneta hacia la izquierda, creó la frase: Nunca más tendrás que preocuparte por los recibos, jovencito, porque jamás tendrás que pagarlos. Pero en vez de decirla en voz alta, formó otra frase: Molly, tu talento para lo irrelevante llega hasta lo genial. Ambas frases le proporcionaron satisfacción.

El tráfico adquirió velocidad brevemente y aprovechó para instalarse en el carril de la izquierda, casi tocando la gran mediana de cemento que separaba las dos direcciones.

—Eso es utilizar el coco, papá —aprobó Wendell.

Cualquier leve placer que pudo sentir por la aprobación de su

hijo se vio eclipsado por la exasperación. Wendell, como Jir, era más Manville que Jimmon; llevaban el sello de Molly en su rostro y en sus mentes. Sólo Erika era una verdadera Jimmon. Hecha a mi imagen, pensó con orgullo.

—No puedo dejar de pensar que hubiese sido educado al menos contactar con Pearl y Dan. Al menos *intentarlo*. Y los Warbinn…

La brecha en la mediana de cemento llegó más pronto de lo que se imaginaba y se vio en dirección sur, relativamente menos atestada. Apretó el pie en el acelerador y la furgoneta gruñó lanzándose resueltamente hacia delante. Por primera vez el señor Jimmon se dio cuenta de lo firme que había estado sujetando el volante y lo rígidos que estaban los músculos de sus brazos, hombros y cuello. Se relajó parcialmente mientras ajustaba la velocidad a la de los coches de delante y el velocímetro marcaba por debajo de los setenta kilómetros, pero su resentimiento hacia Molly (*educado al menos*), Jir (*no hay tiempo para remilgos*) y Wendell (*no puedo*) le hizo tragar saliva. Dependientes. Desvalidos. Todo caía sobre él. Parásitos.

A intervalos Erika ponía la radio. Siempre prometían noticias inmediatas, pero eran bien escasas; sólo intentos vagos y nerviosos de minimizar la extensión del desastre y de tranquilizar a los oyentes con alusiones a la defensa civil, las actividades militares en el frente y las comparaciones con la destrucción de Pittsburgh, muchísimo peor que la inofensiva detonación de Los Angeles. Debía estar la cosa realmente mal, pensó el señor Jimmon; menguado el esfuerzo de guerra…

—Tengo hambre —dijo Wendell.

Molly comenzó a agitarse, dando instrucciones a Jir de dónde encontrar los bocadillos. El señor Jimmon pensó ceñudo en cómo tendrían que adaptarse a la ausencia de frivolidades civilizadas: pan y mayonesa y carne para el almuerzo. Vivir del conejo, la ardilla, de los peces. Cuando Wendell tuviese hambre tendría que buscar su propio alimento. Autosuficiencia. Duro e inflexible.

En Oxnard el tráfico volvió a hacerse lento. Más adelante, el empalme con la autopista principal del norte les mantenía en el mismo paso enojoso. Fue mucho después de las dos cuando llegaron a Ventura, y Wendell, que había estado jugando arriba y abajo en el asiento durante la pasada hora, proclamó:

—Estoy cansado de viajar.

El señor Jimmon apretó la boca. Molly sugirió, de manera inefectiva:

—¿Por qué no te acuestas un poco, hijo?

—No puedo. Con tanto trasto, no hay sitio ni para un saltamontes.

—¡Qué gracioso! ¡Queeeee gracioso! —dijo Jir.

—Vamos, Jir, dejarle en paz. Es sólo un niño pequeño.

En Carpinteria salió el sol. Uno podría considerarlo la típica disipación de la niebla, sólo que ya era casi la hora de que la niebla volviera a espesarse. ¿Debería probar la carretera de San Marcos Pass una vez dejaran atrás Santa Bárbara, o el camino más largo pero más seguro? Planes flexibles, pero… Aguardar y ver.

Eran las cuatro cuando llegaron a Santa Bárbara y el señor Jimmon se enfrentó a una rebelión colectiva pero desorganizada. Wendell lloraba de cansancio y aburrimiento; Jir observaba con sarcasmo y sin dirigirse a nadie en concreto, que Santa Bárbara era el lugar donde iban a superar el atasco, está claro; Molly decía que parasen en la primera gasolinera que pareciera limpia. Incluso Erika añadió:

—Sí, papá, en serio tendrás que parar.

El señor Jimmon estaba abrumado. Con cada segundo valiendo oro y con hordas de refugiados histéricos empujando desde atrás, le privarían de la preciosa ventaja que había conseguido con su habilidad, valor y buen juicio. Estupidez y miopía. Increíble. Por su tonta comodidad… gran Dios, ¿creían tener el monopolio de la debilidad física? Estaba tan cansado como ellos y también deseaba ir al baño. Un tiempo y un espacio que no se podría recuperar. Si perdían esa media hora quizás nunca salieran de Santa Bárbara.

—Si ahora perdemos esa media hora, nunca saldremos de aquí.

—Bueno, vaya, David, eso no sería profundamente desastroso, ¿verdad? Hay aquí hoteles estupendos, y estoy segura de que sería más cómodo para todos que tu idea de acampar en el bosque, cazando y pescando…

Volvió por State; no pudo recordar el nombre de la calle paralela, pero seguramente con menos tráfico. Dominó su genio, no estoicamente, sino a la desesperada.

—¿Puedo preguntar cuánto tiempo pretendes que nos quedemos

en uno de esos hoteles tan terriblemente bonitos?

—Bueno, hasta que podamos regresar a casa.

—Mi querida Molly —¿qué podía decir? ¿Mi querida Molly, nunca volveremos a casa, si te refieres a Malibu? O: ¿Mi querida Molly, no comprendes lo que está sucediendo?

La futilidad de tratar de transmitir la clara imagen de su mente. O cualquier otra imagen. Si ella no podía ver por sí misma la interminable multitud que salía a chorros de Los Angeles, buscando frenéticamente una salida y un refugio, devorando la esencia del paisaje que les rodeaba siempre en círculos cada vez más amplios, agolpándose en hoteles, pensiones, albergues y casas particulares a los que podían llegar, subiendo agónicamente el precio de todo hasta que el caos que traían consigo fuera indistinguible del caos del que huían… Si no podía ver todo esto instantánea y automáticamente, jamás lograría verlo. Como tampoco podrían aquellos fugitivos sin rumbo, sin plan, sin meta.

Así, mi querida Molly, que nada.

El silencio dio paso a una continuada amonestación.

—David, ¿quieres decir que no tienes intención de parar *en absoluto*?

¿No era inútil decir «sí»? Apretó los labios con más fuerza aún y una vez más sospesó la ruta de San Marco Pass contra la ruta costera. Ahora era preciso decidir.

—Si con el tiempo que estamos esperando aquí a que los coches de delante se muevan, bastaría.

¿Se la podía llamar estúpida? Sopesó la cuestión con lentitud y justicia, pendiente del más mínimo movimiento de la masa de coches que les rodeaba. El razonamiento de ella era válido y lógico si las leyes de la física y geometría quedaran suspendidas. (¿Quién tenía razón… la física o la geometría? ¿Un cuerpo ocupando dos posiciones diferentes al mismo tiempo?). Eran los hechos los que resultaban ilógicos… no Molly. Ella era simplemente exasperante.

Cuando estaban a mitad de camino de Gaviota o Goleta —el señor Jimmon jamás podía distinguirlos— la previsión y la incesante severidad comenzaron a dar beneficios. Los que habían dejado Los Angeles sin preparación y presas del pánico desaparecían o quedaban atrás para conseguir aceite o gasolina, reparar pinchazos, comprar comida, buscar alojamiento. La

furgoneta continuaba segura carretera adelante.

Apostó por la vieja autopista de Santa Bárbara. Cualquier clase de obstáculo bloquearía sus dos carriles; si no, derrotaría a las legiones de la carretera, más amplia y más recta. Había ahora tramos donde podía llegar hasta los ochenta; una vez cubrió casi un kilómetro a 105.

Ahora la insubordinación a su alrededor dio señales de una explosión simultánea.

—Yo, realmente… —comenzó Molly, y luego optó por una frase más fresca y firme—. David, no entiendo cómo puedes ser tan profundamente egoísta y desconsiderado.

El señor Jimmon notó cómo las venas de su frente comenzaban a hincharse, pero era uno de esos brotes iras que no se materializarían.

—Pero, papá, ¿acaso diez minutos lo estropearía todo? —preguntó Erika.

—Monomanía —murmuró Jir—. Idea fija. Como Hitler.

—Quiero mi perro —lloriqueó Wendell—. Sucio asesino de perros…

—¿Has oído hablar de lo acumulativo…? —Erika se le había dirigido razonablemente; seguro que le haría comprender—. ¿Has oído alguna vez hablar de lo acumulativo…? —¿Cuál era la palabra? La bola de nieve corriendo y rodando colina abajo era la imagen que aparecía en su mente—. ¿Y de qué sirve?

La vieja carretera volvió a unirse a la nueva; de nuevo la furgoneta se encajó en el tráfico como una pieza de puzle. El señor Jimmon bajó de los alegres y desinhibidos 110 a unos aburridos 50. Calma; nada puedes hacer, se reprendió a sí mismo. Necesitas toda la energía de tus nervios. Debe haber algún accidente delante. Y luego, de nuevo con satisfacción: si no hubiese utilizado la estrategia allá atrás, aún estaríamos con los que van a 40 con parones constantes.

—Es increíble —exclamó Molly—. Casi creo que Jir tiene razón y que has perdido el juicio.

El señor Jimmon sonrió. Era ésta la primera vez que Molly mostraba deslealtad abiertamente ante los niños, o se unía a ellos en su presencia. Se estaba mostrando tal cual era. Bajo presión. Pero no la presión de los hechos; su increíble actitud en Santa Bárbara

demostró su incapacidad para ello. Sólo la presión de la vejiga.

—Seguro que los de atrás pueden consolar sus últimos momentos con el orgullo de su cordura —la frase le salió perfectamente formada, sin esas pausas enojosas ni esos balbuceos interpolados que podían, como sabía por desgraciada experiencia, frustrar hasta la más aplastante réplica.

—Oh, el fin siempre justifica los medios, para aquellos que así lo consideran.

—Y no les impide…

—¡Basta, Jir!

La fiel Molly volviendo rápidamente a la hipocresía fundamental; la respuesta automática —su mente captó feliz la expresión, reflejo condicionado— a los estímulos de costumbre. Ella había adoptado una postura explícita contra el sentido común, pero su rígido código —honrar al padre, planchar la seda por el lado contrario, registrarse y votar, evitar escenas, tomar vino blanco con el pescado, no readmitir a un criado despedido— fue rápidamente sustituido por el impulso. Diecisiete años.

La carretera se apartó del océano, adentrándose y ascendiendo durante kilómetros todavía más lentos; bruscamente se convirtió en una autopista de cuatro carriles. Sin dudarlo, el señor Jimmon tomó el lado contrario; por primera vez desde que habían salido de Rambla Catalina su pie pisó el acelerador a fondo y con un suspiro de alivio la furgoneta subió a una velocidad suave y constante.

Otra vez improvisación y estrategia. Y, reconoció generosamente, el ejemplo desafiante de esta mañana de aquellos que hicieron lo mismo en Malibu. Ahora estaba fuera de la corriente restablecida de los vehículos que ocupaban la dirección norte, aun cuando nadie venía de frente, en dirección sur. Timidez, rutina, inercia. Muy pronto se darían cuenta como borregos que no había ni tráfico ni policía para impedirles salir de sus carriles, pero pasarían kilómetros antes de que tuviesen oportunidad de cruzar. Para entonces, él ya habría llegado a la zona más descongestionada.

—Es peligroso, David.

Obedece la ley. Prohibido fumar. No pisar el césped. Por favor, ajústese la ropa antes de salir. Se prohíbe la entrada. Queda prohibido coger en California flores silvestres. Aparcamiento 45 minutos. No.

Ella no formuló la protesta en forma de pregunta, más habitual. ¿Acaso esa técnica habría sido más irritante? *¿No es peligroso, Daa-viid?*

Su tranquila conclusión: no importaba.

—No hay tiempo para remilgos —se burló Jir.

El señor Jimmon trató de recordar a Jir cuando era un niño pequeño. Todas las malas novelas que había leído en los días en que leía cualquier cosa excepto el *Time* y el *New Yorker*, todas las películas que había visto antes de que tuviesen televisor, siempre anunciaban tal introspección como un remedio para suavizar el presente. Si pudiese recordar a David Alonzo Jimmon Jr. a los seis meses, desvalido y adorable, haría a Jir más aceptable descubriendo algunos débiles rastros suyos en él.

Pero, aunque podía recordar con detalle los interminables, enojosos y temblorosos meses de aquel embarazo inicial (¿realmente había tenido miedo de que ella muriese?), era del todo incapaz de reconstruir el aspecto de su primogénito antes de la edad de… Debió ser a los seis años cuando Jir sacó a su hermana de paseo y la perdió. (¿Tenía el permiso de Molly? Aún no estaba seguro). No encontraron a Erika hasta cuatro horas después.

Los ondulantes chillidos de las sirenas invadieron y destruyeron sus pensamientos. ¿Qué diablos…? Quitó el pie del acelerador mientras giraba obedientemente a la derecha, una especie de reverencia atávica como respuesta al sonido.

—¡Ya te dije que no era prudente! ¿Es que tratas de matarnos a todos?

Un par de motocicletas aparecieron rugiendo más adelante. Tras ellas se veía una larga fila de vehículos distintos, camiones de bomberos y ambulancias principalmente, salpicados aquí y allí por algún vehículo verde oliva del ejército. El desfile circulaba por la línea central blanca, una rueda en cada carril. El señor Jimmon se echó a la derecha lo más que pudo; sin embargo, seguía ocupando demasiado espacio para permitir el paso libre y sin compromiso de aquella avalancha.

Las rodillas y los codos de un policía de tráfico sobresalían de la motocicleta recordando al señor Jimmon un saltamontes. El que venía por su lado parecía ir directamente al guardabarros delantero izquierdo de la furgoneta; durante un momento el señor Jimmon

cerró los ojos e imaginó aquel inquebrantable rumbo, pareciéndole ver cómo atravesaba su carrocería, rebotando levemente contra los neumáticos para después continuar imperturbable. Los abrió para ver cómo el otro pasaba como una flecha, la boca abierta de furia y mirándole, mientras el de delante se detenía derrapando.

—Ahora verás —gruñó Wendell.

Un padre anticuado, uno de esos horribles ejemplos que hacían estremecerse a los padres modernos como él, se hubiese vuelto hacia atrás y aliviado su tensión dándole un bofetón a Wendell en toda la boca. El señor Jimmon simplemente se limitó a apagar el motor.

El policía no parecía dispuesto a seguir la deliberada, ominosa y habitual rutina de desmontar despacio y marchar hacia su víctima con pasos cada vez más amenazantes. En vez de eso saltó rápido y cubrió los pocos metros hasta la ventanilla del señor Jimmon con una rapidez nada espectacular.

Pesadas gafas le ocultaban los ojos; el polvo y la suciedad le cubrían la cara.

—¡Permiso de conducir!

El señor Jimmon supo lo que decía, pero las sirenas y el continuo rumor del convoy impidieron que las palabras llegaran a él. El policía, de nuevo fuera de la rutina establecida, siguió de manera inusual; no tomó el permiso que le mostraban ni lo examinó escéptico antes de sacar su libreta y su bolígrafo, sino que redactó la denuncia, mirando arriba y abajo la tarjeta que él señor Jimmon tenía en la mano.

Aun así, el último de los vehículos —*San José F.D.*— pasó antes de darle la multa a través de la ventanilla para que la firmase.

—Dé la vuelta y marche en la dirección correcta —ordenó con sequedad, guardándose la libreta y abotonándose enérgicamente la cazadora.

El señor Jimmon asintió. El agente dudó, como si esperase alguna excusa más o menos válida. El señor Jimmon no dijo nada.

—Nada de triquiñuelas —advirtió el policía por encima del hombro—. Dé la vuelta y marche en la dirección correcta.

Casi corrió hacia su motocicleta y partió rugiendo, volviendo la cabeza para mirarles con el ceño fruncido mientras partía con la sirena sonando. El señor Jimmon le vio perderse en el retrovisor y

luego arrancó el motor.

—Vamos a perder más de lo que ganaste —comentó Jir.

El señor Jimmon dirigió una última mirada al espejo y siguió adelante, cambiando a segunda.

—¡David! —exclamó Molly horrorizada—. ¡No das la vuelta!

—Muy observadora —murmuró el señor Jimmon entre dientes.

—Papá, no podrás salirte con la tuya —decidió Jir judicialmente.

La respuesta del señor Jimmon fue apretar el acelerador salvajemente. La autopista vacía se extendía invitadora por delante; a unos cientos de metros a su derecha podían ver los carriles del sentido norte atestados. El súbito movimiento agitó la multa que tenía en el regazo, haciéndola caer al suelo. Erika se inclinó y la recogió.

—Tírala —ordenó el señor Jimmon.

Molly abrió la boca:

—Estás loco.

—Tú eres la loca —afirmó tranquilo el señor Jimmon—. ¿Por qué guardar ese pedazo de papel?

—Eso no es lo que dijiste al policía —Jir se mostraba ahora abiertamente desdeñoso.

—Lo habría hecho si quisiera perder tiempo en conversaciones. No sé por qué fui bendecido con esta familia tan estúpida…

—Quizás haya algo de herencia en nosotros después de todo…

Si aquello lo hubiera dicho en voz alta, reflexionó el señor Jimmon, habría pasado casualmente como una réplica chistosa, quizás algo mal intencionada, demasiado vista e inmadura, pero no especialmente provocativa. Murmuraba, para que apenas fuera audible, por lo que resultaba un desafío en toda regla. Él había leído que allá en la prehistoria, cuando los jóvenes machos se sentían fuertes, procuraban derrocar las normas del Hombre Viejo y usurpar su lugar. Sin duda murmuraban algún gruñido preliminar de desafío. No eran muy brillantes, pero seguían un patrón; un patrón que aparentemente Jir estaba siguiendo.

Reconfortado tras situar a Jir en el escenario adecuado del Neanderthal, el señor Jimmon prosiguió:

—Ninguno de vosotros parece tener la menor iniciativa o habilidad para captar lo real. Denuncias, policías, jueces, jurados ya

no significan nada. Ahora la única ley es la supervivencia.

—¿No te estás poniendo dramático, David? —El tono de Molly estaba deliberadamente entre el distanciamiento del adulto y la excitación del niño.

—Te puedo leer entre líneas, papá —dijo Erika, pero él se dio cuenta de que no había malicia en su burla.

—¿Quieres decir que podemos hacer lo que queramos ahora? ¿Disparar a la gente? ¿Robar coches y demás cosas? —preguntó a Wendell.

—¡Ahí lo tienes, David! ¿Lo ves?

Sí, lo veo. Mejor que tú. Pequeña salvaje. Ese es el patrón. ¿Qué será Wendell —y los otros miles de Wendell, porque sería injusto suponer que los genes y la influencia doméstica de Molly eran únicos—, después de seis meses de anarquía? ¿O después de seis años?

Supervivientes, sí. Por encima de todo: salvajes desnudos, primitivos, feroces y supersticiosos. Wendell sabe leer y escribir (pero no con tanta fluidez como yo o cualquiera de nuestra generación a su edad); ¿cuánto tiempo conservará la etiqueta y los residuos de la escuela progresista?

¿Y Jir? Con desapego, el señor Jimmon imaginó el destino de Jir. A diferencia de Wendell, que se adaptaría a las nuevas condiciones, Jir se volvería salvaje en otro sentido. Tenía ya los valores asentados; eran de los de la televisión, las citas con chicas del instituto, los comics, la ley y el orden. Liberado de la civilización, su breve futuro consistiría en la violación y el pillaje, hasta caer víctima de otro joven o de otra banda inclinada a los mismos procedimientos. Molly se desintegraría y perecería con rapidez. Erika…

La furgoneta marchaba adelante por la autopista libre de obstáculos. Tras el siguiente cruce, seguía sin haber otros vehículos en su carril; incluso en los de al lado el tráfico había disminuido.

Furiosamente, el señor Jimmon decidió conservar la civilización en Erika. Le enseñaría cuanto sabía (¿incluso el negocio de seguros?…). Ah, si él fuese alguna especie de científico… no del tipo de Dan Davisson, cuyas especulaciones abstractas parecían siempre preparar el camino para algún nuevo método de destrucción, sino… ¿Franklin? ¿Jefferson? ¿Watt?, la protegería

noche y día de los refugiados que vagarían por las colinas al sur de Monterrey. La munición de rifle, adecuadamente utilizada —y él procuraría que no la emplease nadie más que él mismo— duraría años. Cuando se acabase —vislumbrando fragmentos y piezas de un mundo suicida que no volvería a reintegrarse para ofrecer un lugar al que volver— tenía dos arcos de caza cuyas flechas con punta de acero podían detener a un hombre, tan fácilmente como a un ciervo o a un puma. Recordaba haber meditado largo tiempo, en los momentos en que empezó a prepararse para *Eso*, acerca de cuántos debía comprar, midiendo su peso y tamaño contra la otra carga preciosa y decidió por último que dos eran el mínimo satisfactorio. Debía haber estado pensando en su subconsciente todo el rato que, de la familia entera, Erika era la única persona a quien podría confiarle un arco.

—Habrá otros —dijo con calma y tono solemne, no a Wendell, cuya pregunta ya quedaba atrás, flotando en el aire impregnado de gasolina del valle escarpado y lleno de robles, sino a un público mayor e impalpable—, habrá otros que pensarán que porque ya no hay ley ni orden público…

—¡Simplemente estás fantaseando! —ella habló más bruscamente de lo que nunca antes le había oído delante de los niños—. Sólo porque *Eso* le sucedió a Los Angeles…

—Y a Pittsburgh.

—Está bien. Y a Pittsburgh, pero no significa que todos los Estados Unidos se hayan derrumbado y que toda la nación esté corriendo histérica en busca de refugio.

—Sin embargo —añadió el señor Jimmon firmemente—, ¿supones que van a detenerse con Los Angeles y Pittsburgh y dejar Gary y Seattle en pie? ¿O incluso Nueva York y Chicago? ¿O te imaginas que Washington suplicará un armisticio cuando apenas quede el menor rastro de vida organizada en toda la nación?

—Les aniquilaremos antes —insistió Jir en un arranque de patriotismo. Wendell le apoyó haciendo con la boca el ruido de una ametralladora.

—Sin duda. Pero será el último estertor. De todos modos, pasarán años, o toda una vida, antes de que se restablezca una comunidad estable…

—David, estás delirando.

—… estable —repitió—. Así que habrá muchos otros que también sentirán que el fin de la ley y del orden significará el permiso para matar gente y robar coches «y demás cosas». La fuerza bruta y la astucia serán el único medio de supervivencia. Por eso escogí el lugar donde consideré que ésta sería más fácil; no sólo por la madera y el agua, la caza y la pesca, sino porque está lejos de las carreteras principales y es improbable que nadie más lo escoja.

—Preferiría que dejases esa idea loca. Ya estás un poco viejo y fofo para la aventura. Ni siquiera cuando eras joven eras del tipo fuerte o acostumbrado a la intemperie.

No, pensó el señor Jimmon, yo era el típico simplón. Habría llegado a alguna parte si me hubiera quedado en el banco, pero tú insistías como una alcahueta; el negocio de seguros traería dinero rápido para que pudieses dejar tu trabajo, tener a Jir y un hogar adecuado. Si te hubieses librado de él, como yo quería… Fofo. *¡Fofo!* ¿Te crees que tu flacura es estimulante?

Controlándose, dijo en voz alta:

—Ya hemos pasado por esto. Hace meses. No es cuestión de físico, sino de vida.

—Tonterías. Perfectas tonterías. La gente responsable que realmente conoce sus efectos… Quizás era aconsejable abandonar Malibu por unos cuantos días o incluso unas cuantas semanas. Y quizás es prudente permanecer lejos de las grandes ciudades. Pero un pueblecito o una aldea, o incluso uno de esos ranchos donde aceptan huéspedes…

—Oh, mamá, estuviste de acuerdo. Lo sabes. ¿Qué pasa contigo ahora? ¿Por qué estás siendo tan pesada?

—Yo quiero disparar contra los conejos y los osos como dice papá —insistió Wendell.

Erika no dijo nada, pero el señor Jimmon notaba que gozaba de su simpatía; la aprobación de los muchachos sólo era superficial. Cansinamente debatió entre volver de lleno a la discusión, destacando con paciencia que lo que Molly dijo podía dar resultado en los Dakotas o en las Great Smokies pero apenas serviría dentro del alcance de los refugiados de la costa del Pacífico. Había explicado esto muchas veces, incluyendo la casi certera imposibilidad de conseguir bastante gasolina para llevarles a alguna de las áreas razonablemente seguras; por eso era por lo que

acordaron la región por debajo de Monterrey, en la Autopista Estatal 1 de California como la única meta lógica.

Un solitario coche marchando decorosamente en la dirección legal le interrumpió en sus pensamientos. O está loco o tiene muy importantes asuntos que resolver, decidió. El coche tocó el claxon con desaprobación mientras se cruzaba con ellos, manteniéndose en el lado derecho de la carretera.

Una vez pasada Buellton, resurgió el clamor a favor de un descanso en alguna gasolinera. Admitió interiormente que podía perder diez o quince minutos sin que esa pérdida fuera demasiado importante, puesto que por ahora estarían entre los primeros a la cabeza del éxodo; delante sólo había un tráfico ligeramente superior a lo normal. Sin embargo, había llegado a tal estado de frustración irritada y de consciencia de injusticia que, de buena gana, él mismo soportaría aquella incomodidad con tal de infringirles una molestia mayor. De hecho aliviaba su propio sufrimiento saber que el retraso era innecesario, que lo estaba haciendo adrede y que esa acción era un simple —si bien inadecuado— castigo.

—Nos detendremos a este lado de Santa María —dijo—. Pondré gasolina allí.

El señor Jimmon conocía el triunfo: su previsión, sus cálculos y su autoritarismo se habían justificado por sí solos. Sin contar una improbable avería —la furgoneta estaba en perfecto estado— o accidente —los principales peligros ya habían pasado—, la salida estaba ya prácticamente asegurada. Por primera vez se permitió darse cuenta cuán ideal y cuán romántico había sido todo el proyecto. Como cualquier intento de evadir el destino escrito para la multitud. La masa dócil perecería; el individuo impetuoso (pero inteligente) sobreviviría.

A la sensación de triunfo se sumó una creciente visión profética de la vida una vez llegasen a su destino. No había apurado, intencionadamente, la capacidad de la furgoneta con mercancías de transición; no llevaba tiendas de campaña, dulces enlatados, sacos de dormir, lámparas, linternas ni cualquier otra clase de parafernalia de campamento a medio camino entre la vida urbana y la campestre. En su lugar, además de las armas, aparejos y utensilios, llevaba una miniatura de la *Lista de cosas para llevar a una isla desierta*: balas y cartuchos, cebos, anzuelos, redes, sedal,

elásticos, piedras de mechero, acero, semillas, cepos, agujas e hilo, panfletos del gobierno con instrucciones para curar y curtir pieles y sobre cómo reconocer semillas comestibles y setas, limas, clavos, y una cantidad prudente de sencillas medicinas. Un par de gemelos para localizar intrusos. Nada de café, azúcar, harina; comenzarían a vivir inmediatamente como tendrían que hacerlo en un mes o así en cualquier caso, al viejo y astuto estilo primitivo.

—Astuto —dijo en voz alta.

—¿Qué?

—Nada. Nada.

—Sigo pensando que debías haber intentado ponerte en contacto con Pearl y Dan.

—El teléfono no funcionaba, madre.

—De momento, Erika. No olvides la de veces que se han cortado las líneas. Y nunca tardan más de media hora en ponerse de nuevo en funcionamiento.

—Madre, Dan Davisson sabe cuidarse.

El señor Jimmon desconectó del resto de la conversación tan completamente que no supo si hubo o no más palabras. Se aisló de tan intensa preocupación, conduciendo, ganando velocidad y calculando los posibles beneficios. En el fondo de su mente, completamente desconectada de cuanto le rodeaba, meditó y se asombró.

Erika, ese tono frío, inflexible y adulto. Casi indulgente, pero lo suficientemente desapasionado como para no parecerlo. Se podría esperar de ella la exasperación por la estupidez de Molly, y que hubiese respondido con impaciencia, o que se hubiera callado.

Madre. No recordaba que ninguno de los niños la llamase de otra manera distinta a «mamá». La palabra «madre» implicaba… oh, sí, implicaba una multitud de cosas. Para empezar, una relación completamente distinta. Una relación de distancia, o de propiedad sin emoción. El viejo, marchito y ennegrecido muñón del cordón umbilical se había desprendido sin dolor.

No se había molestado en discutir sobre el teléfono o en señalar el abismo que existía entre «antes» y ahora. Ni siquiera trató de hablar sobre la negativa de Molly, cada vez más profunda, de enfrentarse a la realidad. Se limitó a ser… indulgente.

Nada de «tío Dan», simulando un falso parentesco, sino pasando

de él (y de la fachada de «Pearl-y-Dan»), y yendo directa al grano, (cuando era niño… etcétera… dejé las cosas de niño); la riqueza de la aserción implícita. Sí, madre, todos perdonamos tu debilidad y tu vanidad; te perdonamos tus constantes recuerdos, pero madre, con el debido respeto, nos negamos a seguir formando parte de tu nostálgica coquetería propia de la mediana edad. Uno casi podía sentir pena por Molly.

… nostálgica coquetería propia de la mediana edad…

… *nostálgica*…

Metafóricamente el señor Jimmon se sentó rígido y con brusquedad. El hecho de que él estaba ya físicamente en esta posición hizo que el cambio, aunque invisible, no resultara menos enfático. La coquetería nostálgica de la mediana edad implicaba —podía implicar— el recuerdo de algo más que un simple tonteo. Molly y Dan.

Todo encajaba con tanta perfección que resultaba imposible creer que no fuese cierto. Los jóvenes enamorados sin dinero, igualmente devotos del genio de Dan, dándose cuenta de que el matrimonio quedaba descartado (jamás negó la sagacidad de Molly; en cuanto a la impracticabilidad de Dan… bueno, lo impráctico no era necesariamente uniforme o consistente. Dan fue lo bastante práctico para casarse con Pearl y con el dinero de Pearl) pudieron renunciar…

¿O no renunciaron en absoluto?

El señor Jimmon sonrió; el pensamiento no le alborotó. Cucú, cucú. Cuán vulgar, cuán absurdo. ¿Y si Jir fuese hijo de Dan? Un bendito pensamiento.

Con todo pesar admitió el insuperable obstáculo del convencionalismo de Molly. Jir era producto de sus propios testículos. ¿Pero no había una vieja superstición acerca de la imagen en la mente de la mujer durante el momento de la concepción? Entonces, en el sentido justo y correcto, Jir no era suyo. Ni Wendy, por la misma razón. Sólo Erika, por algún accidente. El señor Jimmon se sintió libre y alegre de corazón.

—Echaré gasolina en la próxima estación de servicio —anunció.

—La próxima que tenga un área de descanso limpia —corrigió Molly.

Invencible. La Madre Tierra, utilizando a los hombres para sus

propósitos: reproducción, áreas de descanso limpias, sustento, objetos de culpabilidad, *Casa y Jardín*. El banco era mi vida; pude haber llegado lejos pero: «Oh, Davis… te pagan menos que a un conserje. Es ridículo». Y: «No comprendo por qué dudas; no es que se trate de un tipo distinto de trabajo».

No, distinto no; sólo que más provechoso. ¿Por qué no le dijo ella a Dan Davisson que se hiciera contable? ¿No era el mismo tipo de trabajo, sólo que más provechoso? Quizás ella y Dan no habían sido tan simples. Ni tan dóciles. ¿Ni tan fuertes en sus propósitos? El señor Jimmon hurgó en su orgullo a fondo y sin cesar pero no encontró ni la más débil punzada de celos con efecto retroactivo. Ahora nada de eso importaba. Ni, admitió, había importado durante años.

Dos colinas puntiagudas cercanas engulleron el sol. Jugueteó con la idea de colocarse de nuevo en el carril correcto, ahora que ya no había atasco y que venían algunos coches en dirección sur. Antes de que se decidiera terminó la autopista.

—Espero que no estés planeando pasar la noche en algún horrible motel —dijo Molly—. Quiero un baño decente y una buena cena.

Pasar la noche. Baño. Cena. Su mente formó de nuevo frases tranquilas, pero se disiparon ante lo increíble y monumental de aquella estupidez. ¿Cómo iba a decir «Es absolutamente necesario conducir hasta que lleguemos»? ¿Si no había conceptos absolutos o esenciales en la mente de ella? Mi querida Molly, yo…

—No —dijo, encendiendo las luces.

Wendy, sabía, sería el primero en armar alboroto. Hasta quedarse piadosamente dormido. Si lo hacía. Jir probablemente estaría debatiéndose entre las relativas emociones de conducir toda la noche y detenerse en algún pueblo desconocido. No tardaría en oírse su voz.

Junto a la carretera, las luces mezcladas de la estación de servicio y de la gasolinera iluminaban de manera ineficaz, resaltando la falsa y deteriorada fachada y dejando en sombras los surtidores de gasolina. Tragándose la pena por ceder finalmente a las necesidades mecánicas y humanas y perdiendo así la posición duramente ganada, relajando incluso un poco la feroz iniciativa que los había traído aquí contra toda probabilidad, aparcó la furgoneta

junto a los surtidores y apagó el motor. Casi a medio camino —atrás quedaba la peor mitad— de su meta. No estaba mal.

Molly abrió la puerta de su lado con rígida dignidad.

—Yo no llamaría a esto una estación de servicio *limpia* —esperó durante un momento, con la mano en la ventanilla, como esperando una respuesta.

—Qué porquería de sitio —exclamó Wendell, mientras salía torpemente.

—¿Por qué no? —preguntó Jir—. No hay tiempo para remilgos —adelantó a su madre que caminaba despacio entre las sombras.

—Erika —comenzó el señor Jimmon, casi en un susurro.

—Sí, papá.

—Oh… no importa. Más tarde.

No estaba del todo seguro de lo que quería decir, qué mensaje exclusivo y urgente deseaba comunicarle. Sin ningún motivo concreto encendió la luz interior y echó un vistazo al ordenado cargamento de la furgoneta. Luego salió del vehículo.

No había rastro de empleados, pero el lugar no podía estar cerrado, no con las luces encendidas y las mangueras listas. Se desperezó y caminó despacio, saboreando el confortable dolor de sus músculos al desentumecerse, hacia el tosco pabellón con el cartel de CABALLEROS. Molly, pensó, debe estar furiosa.

Cuando regresó, había un hombre apoyado sobre la furgoneta.

—Llene el depósito de súper —dijo con placidez el señor Jimmon— y revise el aceite y el agua.

El hombre no se movió.

—Cinco dólares el galón —el señor Jimmon notó un ligero temblor en su voz:

—Tonterías; tengo cupones de racionamiento de sobra.

—Está bien —el nerviosismo había desaparecido ahora, sustituido por una fea agresividad—. Mastíquelos y escúpalos en su depósito. Vea lo lejos que puede llegar con ellos.

La situación no era imprevista. De hecho, el señor Jimmon pensó con satisfacción que debía ser aún peor cerca de Los Angeles; aquel aprovechado sería aún más duro con los suplicantes conforme la gasolina fuese disminuyendo en sus depósitos.

—Escuche —dijo, y el tono de su voz era más razonable que colérico—, no estamos sin gasolina. Aún tengo bastante para llegar

a Santa María, incluso a San Luis Obispo.

—Está bien, continúen. Yo no les detengo.

—Escuche. Comprendo su posición. Tiene derecho a beneficiarse saltándose el papeleo oficial.

El nerviosismo volvió a la voz del hombre.

—Mire, ¿por qué no continúan? Hay gasolineras de sobra más adelante.

El bandido renuente. El señor Jimmon se estaba divirtiendo. Había pensado en regatear, en ofrecer dos dólares por galón, incluso en amenazar con la pistola de la guantera. Ahora le parecía nimio y mezquino incluso protestar. ¿Qué valor tenía ya el dinero?

—Está bien —dijo—, le pagaré cinco dólares por galón.

Sin embargo, el otro no se movió.

—Por adelantado.

Por primera vez el señor Jimmon se enojó; estaba perdiendo mucho tiempo.

—¿Cómo puedo pagarle por adelantado si no sé cuántos galones necesitaré para llenar el depósito?

El hombre se encogió de hombros.

—Le diré lo que haré. Le pagaré por cada galón a medida que lo eche. Por adelantado —sacó un puñado de billetes; el grueso del dinero seguía en su cartera, pero se había metido los billetes pequeños en los bolsillos. Cogió uno de cinco—. Eche el primero en el suelo o en una lata si tiene alguna.

—¿Y eso por qué?

¿Y por qué voy a decírselo? ¿Para darle ideas? Como si no las tuviera ya.

—Puede llamarme excéntrico —dijo—. No quiero el primer galón que salga del surtidor. ¿Qué más le da? Son cinco dólares más de beneficio.

Durante un momento el señor Jimmon pensó que el hombre iba a negarse y consideró su previsión con mayor reverencia. Luego el individuo alargó la mano detrás del surtidor y sacó una lata plana en la que insertó el extremo flexible de la manguera. El señor Jimmon le entregó el billete, el hombre movió una palanca —el surtidor era de un modelo antiguo, de los que el señor Jimmon llevaba muchos años sin ver— y después sacó la manguera de la lata.

—Un momento —dijo el señor Jimmon.

Metió dos dedos delicadamente dentro de la embocadura y después se los olió. Era gasolina, no agua. Le extendió un billete de diez dólares.

—Empiece a llenar.

Jir y Wendell salieron de las sombras.

—¿Podemos parar en una ciudad donde pongan esta noche una película?

La palanca giró, una varilla dentada se deslizó y retrocedió y la gasolina burbujeó dentro del depósito. Películas, pensó el señor Jimmon, entregando otro billete; películas, áreas de descanso, baños, restaurantes. Se contuvo para no montar una escena ni perder la compostura. Como en un sueño surrealista, imaginó a Molly manejando la palanca para triturarle en una molinera y verter su esencia dentro de Jir y de Wendell. Pagó veinte dólares.

Llevaba ya doce galones cuando apareció Molly.

—¿Tienen teléfono? —le preguntó con indiferencia el señor Jimmon al individuo, aunque sabía la respuesta por el cartel azul medio oculto entre otros que anunciaban bebidas y cigarrillos.

—¿Quiere llamar a la policía? —dijo el hombre sin dejar de bombear.

—No. ¿Sabe si las líneas con Los Angeles —nombró la ciudad aborreciendo cada una de sus sílabas— funcionan? —Y le dio otro billete de diez.

—¿Y cómo voy a saberlo?

El señor Jimmon hizo un gesto a su esposa por el otro lado de la furgoneta, fuera de la vista. Con rapidez pero con indiferencia extrajo el contenido de su cartera. Los billetes de doscientos dólares formaban un grueso paquete.

—Mete esto en tu bolso —dijo—. Te diré por qué más tarde. Mientras, ¿por qué no llamas a Pearl y Dan y compruebas si están bien?

Se imaginó la mirada de turbación en su rostro.

—Vamos —la apremió—. Aún tenemos un par de minutos mientras ése revisa el aceite.

Creyó advertir algo de incertidumbre en el paso de Molly mientras se dirigía a la tienda. Erika se unió a sus hermanos. El tanque rebosó y la gasolina se vertió sobre el cemento.

—Creo que ya está.

El hombre se mostró rápido y enérgico mientras sacaba la manguera y cerraba el tapón del depósito. El señor Jimmon ya había abierto la capota; el hombre echó agua en el radiador, sacó la varilla del aceite, la limpió, la hundió, le echó un vistazo bajo la luz y dijo:

—De aceite está bien.

—De acuerdo —dijo el señor Jimmon—. Sube, Erika.

Parte de la luz le daba directamente en el rostro. De nuevo notó lo madura y segura que parecía. Erika sobreviviría… y no como una salvaje. El hombre empezó a limpiar el parabrisas.

—Oh, Jir —dijo casualmente—, corre a ver si tu madre ha conseguido comunicación. Dile que la esperaremos.

—¡Qué tontería! No sé por qué siempre tengo que…

—Y dile que compre un par de cajas de chocolatinas si aún quedan. Wendell, ve con Jir, ¿quieres?

Se sentó tras el volante y cerró la puerta con suavidad. El motor arrancó casi sin ruido. Mientras pisaba el embrague y metía la primera, creyó que Erika se volvía hacia él mirándole asombrada. Conforme la furgoneta avanzaba, estuvo seguro de ello.

—Todo va bien, Erika —dijo el señor Jimmon—. Te lo explicaré más tarde.

Tendría mucho tiempo para hacerlo.

EL EFECTO DE LA BOLA DE NIEVE

Katherine MacLean

The Snowball Effect *es una broma… de las mejores de su clase, una broma solemne. Sin embargo, ¿habrán leído ustedes alguna vez una historia como la presente? Bate los records establecidos por las mejores historias de Ciencia Ficción: es inimitable*.

I

—Está bien —dije yo—, ¿para qué sirve la sociología?

Wilton Caswell, Ph.D., era director de mi Departamento de Sociología y precisamente entonces estaba lo bastante furioso como para morderse las uñas. En la pared del despacho tras él habían tres o cuatro documentos redactados en latín en un marco, pero en aquel instante no me importaba si empapelaba las paredes con sus diplomas. Se me había nombrado decano y presidente para que procurase que la universidad ganara dinero. Tenía una misión que realizar y pensaba lograrlo.

Él pronunció cada palabra entre dientes con gran tensión:

—La sociología es el estudio de las instituciones sociales, señor Halloway.

Yo traté de hacerle comprender mi postura.

—Mire, son los hombres adinerados quienes se supone que contribuyan a mantener este colegio. Para ellos, sociología suena como socialismo… no hay nada que suene peor que eso… y una institución es donde recluyen a tía Maggy cuando empieza a coleccionar letras de pasta para sopas en un álbum de sellos. No podemos evitar que piensen así. Reconózcalo ahora —sonreí condescendiente, sabiendo que eso le irritaría—. ¿Qué es lo que hacen ustedes que valga la pena?

Me miró fulminante, su pelo blanco erizado y las aletas de la nariz dilatadas como un caballo de carreras a punto de relinchar. Puedo decir una cosa acerca de ellos… estos científicos y profesores siempre se mantienen muy bien controlados. Tenía un libro en la mano y yo esperaba que me lo tirase, pero en su lugar habló:

—Los anuncios de este departamento, mediante el uso de un sistema abierto automático, han sido reconocidos como una

sobresaliente y valiosa contribución a…

Las palabras resultaron impresionantes, significaran lo que significaran, pero todavía seguía sin parecer como algo que se pudiese convertir en dinero. Le interrumpí:

—¿Valiosas en qué sentido?

Se sentó en el borde del escritorio pensativo, aparentemente recobrándose de la sorpresa de que se le preguntara que sacase algo sólido de su posición y pasó los ojos por los títulos de los libros que cubrían las paredes de su despacho.

—Bueno, la sociología ha sido valiosa para los negocios al iniciar la eficiencia del trabajador y agrupar los estudios de motivación, que ahora se utilizan en las decisiones de la gerencia. Y, claro, desde la depresión, Washington ha estado utilizando estudios sociológicos de empleo, trabajo y nivel de vida como base para su política general de…

Le detuve levantando ambas manos.

—Por favor, profesor Caswell, Eso no sería ninguna recomendación. Washington, el New Deal y la Administración presente en cierto modo asuntos molestos para los hombres con quienes tengo que tratar. Consideran debatible su valor, si usted sabe lo que quiero decir. Si se hacen la idea de que los grandes profesores de sociología están dando consejos y guías… No, tendremos que seguir con la rutina de siempre y dejar a Washington fuera de todo esto. ¿Qué, específicamente, ha elaborado este departamento que le haga valioso como para recibir dinero… digamos, al igual que cualquier investigación sobre las enfermedades cardíacas?

Comenzó a tamborilear distraídamente en la tapa del libro que tenía sobre la mesa, mirándome.

—La investigación fundamental no muestra efectos inmediatos, señor Halloway, pero su valor está reconocido.

Sonreí y saqué mi pipa.

—Está bien, háble me de eso. Quizás reconozca tal valor.

El profesor Caswell sonrió tenso. Se daba cuenta de que estaba en juego su sección. Los otros departamentos eran populares con los y estudiantes graduados mediante contratos de mecenas y acumulaban dinero para becas y planes de estudio y sostenían sus profesores investigación con el gobierno y la industria. Caswell

tenía que mostrar un modo de hacer popular su propio departamento o…

II

Apartó un poco el libro y se pasó la mano por el alborotado cabello.

—Las instituciones… es decir, las organizaciones… —Su voz se hizo más resonante; como la mayor parte de los profesores, cuando tenía que explicar algo, instintivamente se subían al estrado y empezaba a hablar con tono de conferenciante—, tienen ciertas tendencias construidas en sí del modo en que han sido organizadas, que las obligan a expandirse o contraerse sin referencia a las necesidades para las que fueron fundadas.

Se estaban acalorando con el placer de explicar su lección.

—A través de todas las épocas, ha sido cuestión de extrañeza y desaliento para los hombres que una simple organización… como una iglesia, o una delegación de armas a una clase bélica meramente para defensa contra un enemigo exterior, o bien crezca insensatamente y extienda su control hasta una tiranía por encima de todas las vidas, o, como otras organizaciones, creadas para servir una necesidad vital, tiende repetidamente a disminuir y a desvanecerse y haya de ser reedificada penosamente.

»El motivo puede ser rastreado con bastante seguridad en el modo en que fueron organizadas, una cuestión de poder realimentado positivo y negativo. Una cuestión tan simple como: ¿Hay un modo de mantener una autoridad en esta organización que pueda utilizar el poder asequible para incrementar su propio poder?, proporciona la clase. Pero aún no puede ser manejada hasta las cuestiones complejas de motivos interactuantes y de acumulaciones de gran categoría de efectos menores que podían ser simplificados y formulados. Siguiendo cada problema, descubrí que las matemáticas de un sistema abierto, como lasintrodujeran Ludwig von Bertalanffy y George Kreezer, podían ser utilizadas

como base que me permitiese desarrollar una matemática específicamente social, expresando los factores humanos de utilidad entremezclada y los motivos en simples fórmulas.

»Por estas fórmulas, es posible determinar automáticamente la cantidad de crecimiento y el período de vida de cualquier organización. La N.U., para elegir un ejemplo desafortunado, es una organización tipo naufragante. Su soporte monetario no está en las manos de aquellos que personalmente se benefician por sus actividades gubernamentales, sino, en su lugar, en las de aquellos que personalmente perderían por cualquier extensión y crecimiento de su autoridad propia. Sin embargo, el uso de la fórmula análisis…

—Eso es teoría —intervine—. ¿Qué pruebas hay?

—Mis ecuaciones ya están siendo utilizadas en el estudio de corporaciones federales de tamaño limitado. Washington…

Volví a alzar la palma de la mano.

—Por favor, no pronuncie esa odiosa palabra otra vez. Quiero decir, ¿en dónde más se ha puesto en práctica? Sólo una simple demostración, algo que mostrar y que funcione, eso es todo.

Apartó la vista de mí pensativo, cogió el libro y comenzó a tamborilear sobre él nuevamente. Tenía algún título ilegible y su nombre escrito en letras de oro. Obtuve de nuevo la clara impresión de que le animaba un ansia por impresionarme.

Habló tranquilo:

—Está bien. Le daré una demostración. ¿Me puede usted conceder una espera de seis meses?

—Seguro, si es usted capaz de demostrarme algo al fin de ese plazo.

Recordé la hora, consulté mi reloj y me puse en pie.

—¿Podríamos discutir esto después de almorzar, en la sobremesa? —me preguntó.

—No me importaría oír más, pero he de comer con algunos ejecutivos y albaceas de un millonario. Tienen que ser convencidos de que por «mayores investigaciones en las enfermedades humanas», significaba el difunto, que el dinero debería ir a becas de investigación para biólogos postgraduados de la universidad, más que a institutos médicos.

—Veo que también tiene usted sus problemas —dijo Caswell, sin reconocerme nada. Extendió su mano con una fría sonrisa—. Bueno,

que pase buena tarde, señor Halloway. Me alegro de que hayamos hablado.

Le estreché la mano y le dejé allí plantado, seguro de su lugar en el progreso de la ciencia y del respeto de sus colegas, sin embargo, temblando interiormente porque yo, el presidente y decano, fastidiosamente le había exigido que hiciera algo tangible.

Mi trabajo no es fácil. Por unas migajas de publicidad favorable y respeto a los periódicos y una ceremonia anual con un traje estúpido, paso el resto del año yendo sombrero en mano, pidiendo educadamente dinero a la puerta de cada cual, como un mendigo bien vestido y tratando de lograr que la universidad quede dentro del presupuesto que obtengo. En lo que a mí concierne, cada sección debe soportarse a sí misma o ser suprimida, lo que produce un sin ñn de resquemores y la supresión al mismo tiempo de los cursos poco concurridos. Eso se refería a Caswell, y Caswell debía proporcionar pronto resultados de su trabajo o ser eliminado.

Pero cuanto más lo pensaba, más deseaba oír lo que iba a hacer como demostración.

III

En el almuerzo, tres días después, mientras esperábamos que nos sirvieran, abrió un pequeño librito de notas.

—¿Ha oído usted hablar de los efectos de realimentación?

—No lo bastante para comprenderlos con claridad.

—Sin embargo, conoce usted el efecto de la bola de nieve.

—Claro, se deja caer una bola de nieve por una ladera montañosa y crece.

—Bueno, pues… —Escribió una corta línea de símbolos en una página en blanco y volvió el librito para que lo viese—. Aquí está la fórmula del proceso de la bola de nieve. Es la fórmula general del crecimiento… lo cubre todo.

Era una fila de símbolos pequeños dispuestos como una ecuación de álgebra. Uno era una espiral concéntrica ascendiendo, como la sección de una bola de nieve rodando por la misma nieve. Había un signo de crecimiento.

Yo no había esperado comprender la ecuación, pero era casi tan clara como una frase. Estaba impresionado y ligeramente intimidado por ella. Él había explicado lo bastante de modo que supiese, si tenía razón, que aquí estaba el crecimiento de la Iglesia Católica del Imperio Romano, las conquistas de Alejandro y la extensión de la costumbre de fumar y el cambio y la rigidez de las leyes no escritas de los estilos.

—¿Es raramente tan sencillo como esto? —pregunté.

—Fíjese —dijo—, que cuando se hace demasiado pesada para que la conexión fuerce a la nieve, se rompe. Ahora, en términos humanos…

Las chuletas y las patatas y guisantes llegaron.

—Adelante —apremié.

Él estaba embebido en la simbología de los motivos humanos y las ecuaciones de la conducta humana en grupos. Después de correr por unos cuantos tipos diferentes de crecimiento y de organizaciones tipo fraccionario, volvemos a la bola de nieve y decidimos seguir la prueba haciendo que algo creciera.

—Señale los motivos —dijo—, y la ecuación se convertirá en una organización al asimilarlos.

—¿Qué hay de una buena razón egoísta para que se agrupen las cosas —alguna especie de bondad o de nuevos miembros, una rebaja en las cuotas de los asociados? —sugerí inseguro, sintiéndome un poco estúpido—. Quizás un motivo de por qué los miembros pierdan algo si se dan de baja y una forma indirecta que podían utilizar para forzarse entre sí para permanecer dentro.

—Lo primero es el principio de carta en cadena —asintió—. Ya lo tengo. Lo otro… —Hizo objeto a los símbolos de alguna especie de manipulación matemática para que un grupo especial apareciese en medio de la ecuación—. Eso es.

Puesto que yo parecía tener la adecuada idea, sugerí algo más y él añadió unos cuantos.

Jugó con ellos en formas distintas. Mostramos unos pocos que habrían hecho la organización demasiado complicada y los descartamos y por último elaboramos una pequeña organización idealmente simple instalada ya y preparada para que todos los que se adscribiesen sintiesen la tentación de permanecer unidos, introduciéndose más profundamente en sus redes y haciendo que el salir fuese casi tan imposible como escapar de un cepo. Unimos nuestras cabezas y hablamos en voz baja, eligiendo el mejor lugar para la demostración.

—¿Abington?

—¿Qué le ha parecido Watashaw? Yo he hecho algunas investigaciones sociológicas de allí. Podemos elegir un grupo conveniente dados mis datos.

—Esa demostración ha de ser convincente. Será mejor que cojamos un grupito al que nadie, siendo lo bastante cuerdo, creyese capaz de aumentar de tamaño y crecer.

—Ha de haber algún club conveniente.

IV

—Señoras —dijo la delgada presidente del Círculo de Costura de Watashaw—. Hoy tenemos invitados —hizo un gesto para que nos levantáramos y nos pusimos en pie, inclinándonos para agradecer los educados aplausos y sonrisas—. El profesor Caswell y el profeso.

Smith (mi alias). Están efectuando una inspección de los métodos y obligaciones de los clubs de Watashaw.

Nos sentamos entre otra salva de aplausos y sonrisas ligeramente más amplias y luego la reunión del Círculo de Costura de Watashaw comenzó. A los pocos minutos empecé a sentir sueño.

Había sólo unas treinta personas y la habitación resultaba pequeña, no era ninguna de las salas del congreso, pero discutieron su negocio de recoger y reparar ropas de segunda mano para caridad, con la misma e infinita manera aburrida parlamentaría.

Señalé a Caswell al miembro que yo creía era el jefe natural, una mujer alta y bien construida, vestida con un traje verde, con gestos conscientes y una voz penetrante, luego casi caí en una pequeña siesta mientras Caswell permanecía despierto a mi lado y escribía en su libreta de notas. Al cabo de un rato la resonante voz se alzó llamándome la atención de momento. Era una mujer alta, manteniéndose firme sobre alguna desviación colectiva del club. Se mostraba como ofendida.

Di un codazo a Caswell y murmuré:

—¿Lo arregló usted para que una cierta ayudita colabore mejor a ascender hasta la presidencia que aquélla que no tiene influencias?

—Me parece que hay una manera de prepararlo —me susurró Caswell como respuesta, siguiendo de nuevo trabajando en su ecuación—. Sí, diversas maneras de alterar las elecciones.

—Bien. Póngalas en marcha con tacto apuntando a la que usted elija. No como si fuese ella quien utilizase tales métodos, sino como ejemplo de la razón por la que debe ser investida de la confianza al iniciar el cambio. Mencione simplemente las ventajas personales que podría tener una persona no escrupulosa.

Asintió, mostrándose serio como si hubiésemos estado intercambiando observaciones admirativas acerca de las técnicas de arreglar los vestidos, en lugar de conspirar.

Después de la reunión, Caswell se llevó a la mujer del traje verde aparte y le habló confidencialmente, mostrándole el diagrama de organización que habíamos preparado. Vi el brillo de respuesta en los ojos de la mujer y supe que había mordido el anzuelo.

Dejamos el diagrama de organización y nuestra copia mecanografiada de las nuevas leyes colaterales en su poder y nos fuimos muy serios, como dos adecuados experimentadores de ciencia social. No empezamos a carcajearnos hasta que nuestro coche salió de los límites de la ciudad y empezaba a trepar hacia University Heights.

Si las ecuaciones de Caswell tenían algún valor, habíamos dado aquel Círculo de Costura más impulsos de crecimiento que tuvo el Imperio Romano.

V

Cuatro meses más tarde saqué tiempo de una orden del día atestada para preguntarme cómo iría la prueba. Al pasar por el despacho de Caswell, asomé la cabeza. Él alzó la vista de un documento estudiantil que estaba corrigiendo.

—Caswell, acerca del asunto del club de costura… ya empiezo a sentirme impaciente. ¿Podría obtener un informe anticipado de su marcha?

—No lo sigo. Se supone que deberíamos dejarlo marchar a su aire durante seis meses.

—Pero me siento curioso. ¿Podríamos ponernos en contacto con esa mujer… que se llamaba…?

—Searles. Señora de Georges Searles.

—¿Cambiaría eso los resultados?

—En lo más mínimo. Si usted quiere hacer una gráfica del crecimiento de miembros, debería mostrar una curva logarítmica, probablemente doblándose con frecuencia.

Sonreí.

—Si no crece, está usted despedido.

Me devolvió la sonrisa.

—Si no crece, no tendrá que despedirme… Quemaré mis libros y me pegaré un tiro.

Regresé a mi despacho y llamé a Watashaw.

Mientras esperaba que respondiese al teléfono, tomé un pedazo de papel de gráficos y lo dividí en seis secciones, una por cada mes. Después de que el teléfono sonara a lo lejos durante largo rato, un criado respondió con un bostezo de aburrimiento.

—Residencia de la señora Searles.

Cogí una estrellita roja engomada y pasé la lengua por el

anverso.

—Por favor, la señora de Searles.

—No está ahora. ¿Quiere usted algún recado?

Coloqué la estrella en la línea treinta del principio de la primera sección. Habían empezado con treinta miembros.

—No, gracias. ¿Podría decirme cuándo regresará?

—Hasta la hora de la cena. Se encuentra en la reunión.

—¿Del club de Costura? —pregunté.

—No, «señor», nada de eso. Ya no hay ningún club de Costura, desde hace bastante tiempo. Ella se encuentra en la reunión del Bienestar Cívico.

En verdad que no me había esperado ninguna noticia como esa.

—Gracias —dije, y colgué, y al cabo de un momento me di cuenta de que tenía en la mano una caja de estrellitas rojas engomadas. La cerré y la coloqué en lo alto del gráfico de miembros del Círculo de Costura. No más miembros…

Pobre Caswell. La apuesta entre nosotros era como un cepo, Él no me permitiría retroceder aunque quisiera. Probablemente dimitiría antes de que yo hiciese el menor movimiento para despedirle. Su orgullo profesional quedaría hecho pedazos, hundido sin rastro. Recordé lo que había dicho de pegarse un tiro. En aquel momento nos pareció divertido a ambos, pero… Qué jaleo sería para la universidad.

Tenía que hablar con la señora Searles. Quizás hubiese allí alguna razón exterior de por qué el club se había disuelto Quizás no había muerto simplemente.

Volví a llamar.

—Aquí el profesor Smith —dije, dando el alias que había utilizado antes—. Llamé hace algunos minutos. ¿Cuándo dijo usted que regresaría la señora Searles?

—Sobre las seis y media o las siete.

Cinco horas de espera.

¿Y qué si acaso me preguntaba si había descubierto algo mientras? Yo no quería decirle nada hasta que hubiera hablado primero con aquella mujer llamada Searles.

—¿Dónde tiene lugar la reunión del Bienestar Cívico?

El criado me lo dijo.

Minutos más tarde me encontraba en mi coche, dirigiéndome a

Watashaw, conduciendo considerablemente más de prisa que de ordinario y manteniendo una cuidadosa vigilancia de los coches patrulla de la autopista cuando el velocímetro marcaba más de la velocidad límite permitida.

VI

El salón de sesiones de la ciudad y teatro era un gran lugar, probablemente con cantidad de pequeñas habitaciones para diferentes clubs. Entré por la puerta del centro y me encontré en un enorme vestíbulo central en donde se celebraba alguna especie de convención. Una convención de tipo político, ya se sabe, vítores y cantos, con pisadas por todo el piso, gente llevando pancartas, mucho entusiasmo y excitación en el ambiente. Alguien pronunciaba un discurso desde una plataforma. La mayor parte de las personas eran mujeres.

Me pregunté cómo se atrevía a celebrar la Liga del Bienestar Cívico al mismo tiempo que se celebraba una convención política que podía alejar a sus miembros. El grupo de las señoras de Searles probablemente estaría formado por un conjunto de socios mutilados que se reunirían en cualquier cuartucho aislado.

Probablemente alguna puerta lateral conduciría al piso alto.

Mientras miraba a mi alrededor, una linda acomodadora me puso en la mano un folleto, susurrando:

—He aquí uno de los ejemplares nuevos —cuando intenté devolvérselo, ella se retiró—. Oh, guárdelo. Es nuevo. Todo el mundo se supone que debe tenerlo. Acabamos de imprimir seis mil ejemplares para asegurarnos de que hayan suficientes.

La mujer alta de la plataforma había estado haciendo un discurso enérgico e impulsor sobre algunos planes para reconstruir los barrios más míseros de Watashaw. Comenzó a penetrar en mi cerebro con debilidad todo el asunto, cuando miré por encima el folleto de mis manos.

—Liga del Bienestar Cívico de Watashaw. Organización unida eclesiástica y de beneficencia —eso es lo que decía. Por debajo

seguían las reglas de la asociación.

Alcé la vista. La oradora, una voz clara y decidida y consciente, con gestos enérgicos, había entrado en el meollo de su discurso, una llamada al orgullo cívico de todos los ciudadanos de Watashaw.

—Con un brillante y glorioso futuro… potencialmente sin pobres y sin enfermos abandonados… potencialmente sin ninguna fealdad, sin vistas que no sean hermosas… las mejores personas de esta ciudad bien planeada del país… joya de los Estados Unidos…

Hizo una pausa y luego se inclinó hacia adelante con intensidad, dando puñetazos en el soporte del altavoz y recalcando así cada palabra que pronunciaba.

—«Cuanto necesitamos son más miembros. Ahora, salgan de aquí y reclútenlos».

Por último reconoció a la señora Searles, cuando una explosión sonora medio me ensordeció. La multitud cantaba a pleno pulmón:

—¡Reclutar! ¡Reclutar!

La señora Searles se quedó inmóvil, mientras detrás de la mesa y a sus espaldas se sentaban en una fila de sillas lo que probablemente constituía el consejo directivo. Se componía principalmente de mujeres y éstas comenzaron a tener un aspecto vagamente familiar, puesto que podían igualmente haber sido socias del Círculo de Costura.

Coloqué mis labios cerca de la oreja de la hermosa acomodadora mientras doblaba el boletín que me entregara.

—¿Cuánto tiempo lleva organizada esta Liga? —En la parte trasera del boletín estaba el acta de constitución.

Ella gritaba con la multitud, sus ojos centelleantes.

—No lo sé —respondió entre vítores—. Yo me inscribí hace dos días. ¿No es maravilloso?

Salí al tranquilo ambiente exterior y entré en mi coche con la carne de gallina. Mientras me alejaba podía oírlas. Cantaban alguna especie de himno de la organización con la melodía de una marcha conocida.

Incluso ante la débil mirada que le dirigiese, la constitución parecía exactamente igual a la que dimos al Círculo de Costura de Watashaw.

Todo lo que conté a Caswell cuando volví fue, que el Círculo de Costura había cambiado de nombre y que los miembros parecían

aumentar.

VII

Al día siguiente, después de llamar a la señora Searles, coloqué unas cuantas estrellitas rojas en mi gráfico para los primeros tres meses. Formaban una hermosa curva, alzándose más bruscamente al llegar al cuarto mes. Habían alcanzado su primer incremento en miembros, simplemente fundiéndose con los otros tipos de organizaciones caritativas de Watashaw, cambiando el nombre del club a cada fusión, pero manteniendo la misma constitución… la constitución con la brillante promesa de ventajas mientras hubiesen nuevos miembros que ingresaran.

Al quinto mes, la Liga había añadido un servicio de niñeras mutuo e indujo a la dirección escolar local a construir una guardería municipal, para dejar más libres a las mujeres para la actividad de la Liga. Pero la caridad debía estar por completo organizada para entonces y la expansión tenía que tomar otras direcciones.

Algunos agentes de terrenos fueron evidentemente pronto atraídos a este torbellino, junto con sus ideas. Los planes de mejorar los barrios bajos comenzaron a florecer y tomaron un tinte de verdadera organización más tarde en aquel mes.

El primer día del sexto mes, un gran anuncio de dos páginas apareció en el periódico local indicando una reunión en masa que había aprobado un plan para limpiar los barrios bajos de Watashaw, en especial la zona de las barracas, más planes para albergar, construir y urbanizar. Y buenas perspectivas para atraer a nuevas industrias a la urbe, industrias que ya se habían puesto en contacto y parecían interesadas por los privilegios ofrecidos.

Y con todo esto, un acuerdo para la seguridad y para la distribución a los miembros del club «solo» de la mayor parte de los

beneficios que ingresarían en la ciudad en forma de un aumento en el precio de los solares para edificar y en una expansión de la industria constructora. El beneficio estable instruido según un sistema que era igual que el fundamental de la organización para la distribución de pequeños beneficios a los derechos de ingreso y a los ascensos honorarios. Se estaba convirtiendo en un negocio abiertamente ganancial. La cantidad de miembros aumentaba más rápidamente ahora.

Durante la segunda semana del sexto mes aparecieron noticias en el periódico local de que el club había solicitado incorporarse formando la Asociación de Comercio Mutuo de Watashaw y la Corporación de Desarrollo Cívico y todos los promotores de haciendas locales habían acabado uniéndose en masa. La parte de Comercio Mutuo me sonaba como si fuera la Cámara de Comercio, o que esta organización estuviese a punto de unirse a ellos, con ideas, ambiciones y todo lo demás.

Solté una risita mientras leía la siguiente página del periódico, en la que un político local se informaba como si se hubiese dirigido al club con un discurso muy floreado hablando de su empresa, de su caridad y de su espíritu cívico. Le habían hecho miembro honorario. Si se permitía ingresar con «plenos derechos», dentro de sus obligaciones contractuales, tendría mayores recompensas. Así que si los políticos entraban en esto también…

Me reí, archivando el periódico con los demás documentos de la prueba de Watashaw. Estas pruebas fascinarían a cualquier hombre de negocios con el sentido capaz de ver, quién ponía manteca a su tostada de pan.

Un hombre de negocios trata constantemente con organizaciones, incluyendo la suya propia, y bien las descubre inertes, o alegres, o ambas cosas.

La fórmula de Caswell podía ser un mango para coger a todas estas organizaciones. La simple gratitud traería dinero a la universidad en camiones.

VIII

La prueba había pasado y el fin de los informes fue espectacular. Las fórmulas de Caswell quedaron demostradas hasta en lo más mínimo.

Después de leer los últimos informes periodísticos, le llamé.

—¡Perfecto, Wilt, «perfecto»! Puedo utilizar este asunto de Watashaw para conseguir tantos escolares y subsidios y garantizarle el departamento que usted pensará que está nevando dinero.

Me respondió en cierto modo desinteresado.

—He tenido trabajo con estudiantes examinando sus papeles de investigación y haciendo pruebas… sin seguir en absoluto el asunto de Watashaw, me temo. ¿Dice usted que la demostración fue bien y que se encuentra satisfecho?

Definitivamente estaba mostrándose glacial. Ahora éramos amigos, pero con toda evidencia se sentía con el orgullo ofendido cada vez que recordaba cómo dudé del buen funcionamiento de su teoría, Y utilizaba el éxito para ponerme ante las narices la realización de que mi error fue mayúsculo. Un hombre con una sarta de honores tras su nombre es tan humano como cualquier otro. Yo le había pinchado aquella primera vez muy hondo en su amor propio.

—Estoy satisfecho —reconocí—. Me equivoqué. Las fórmulas resultaron estupendamente. Venga y verá mi archivo de documentos si después quiere satisfacer su ego. Ahora busquemos la fórmula de detenerlo.

Volvió a parecer animoso.

—No compliqué esa organización con factores negativos. Quería que creciese. Se desmoronará, naturalmente, cuando deje de crecer durante más de dos meses. Es como la gran inflación antes de una

catástrofe económica. Todos los que participaron se encuentran prósperos mientras los precios sigan subiendo y entren al mercado nuevos compradores, pero todos saben lo que ocurriría si dejasen de crecer, Recuerde, infundimos esto como uno de los incentivos que los miembros saben que van a perder si la hermandad o la comunidad deja de propagar. Oh, si ahora tratásemos de detenerlo, vendrían y me cortarían la garganta.

Recordé el impulso y frenesí de la multitud en la primera reunión que había visto. Probablemente tenía razón.

—No —continuó—. Dejaremos que se desenvuelva hasta el final de su singladura y que muera de ancianidad.

—¿Cuándo será eso?

—No puede crecer más allá de la población femenina de la ciudad. Lo malo es que hay muchas mujeres en Watashaw y a la mayor parte de ellas no les gusta coser.

El gráfico que tenía en el escritorio ante mí comenzó a aparecerme siniestro. Seguro que Caswell debía haber previsto algo para…

—Usted subestima su ingenuidad —dije por teléfono—. Puesto que querían extenderse, no tuvieron que quedarse pegadas en la costura. Fueron de la caridad general al bienestar social con planes para algo que está muy cerca de un gobierno incorporado. El nombre de ahora es Corporación del Desarrollo Cívico y Comercio Mutuo de Watashaw y están solicitando cambiarlo por Comunidad de Propiedad Cívica y Dividendos Sociales, con un contrato entre los miembros, abierto a todos. Ese dividendo social parece como un tecnócrata que hubiese trepado en el balón de la orquesta, ¿eh?

Mientras hablaba, añadí curiosamente otra estrella roja a la curva por encima del nivel de los millares de miembros, comprobando con el periódico que aún tenía abierto en mi escritorio. La curva definitivamente tenía un aspecto logarítmico ahora, creciendo más rápidamente a cada incremento.

—Descartando las limitaciones prácticas de momento, ¿dónde terminará la fórmula? —pregunté.

—Cuando se acabe la gente que ingrese. Pero, después de todo, hay muchísimas personas en Watashaw. Se trata de una ciudad no muy pequeña.

IX

—Han abierto una sucursal en Nueva York —dije con cuidado por teléfono, unas pocas semanas más tarde.

Con mi lápiz, con el máximo de esmero, extendí la curva de los miembros desde donde estaba entonces.

Después de la siguiente doblez, la curva casi subió recta saliéndose de la página.

Permitiendo el contagio de una nación a otra, dependiendo de cuanto se entremezclaran los ciudadanos, di al resto del mundo unos doce años.

Hubo un largo silencio mientras Caswell dibujaba el mismo gráfico en su propio cerebro. Luego soltó una risotada débil.

—Bueno, usted me pidió una demostración.

Esa respuesta era tan buena como cualquier otra.

Nos reunimos y almorzamos en un bar, si a eso se le puede llamar almuerzo. El movimiento que habíamos iniciado se extendería de diversas formas, con cebos o con anzuelos, por seducción o por soborno o por propaganda o por conquista, pero se extendería. Y quizás el gobierno mundial total sería algo estupendo… hasta que llegase el fin de la cuerda dentro de unos doce años.

Lo que suceda entonces, no lo sé.

Pero no quiero que nadie me eche la culpa a mí. De ahora en adelante, si alguien me pregunta, jamás oí hablar de Watashaw.

MEDIA PAREJA

Bertram Chandler

I

—Nada es más «enojoso» que tener media pareja de algo —dijo él.

—Ya te he dicho que lo siento —respondió ella, con un tono de voz que implicaba todo lo contrario—. Pero estás armando demasiado «escándalo» por eso. ¿Quién te lo regaló? ¿Alguna rubia?

—Me los regalé yo mismo —respondió él malhumorado—. Ocurrió que la necesidad de un par de decentes gemelos de camisa coincidió con que tenía bastante dinero con qué comprarlos. Los poseía muchos «años»…

—Y les tenías mucho cariño —dijo ella—. No grites. Mamá te comprará un nuevo par cuando volvamos a la civilización.

—Es que yo quiero un par «ahora» —respondió él con voz hosca.

—¿Pero por qué? —preguntó ella, sinceramente turbada—. Estamos solos juntos en esta bañera nuestra, a mitad de camino entre el Cinturón de Asteroides y Marte, y ahora tienes tú ese loco deseo de un par de gemelos de camisa…

—Acordamos —dijo él con rigidez—, que no íbamos a dejarnos abandonar, ponernos tontos, del modo en que lo hacen algunas parejas. Debes recordar a esas gentes terribles que conocimos en el PX173A… los que nos invitaron a cenar a bordo de su nave. Él vestía con mono de trabajo grasiento, ella con lo que parecía ser un saco de harina invertido. Bebía de una botella y se tomaba el alimento de la lata de conservas…

—Eso fue un caso extremo —contestó ella.

—Admitido. Y si yo fuese por aquí con las mangas de la camisa arremangadas, o sin meterme los faldones en el pantalón, sería que estaríamos ya al borde de ceder, de relajarlos —meditó con tristeza —. Y yo no puedo satisfacer ese deseo mío de ir bien vestido. Entré en el cuarto de baño para lavarme la camisa. Dejo los gemelos en la

estantería de encima de la pileta mientras extiendo la camisa en el colgador para que se seque. Cojo los gemelos para ponérmelos en otra camisa ya limpia, se me cae uno en la pileta. Baja por la cañería. Voy corriendo a la sala de máquinas en busca de una llave inglesa para abrir el sifón, Regreso para encontrarte llenando la pileta para lavar tus prendas interiores. Te digo lo que ocurre… y tú inmediatamente quitas la tapa, vacías la pileta y el agua se lleva el gemelo más allá del sifón…

—Yo quería «ver» —dijo ella.

—Tú querías ver —se burló él. Meditó tristemente en voz alta un poco más—. No hubiera sido tan malo si esto fuese uno de los anticuados navíos que trabajaban en un ciclo absolutamente cerrado. Todo lo que tendría que hacer era registrar las cañerías palmo a palmo hasta que encontrase mi gemelo. Pero con más agua de la que podamos usar posiblemente como un subproducto del Generador Halvorsen y con todos nuestros desperdicios lanzados automáticamente al espacio…

—Cualquiera pensaría que perdiste las joyas de la corona.

—Mis gemelos de camisa —contestó él—, significan para mí cuanto menos tanto como las joyas de la corona lo puedan significar para la emperatriz.

—¡Ya te dije que te compraré otro par! —destelló ella.

—Pero no serán iguales —murmuró.

—¿Dónde vas? —preguntó ella.

—A la Sala de Control —respondió él con laconismo.

—¿Enfadado?

—No —dijo él—. No, querida, No.

II

Ella se puso frenética cuando los cohetes tangenciales destellaron brevemente para cortar la rotación del navío en torno a su eje longitudinal. Ella estaba en la cocina en aquel momento, preparando ideas para cenar. Los fideos y la caída libre no concuerdan… o lo hacen demasiado bien. Ella no esperó a limpiarse los hilos viscosos y pegajosos de su cara y cabello, sino que fue derecha hacia la Sala de Control, sujetándose a las barandillas de guía con una pericia que no se daba cuenta de poseer.

—¡Tú… gorila con cerebro de mariposa! —gritó—. ¿Desde cuándo puedo trabajar sin gravedad… aun cuando sólo sea fuerzas centrífugas… en la cocina? Has estropeado la cena.

—Yo —contestó él con orgullo—, he encontrado mi gemelo de camisa. Ya sabes cómo funciona el sistema de eyección de desperdicios… toda la basura es lanzada tangencialmente, por la fuerza centrífuga, en ángulo recto a la línea de vuelo. Pensé que había la más pequeña posibilidad que cualquier cosa metálica apareciese en la pantalla, especialmente si mataba la rotación de la nave. Aumenté la ganancia y cambié la sensibilidad.

—¿Y qué? —preguntó ella—. ¿Y qué?

—Ahí está —contestó él, señalando feliz a la pantalla fluorescente que circundaba la Sala de Control—. ¿Lo ves… ese zumbidito que podría ser un diminuto satélite? Pensándolo bien, es un diminuto satélite…

—Así que ya sabes dónde está —dijo ella—. A unos trescientos metros de distancia y dando vueltas a nuestro alrededor todo el tiempo. Y por ese poquito de inútil conocimiento me has estropeado la cena.

—No es inútil conocimiento. ¿Para qué te crees que llevamos

trajes espaciales?

—No irás a salir —dijo ella—. Seguro que no. Ni siquiera tú podrías ser tan tonto.

—Sólo porque «tú» —respondió él—, tengas verdadera manía a los trajes espaciales.

—¿Y de quién fue la culpa de que el tanque de aire estuviera vacío en sus tres cuartas partes? —preguntó ella.

—Tuya —contestó él—. Todo el mundo sabe que cuando se usa un traje se debe de hacer una revisión personal de cada parte del equipo antes de salir al Exterior.

—Algunas mujeres son lo bastante tontas para fiarse de sus maridos —repuso ella—. Las hay que no han aprendido a la brava, lo mismo que yo.

—Algunos hombres son lo bastante tontos para engañarse creyendo que sus esposas tienen un conocimiento elemental acerca de tuberías —respondió él. Hizo un gesto hacia la pantalla—. Ahí está mi gemelo… y saldré a por él.

—Nunca lo encontrarás —dijo ella.

—Pues claro que sí. Llevaré conmigo mi unidad reactora, al igual que un cordón umbilical. Saldré derecho del navío y sacaré el cordón por la escotilla… está sólo a un par de metros por delante de los vertederos. Luego vigilarás la pantalla y medirás la posición en donde yo cortaré la órbita del gemelo.

—No tienes intención de hacerlo en realidad —dijo ella—. Si la tuvieses, estarías loco.

—No tan loco como tú cuando quitaste el tapón. Dejémoslo estar.

—Pero… pero puede ocurrirte algo. Y sabes que yo no podría volverme a poner ese traje, que no me sería posible salir a por ti, por lo menos hasta que me hayan reacondicionado…

—Nada pasará —la dijo—. Tú te sientas y miras la pantalla y me dices la posición. Es lo menos que puedes hacer.

Sacó su traje espacial del armario, comenzó a subirse cremalleras y ajustar su cuerpo al interior de aquel torpe vestido.

Debió haber tenido más criterio. Debería haber considerado el hecho de que las reglas promulgadas por la Comisión de Transporte Interplanetario son prudentes y que la número 112 no es una excepción.

«Ninguna persona se aventura en el espacio saliendo del navío», dice, «a menos que vaya acompañada por un miembro de la tripulación».

Las reglas, tenía que admitirse, estaban bien para los grandes navíos en donde abundaba el personal… pero los propietarios patrones de los prospectores de los pequeños Asteroides que las ignoran raras veces viven para alcanzar la edad madura.

Al contrario que su esposa, jamás había tenido ninguna dificultad con los trajes espaciales… y esto, quizás, le hizo descuidado. Colgó inmóvil al extremo del cordón umbilical esperando que las primeras instrucciones le llegasen por los auriculares de su casco. Por fin vinieron, de mala gana.

—Los húmedos metros… ¡Basta! ¡Fuera un metro!

Su pistola reactora destelló vehemente.

Vio al gemelo navegando hacia él entonces… un puntito diminuto y dorado reluciendo a la luz del sol. Soltó una carcajada. Extendió ambas manos para cogerlo… luego no se dio cuenta de que una sostenía la pistola, la mano derecha, la mano con la que tendría que coger al pequeño gemelo cuando pasase. Trató de pasarse la pistola a la mano izquierda y en su prisa, la soltó, Se alejó navegando por el vacío.

¿Qué importa?, pensó. Está asegurada mientras que mis gemelos no lo están.

—¡Lo logré! —gritó por el micrófono de su casco.

El regreso a la nave sería fácil… todo lo que tenía que hacer sería tirar del cordón umbilical. Fue entonces cuando el ritual descubrimiento borró toda la alegría de su mente. De alguna manera… debió haber sido cuando se le cayó la pistola… la tubería se había partido; los prospectores de Asteroides fueron famosos por su material barato y de segunda mano. Lentamente se alejaba de la nave. Ni tenía nada que pudiese arrojar en contra de la dirección de deriva para contenerse… nada, es decir, excepto el solitario gemelo y su masa, según sabía, era demasiado pequeña para tener algún efecto apreciable.

—¿Qué te ocurre de malo? —preguntó su esposa con viveza.

—Nada —mintió.

Ella jamás se pondría un traje espacial mientras se viese dominada por su fobia, pensó. Y en cuanto lo hiciese… sería muy

arriesgado. Es inútil que ambos se perdieran. Adiós, pensó. Adiós, cariño mío. Ha sido hermoso conocerte. Vende la nave y vuelve a la Tierra.

—¿Qué hay de malo? —volvió a preguntar ella con la misma viveza anterior.

—Nada —jadeó él… y supo que incluso aun cuando el manómetro de su tanque marcaba estaba lleno, no notaba actualmente la presión indicada del aire.

—¡Algo va mal! —gritó ella.

—Sí —admitió él—. Prométeme una cosa… cuando vuelvas a Marte exige una inspección de todo el equipo que nos vendió Sorensen, el armador de navíos. Y… ay… —Luchaba por respirar, impidiendo caer en la inconsciencia—. Fue todo culpa mía. Cuídate mucho. Cuida… de ti… no de mí…

Se desmayó.

III

Se vio sorprendido al despertar en su litera. Se vio sorprendido al despertar. El rostro de ella fue lo primero que viese… sucio y surcado por las lágrimas… y feliz. Vio entonces lo que ella tenía… una camisa limpia, blanca y reluciente con, al extremo de cada manga, relucientes gemelos.

—Saliste al Exterior —dijo él con suavidad—. Me entraste… pero tu fobia, cariño… tu fobia a los trajes espaciales.

—Descubrí que tengo otra más fuerte todavía —dijo ella—. Es la misma que la tuya —se inclinó para besarle—. Me sabe mal tener media pareja de algo… y no me refiero sólo a los gemelos de camisa.

ÚNICA SOLUCIÓN

Eric Frank Russell

La oscuridad lo rodeaba y estaba solo. Ni una voz. Ni un susurro. Ni el contacto de una mano, ni el calor de otro corazón.

Tinieblas.

Soledad.

Eterno confinamiento donde no había movimiento. Intolerable castigo sin juicio previo. Lo insoportable que debía ser aguantado a menos que se produjera alguna vía de escape.

De ninguna parte percibía un camino para salir. Ni pena ni simpatía en otra mente, otra alma. Ni puertas para abrir, ni cerraduras para romper. Tan sólo la noche eterna, espesa, impenetrable.

Lo único que él podía tocar y sentir, era él mismo.

Por lo tanto el único medio de salvarse, de salir de aquella situación, era utilizar las potencias encerradas en su propio intelecto. Debía ser el instrumento de su propia salvación.

¿Pero cómo?

Ningún problema está más allá de toda solución. Por esto la Ciencia puede sobrevivir. Sin esto, la ciencia muere. Y él era el único científico. No podía rechazar este reto a sus capacidades.

Sus tormentos eran los del solitario, aburrido, invadido por la certeza de su esterilidad física y mental. No podía resistirlos. Un camino para huir, es la imaginación. Es posible estar dentro de una camisa de fuerza y alejarse soñando un mundo.

Pero los sueños no bastan. Son irreales y demasiados breves. La libertad debe ganarse, debe de ser genuina y de larga duración. Por esto debía de hacer sus sueños de un material resistente, que persistiera. Y debían perpetuarse a sí mismos. De otra manera no

serían completos.

Así, él permaneció en las profundas tinieblas debatiendo el problema; no había reloj ni calendario para señalar la duración del pensamiento. No había fechas para utilizar como elemento de juicio. No había nada. Nada excepto el funcionamiento de su ágil mente.

Y una tesis: ningún problema está más allá de la solución.

Y por fin, la encontró. Significaba la evasión de aquella noche eterna; le proporcionaría experiencia, compañía, aventura, ejercicio mental, entretenimiento, calor, amor, sonido de voces, contacto de manos.

El proyecto era cualquier cosa menos rudimentario. Por el contrario, era complicado hasta el extremo de desafiarlo durante edades incontables. Tenía que serlo para ser duradero. La otra alternativa era el retomo al temido silencio y la amarga oscuridad.

Costó mucho trabajo trazar los planes. Un millón de aspectos debieron ser considerados con sus diversos efectos mutuos. Y cuando estuvo hecho, tuvo que considerar otro millón… y otro… y otro más.

Así, él creó un sueño complejo y poderoso, algo infinitamente complejo, trazado en todos sus detalles, puntos y comas. Con esto, volvería a vivir nuevamente. Pero no como él. Disiparía su personalidad en incontables partes, una gran multitud de diversas formas, cada una de las que debería luchar dentro de su propio ambiente.

Y endurecería las cosas, haría terrible la lucha, olvidándose de lo que era y haciéndoselo olvidar a sus partes. Sembraría enemistad entre ellas, trazando las reglas básicas del juego. Quienes las cumplieran, serían llamados buenos. Quienes no, serían llamados malos… Así habría infinitos conflictos, dentro del mayor.

Cuando todo estuviera preparado y listo, se rompería para convertirse en un enorme concurso de entidades. Y estas partes deberían luchar para ganar su antigua unidad a través de los tiempos.

Pero antes debería hacer realidad su sueño. ¡Ah! ¡Ésta era la prueba!

El momento había llegado. El experimento debía comenzar.

Concentrándose, miró a la oscuridad y dijo:

—¡Hágase la luz!
Y la luz se hizo.

ALGUIEN CON QUIEN JUGAR

Jay Williams

No hay nada más agobiante que la incomunicación entre seres inteligentes… Pero ¿y si cuando, tras ímprobos esfuerzos, se inicia esta comunicación y entonces de manera imprevista un tercero se inmiscuye y destroza esa recién nacida comprensión?… ¡Oh, en ese caso, las consecuencias pueden ser demoledoras!

No quedaban muchos y era vital adoptar toda clase de precauciones contra cualquier posible daño procedente del medio ambiente que les circundaba. Pero la vida podría resultar un aburrimiento insoportable, en particular para el niño que vivía dentro de la cúpula.

I

Los niños de ordinario se reunían ante la escuela cerca de la escotilla de emergencia, tras una montaña de cajones llenos de recambios y suministros. A través del nublado plástico de la cúpula, podían ver el sombrío panorama con su borde de colinas erosionadas y no muy lejos las ramas esponjosas superiores de un bosque de hongos que crecía en un profundo barranco y que llevaba al Gran Cañón, nombre en honor al lugar de la Tierra que conocían por su clase de Estudios Sociales.

Nick era siempre el primero en llegar. Se acercaba con pasos breves, vigilando la presencia de cualquier Enemigo, que hoy día eran los Comanches. Se dejó caer tras una caja etiquetada: INSTRUMENTOS CHFIPST
X-8852.
MANEJESE CON CUIDADO y se acostó boca abajo, volviendo la cabeza para mirar hacia las negras letras que ante sus mismísimos ojos se fundían en un cartel que decía: FORT AUSTIN, DOCE KILOMETROS, Una flecha de punta de pedernal zumbó por encima de él y se clavó temblando en el cartel; cuando alzó la vista y la miró casi le pareció real. Despacio, salió de la sombra de los cajones a la brillante y rojiza luz solar que penetraba por la cúpula. Una rápida mirada a la derecha y a la izquierda y salió al descubierto.

Alguien dijo:

—¡Bang! ¡Te di!

Era Snooky. Había subido sobre el montón de cajones y desde la cumbre, tumbado con su rifle, apuntaba a Nick. El rifle estaba hecho con una tubería de aluminio de tres palmos y un trozo de plástico moldeable.

Nick se echó hacia atrás.

—No —respondió—. ¡Bang! ¡Yo te di a «ti»!

Snooky se dejó caer muerto. Luego se levantó y bajó de la montaña de cajones por la parte interior, saltando de caja en caja, con el labio inferior proyectado hacia adelante.

—Eso no está bien —se quejó—. Cada vez que alguien te dispara, dices que falló. ¿Por qué no tengo que matarte alguna vez?

—¡Oh, infiernos! —exclamó Nick—. ¿Y eso qué importa? ¿De todas maneras, quién quiere jugar a este juego de niños?

Snooky, que tenía sólo siete años, lo miró con orgullo.

—Infiernos, sí —dijo.

Nick se apoyó contra la dura y suave piel de la cúpula y miró hacia afuera.

—Después de la escuela saldré —dijo.

—¿De veras? ¿De verdad saldrás, Nick?

—¿De veras? ¿Y por qué no? Son cosas que nunca se saben.

—¿Saber qué? —preguntó Judith. Esta y
O-Sato
habían llegado cogidas de la mano mientras los muchachos hablaban.

—Cuando saldremos.

—Oh, «eso».

—¿Vas a venir conmigo? —preguntó Nick.

—Quizás. Bueno, si
O-Sato
quiere.

La japonesita se encogió de hombros.

—Tengo que hacer ejercicios de regla de cálculo esta tarde. Quizás mañana.

—¡Aahhh! Regla de cálculo. Ese tostón —se burló Nick—. Eso es para principiantes.

—Me gusta —contestó
O-Sato,
con su amplia y blanca sonrisa. Jamás se sentía ofendida.

Los demás venían: los mellizos Dalgleish; Jon Bessemer, de nueve años, que era sólo un mes más joven que Nick; los Firdusi y el pequeño Justinian Brandéis, que tenía cinco años y vivía en un mundo propio.

Judith abrazó a Sally Firdusi, su mejilla cremosa contra la parda

de la otra muchacha, como un camafeo de bronce.

—¿Dónde está Virginie? —dijo ella.

—En la cama. Tiene hinchazón.

—¿Se morirá? —preguntó Juntinian, con sus ojos azules claros y redondos.

—Pues claro que no, estúpido. Nadie se muere de hinchazón excepto de excrecencias.

—Sí. Por eso les llaman excrecencias —dijo Nick—. Crecen, se hinchan, caen, se mueren.

Se apartó de los demás, mirando ceñudo a través del plástico. Chfipst se puso tras él y le colocó la mano suavemente sobre el hombro.

—¿Qué te pasa, Nick? —preguntó.

—Nada.

—Si quieres, saldré fuera contigo. Lo mismo que los demás.

—No me importa —se volvió para miraría, mordiéndose el labio —. Estoy harto de todo, todos los días son iguales. Escuela, trabajo, los mismos juegos de siempre, idéntico género anticuado: «no salgas nunca sin un adulto», «Lleva tu máscara», «Recuerda que eres de la Tierra». ¡Diablos! —Dio una patada de mala gana a la base de la cúpula, en la zona de sellado más allá de la que se encontraba la áspera arena—. Estoy harto de comer conservas y de esos vaqueros e indios y proscritos del bosque de Sherwood y todas esas paparruchas. Fuera…

Volvió a mirar las ramas escarlata y ocre que se destacaban por encima del abismo, a unos centenares de metros de distancia.

—Eso de ahí fuera es «real» —susurró—. No, todas estas tonterías tridimensionales o viejas películas, o estúpidos libros. Ya me leí todos los libros. Quiero a alguien con quien jugar.

—Me tienes a mí, y a todos nosotros.

—Sí. Un rebaño de mocosos. Y el resto de vosotras… Jon y tú y O-Sato
y Virginie… siempre estáis preocupadas por salir.

—Pero si nos pillan, Nick…

—¿Y qué? ¿Qué podrían hacernos? ¿Enviarnos a la sección de desperdicios?

—Pero «nosotras» saldremos contigo. Cielos, parece como si nunca lo pudiéramos hacer.

—¿Y no es divertido? ¿No lo es? ¿Más divertido que las cúpulas?

Ella asintió.

—Seguro, es divertido. Si nos dejasen solos. Saldríamos e iríamos donde quisiéramos. Pero tienen miedo…

—¡Jesús! Los mayores tienen miedo a todo.

—Son las nueve y media —interrumpió
O-Sato
—. Será mejor que nos pongamos en marcha. «Arvite Ikimasho».

Justinian la tomó de la mano.

—¿Qué significa eso?

—Que andemos —replicó ella—. ¿También estás aprendiendo francés de Virginie?

—Sí —contestó Justinian—. «Je fais ce mon mieux.

Nick se metió las manos profundamente en los bolsillos de sú sobretodo.

Él se encogió de hombros.

—John —dijo—, ¿qué hay? ¿Salimos después del colegio?

John se rascó su hirsuta cabeza… su pelo comenzaba a crecerle después de su ataque de hongos azules.

—Tendré que preguntar a mi padre si me necesita —dijo John —. Ayer me dijo que quería que le ayudara a limpiar el observatorio.

Nick le hizo burla.

—Tendré que preguntárselo a mi papá. Está bien, hijito. No olvides de ponerte la máscara.

No podía explicar por qué se sentía tan amargado. Después de todo, hoy no era distinto de otro día cualquiera. Pero quizás eso era lo malo. Era como aquellas casas que uno solía hacer con bloques, cuando era pequeño; colocaba un bloque sobre otro y sobre éste uno más, y de pronto era todo demasiado alto y todo el edificio se derrumbaba. Demasiados días parecidos entre sí. Una inquietud ardía dentro de él, una necesidad de espacio para codearse, para la intimidad y para jugar fuera de las atestadas zonas de vivienda de la ciudad de las cúpulas. Era el mayor de los niños; quizás por eso lo sentía más. Y particularmente ahora, en la estación cálida entre las tempestades de arena y el frío, en la estación en que las cosas comenzaban a moverse y agitarse fuera, cuando los protegidos abismos revivían y había mucho que ver, muchos sitios que

explorar, mucho que fingir.

John lo sintió también y lo mismo los demás, pero tenían otras diversiones, igualmente interesantes. John y
O-Sato
encontraron una alegría profunda y peculiar en las matemáticas y en las tareas que se les destinaban: John adoraba trabajar en el observatorio con sus brillantes instrumentos, el tic tac de los relojes, la tranquila rutina regular y medida; y
O-Sato
podía pasar hora tras hora con problemas numéricos y tablas de logaritmos. En cuanto a Judith, ella tenía sus altibajos: era tan buena como cualquier muchacho para preparar juegos y diversiones, y fuera era tan rápida como él en las arenas flotantes e igualmente valiente en la exploración, pero luego, durante largos períodos, ella se volcaba sobre los libros de la biblioteca y se perdía en las mismas viejas historias pareciendo estar muy satisfecha. En cuanto a los chavales más pequeños… Nick se encogió de hombros. Todavía no sabían lo que querían.

Si él tuviese un *Scooter* propio, pensó. O un helicóptero. Saldría e iría… e iría… e iría…

II

Perdió un poco de su inquietud en el colegio. *Monsieur* Bernstein era un buen maestro para quien no había cosas ni asuntos aburridos.

—Enseña a vivir —decía y para los niños nunca podía ser del todo seguro lo que encontrarían preparado ante ellos cualquier día. Hablaba cinco idiomas sin rastro de acento y uno de sus juegos favoritos para animar los períodos de clase era cambiar de idioma a idioma para comprobar lo rápidamente que los niños podían seguirle.

—¡Nick! —Podía exclamar—. «¿Dites-moi, qui était Platón? Répondez en russe,
s'il
vous plait».

—«Filosof grechiskii, tovarihch professor».

—«Nick wa wake ga wakatte imasu. Sta a voi, *Signor* Giannino».

O podía, del mismo modo, saltar inesperadamente de un tema a otro, como esta mañana una pregunta casual le condujo de una discusión de Platón a las ciudades estado griegas, a Pitágoras y a la magia de los númeroj, y a la magia en general, a los totems animales, a las unidades primitivas, a la extinción de los tasmaníacos y así hasta una breve discusión de ecología. Ninguno de los niños lo comprendía del todo, pero a menudo el intento de seguirle era divertido e incluso los más jóvenes, hasta Justiniano, le seguían con los ojos muy abiertos, captando retazos de un gran y emocionante significado que era tan bueno como la información; quizás mejor.

—Puede que sea la más sincera respuesta para lo que ocurría en nuestro planeta y que ésta resida en la ecología —dijo, con bastante tristeza—. Vosotros comprendéis, queridos, que estoy hablando del

planeta Tierra, no de este planeta. El hombre es una fuerza explosiva. Cuando se ve amenazado, estalla en todas direcciones. A medidas que sus estructuras sociales se hacen más complicadas, no puede vivir en común con los depredadores… con las bestias de presa que amenazan su ganado. Tiene que destruir a estas bestias de presa. Luego llega el turno a todo de agudos dientes que pudiera ser sospechoso. El coyote, por ejemplo, que podría comerse a un cordero, tiene que ser barrido, incluso aunque los ecólogos demostraron que el coyote valía su peso en oro para los granjeros, ya que mantenía el equilibrio de la naturaleza comiéndose los ratones, que de otro modo hubieran proliferado en gran número. Naturalmente, al desaparecer el coyote, los ratones se multiplicaron. Esto condujo a una enorme campaña de envenenamiento con un hermoso veneno no selectivo llamado 1C80, para el que no existía antídoto, y mientras morían muchos ratones, también murieron muchos pájaros que se cebaban en los ratones, ocurriendo así con todo animal, gatos o perros, que comían ratones envenenados, de esta manera murió el ciervo, que también se alimentaba de cebos tóxicos e incluso unos cuantos hombres que se comieron al ciervo.

»El hombre se rodeó a sí mismo de círculos de muerte. Miedo, odio y un deseo maniático de la seguridad… como si la seguridad fuese la máxima felicidad… extendidos en torno cuyo como áreas de devastación. Y esto, también, ocurrió entre hombres y hombres. El temor a unos dientes afilados podía sólo superarse con campañas de destrucción más amplias. Y todo esto en nombre de la seguridad.

John, arrugando el entrecejo, dijo:

—¿Se refiere usted, maestro, a que la seguridad no sirve de nada, no es buena? Porque, cielos, para eso están construidas las cúpulas, ¿verdad? Y eso es lo que siempre nos dicen. «Llevad vuestras máscaras» y «No salgáis sin un adulto», etc.

Monsieur Bernstein asintió.

—Lo sé —dijo—. Esa es la manera decidida por el Comité. Me temo que mi voz sea minoritaria. Sin embargo, quizás no os haga ningún mal escucharme. Y creo que esa seguridad es un mito. Si hubiese algo como estar totalmente seguro de todo daño, la vida terminaría. La vida en sí es un forcejeo infinito por parte del protoplasma para impedir colapsarse en un charco de agua. ¡No, no!

El único lugar totalmente seguro se encuentra en la tumba.

Conan Dalgleish, con la barbilla apoyada en las palmas de las manos, dijo:

—*Maître* Bernstein, ¿hay indios aún en la Tierra?

El maestro sonrió débilmente.

—No, hijo —respondió y Nick se volvió en su asiento para mirarle desdeñoso. Cualquiera sabía que no quedaba nada allí excepto cenizas, cráteres y junglas radioactivas, pero a veces los niños más pequeños no podían captar el hecho, particularmente porque habían visto distintas escenas en sus libros ilustrados, en películas y en el teatro tridimensional.

Él había pasado aquella etapa de confusión y salido de ella al crecer. Sabía que «Tierra» era una tontería, como la mención de algo llamado «cielo» en algunos libros. Era sólo un lugar en qué creer, algo que los adultos utilizaban como ilustración de sus propios deseos, algo para sustraerse de la mayor parte de sus temores.

Dijo:

—¿Y qué hay de «aquí»? ¿Es por eso que no hay otras personas en este planeta excepto nosotros? Por causa de esa eco… ecología…

—No lo sabemos —dijo *Monsieur* Bernstein—. Todavía no lo hemos descubierto. Para vosotros, jovenzuelos, diez años os parecen mucho tiempo, pero cuando os hayáis establecido en un lugar nuevo, el plazo no es excesivo. Nos costó la mitad de ese tiempo sólo poner en marcha una economía que nos mantuviese: los jardines experimentales hidropónicos, exteriores en diversas zonas, la planta de energía, mil distintas necesidades. Somos sólo un puñado y el planeta es muy grande. En los pasados cinco años hemos comenzado a arañar su superficie, a explorar una diminuta fracción, comenzando simplemente a descubrir algo acerca de su vida y su ecología —soltó una carcajada—. Ahí está otra vez, la palabreja. Creo que debemos en realidad dedicarle algún tiempo. Veamos… vosotros los más jóvenes tendréis mañana la lección de lectura. Y los mayores podéis leer acerca de la materia en la biblioteca y venir preparados para decirme lo que pensáis qué es la ecología de nuestras cúpulas.

Acabó la clase y los niños salieron a almorzar. Después de hacerlo, los jóvenes tuvieron que dormir su siesta. O-Sato, instalada

en un rincón de la sala de estudios con su regla de cálculo, John salió al observatorio, Judith y Sally Firdusi decidieron ir a la biblioteca y Snooky y Kamil Firdusi se interesaron en el juego de química que ocupaba más de la mitad de su tiempo. Nick se quedó solo. Paseó malhumorado en la gran cúpula principal y se acercó a la escotilla Uno.

Un hombre conduciendo un «*scooter*» cargado con planchas de metal gritó:

—¡Eh, hijito, aparta de en medio!

Dos hombres llevando una larga sección de manguera de plástico le pasaron rozando y uno exclamó:

—Cuidado, chaval. Mira por dónde vas.

Se acercó todavía más a la escotilla y un hombre que estaba tomando lecturas de los aparatos, dijo:

—No salgas sin tu máscara, chaval. Y solo, menos.

Nick dio media vuelta. Hijito, crío, chaval. Todos eran tan grandes, tan seguros de sí mismos y particularmente siempre preocupados. Tenía ganas de gruñir. Se hizo tan invisible como es capaz de hacerlo un niño, caminando como una pequeña sombra a lo largo de los bordes de las cosas, eludiendo toda actividad, hasta que llegó a los almacenes y discurrió entre los cajones y recipientes. Llegó hasta la escotilla de aire de emergencia. Dejó caer su equipo de máscara y su botiquín. Giró la rueda y entró en la cámara y luego salió al exterior.

La tierra, aquí cerca de las cúpulas, estaba seca y arenosa y crujía como azúcar bajo las blandas suelas de sus mocasines. Se deslizó rápidamente lejos, mirando ahora al verdadero Enemigo, que podía de pronto gritarle para que se volviese, o preguntarle por qué no llevaba la máscara. El aire era fino y vigorizante y sonrió con felicidad pensando en el hedor desinfectante de la máscara que se había dejado atrás. Se deslizó por el borde del precipicio como una gaviota, perdiéndose entre los hongos escarlata.

El barranco tenía casi un kilómetro de ancho y corría hacia las distantes colinas, una gran grieta en la frágil tierra. No era muy profundo, pero estaba vivo. Había una cualidad diferente en el mismísimo aire que uno respiraba: era picante con el olor de cosas que crecían, con el azul pálido de las plantas y de las flores amarillas que caían de los tallos inmensamente altos como

cabelleras y de los briosos macizos verdes y lavanda como lechugas de primavera e incluso de los troncos lisos y gomosos de los árboles-hongo. Diminutas cosas aladas zumbaban y volaban y susurraban. Nadie podía verle aquí. Giró en redondo como un loco y galopó frenético por la pendiente hasta el surco del río del fondo, en donde los gusanos blindados asomaban por el agua de tono rosado por el barro.

Todas estas cosas tenían nombres laboriosos dados por los adultos, nombres como «Aquilegia» y «Chrysomelida», que nada significaban. Él y Judith y los otras, les habían dado sus propios nombres, los verdaderos nombres: Planta Rizada, Estornudador Amarillo, Punta de Látigo, Arbusto de Muescas, nombres que significaban lo que «eran» las plantas y criaturas. Sentado sobre los talones junto al agua, con cuidado provocó a uno de los pececillos punta de látigo con un tallo largo de hierba y se rió a carcajadas cuando el animalito se sacudió frenético y con furia, se partió por medio, y se alejó nadando en direcciones opuestas cada uno de los pedazos.

Se levantó y se desperezó, enorme y cómodamente. Paseó corriente abajo a la búsqueda de algo que pudiese ser nuevo desde la última vez que estuviera aquí. Le había desaparecido toda la amargura como si jamás la hubiese experimentado; estaba en su propio lugar, entre amigos.

Los hongos rojos con manchas de ocre y corpulentos como árboles, disminuyeron y dieron paso a cosas plumosas y entrecruzadas, que se apiñaban en torno al agua dejando caer su fruto doble y duro, cada parte parda decorada con dos cómicos ojos blancos. Se abrió paso entre los troncos peludos y se detuvo. Una serpiente plateada estaba comiendo un fruto. Era preciso tener cuidado con las serpientes plateadas: sus largos picos estaban llenos de dientecitos afilados, y aunque eran tímidas, podían propinarle a cualquiera un molesto mordisco. John había sido mordido una vez, cuando trató de coger una cosa brillante que se extendía por entre un caído árbol hongo y la mordedura se infectó, Los niños tuvieron que inventar una historia para explicar aquel arañazo de la mano, diciendo que había sido con una caja metálica del almacén.

Nick la contempló, deseando que hubiese alguna manera de domesticarla. Tenía comezón en sus manos por el ansia de agarrar

aquella cosa de muchas patas de músculos lisos, de acariciar su rara y divertida cabeza y sus escamas relucientes blanco azuladas.

Suavemente cogió un par de frutos y comenzó a adelantarse. La serpiente le vio y se encogió sobre sí misma recelosa. Se agazapó el niño y extendió la mano con el fruto en su palma. Con pasos indecisos avanzó acercándose al animal.

La criatura se enroscó echando hacia atrás la cabeza sobre su delicado cuello, apuntando a un ojo brillante y luego al otro, mirando la mano, el fruto y al niño. De pronto, de encima, se hizo un batir de alas moviendo las hojas de los árboles; con un fulgor de sus escamas la serpiente se adentró en el agua y desapareció corriente abajo, Nick dejó caer el fruto y se puso en pie, boquiabierto.

La cosa que se sentaba ante él en el suelo tenía un rostro como sorprendido, como el de un mochuelo de su libro de historia natural, con grandes ojos redondos y plumosos y un cuerpo blando, buido. Sus miembros superiores, con sus alas amplias como velas, estaban plegados con la actitud del hombre que alza las manos de asombro; por debajo de ellos, un segundo par de brazos tenía unos deditos pequeños de mono que estaban entrelazados en torno a su gruesa panza. Sus piernas se articulaban hacia atrás de modo que podía sentarse sobre ellas como un ratón o un conejo. No tenía más de tres palmos de altura. Bajo sus redondos ojos se enroscaba un negro tentáculo como un muelle, al igual que la lengua de una mariposa terrestre.

Había visto antes estas cosas, pero usualmente desde gran distancia. El que vio de cerca salió disparado lanzando su largo tentáculo y mató una especie de caracol grande; pero cuando salió de su escondite para verlo mejor, aquella especie de mochuelo voló alejándose.

Pero éste parecía muy dócil. Le miraba impasivo, volviendo su cabeza de un lado a otro y luego murmuró una suave risita.

Nick sonrió. Continuó perfectamente inmóvil para no asustar al mochuelo y dijo:

—Hola.

—Hola —repitió aquella especie de búho haciendo una especie de sonido intermitente y chirriante—: Tk, tk, tsp.

Nick imitó al sonido:

—Tk, tk, tsp. Hola.

La especie de mochuelo se acercó algo más. Emitió un torrente perfecto de chasquidos, chirridos y tics. Luego de pronto dijo:

—No te olvides de tu máscara.

Nick se quedó boquiabierto. Soltó una enorme carcajada.

Ante el ruido inesperado, el mochuelo saltó hacia atrás y se quedó sentado y temblando, su tentáculo enroscándose y desenroscándose nervioso. Pero Nick reprimió su diversión y permaneció en silencio hasta que la criatura comenzó a acercársele de nuevo.

Despacio, Nick se agachó hasta el suelo y se puso cómodo. Al cabo de un momento, aquel bicho sacudió sus alas, avanzó y pareció también instalarse.

Extendió una graciosa mano y alzó un dedo arrugado y moreno. Nick rezongó; parecía al de *Monsieur* Bernstein a punto de destacar algo.

El bicho lanzó un grito.

—Claro, te entiendo bien —dijo Nick, manteniendo su voz baja y acariciadora—. Quieres decir «uno».

—Uno —dijo el mochuelo, y volvió a soltar otro grito.

Nick repitió el grito. El mochuelo alzó dos dedos. El grito fue repetido. Sonó dos veces.

—Dos —contestó Nick.

—Dos —y una vez más vino la risita aguda y un gorgojeo de pura delicia.

Y sobre los mismos ecos de esa risita, dominándola, abrumándola, apagándola en un trueno, se oyó el estampido de una pistola.

El cuerpo de la especie de mochuelo se derrumbó con una lluvia de plumas y de humo oscuro. La humedad salpicó la cara y el brazo de Nick. El cuerpo plumoso yacía muerto entre los frutos, una gran ala extendida como una sombrilla rota, los pies delicados con sus diminutas zarpas arañando el firmamento.

El padre de Nick vino saltando ladera abajo, empuñando la pistola, el rostro pálido. Nick le miró, sofocado, y todo lo que pudo decir fue:

—¿Por qué… por qué…?

Su padre le cogió por los hombros.

—¿Te encuentras bien? —preguntó, la voz apagada por la máscara. Sin esperar respuesta, puso en pie al muchacho—. ¿Estás loco? ¿No sabes que esas cosas son mortíferas? El pobre Doc Mirsky trató de coger una… y murió por el veneno… ¡Y tú ni siquiera llevas la máscara!

—No es eso —carraspeó Nick—. ¡Papá! ¿Por qué lo hiciste? ¡Estaba hablándole!

Su padre le sacudió impaciente.

—Tuviste suerte de que descubriera dónde estabas —dijo—. ¿Cuántas veces has salido de esta manera?

—Lo hacemos siempre —contestó Nick con desprecio—. ¡Oh, papá, basta ya!

—¿Basta? ¡Ni pensarlo! ¿Qué diablos te ocurre? Corriendo por este lugar como si fuese un corral… un estupendo y seguro corral de alguna parte de Illinois…

Se le quebró la voz. Las lágrimas le asomaron a los ojos. Se quedó plantado durante un momento sujetando el hombro de Nick y luego emitió un largo suspiro secándose los ojos con el dorso de la mano. Sacó una máscara de la bolsa y se la entregó a Nick.

—Póntela —dijo, con voz más suave.

Nick lloraba tanto que apenas podía ver, pero tomó la máscara y se la puso. El fuerte olor del desinfectante le dio en la nariz.

—Lo siento, Nicky —dijo su padre—. Estaba preocupado por ti. Somos muy pocos. Debemos tener cuidado. Eso es todo lo que nos queda.

Sus dedos se apretaron en el hombro de Nick.

—No quería asustarte, hijo —dijo, tratando de sonreír.

Nick le miró a la cara con ojos turbios y dóciles. Muy adentro de su cerebro donde nadie podía oírle, dijo: «Te odio. Te odio».

El hombre mayor enfundó su pistola.

—Vamos, hijo, regresemos a las cúpulas —dijo. Extendió la mano para coger al muchacho, pero Nick se apartó.

Una pluma, de color naranja dorado rebordeada de rojo como el tono de los árboles-hongo, colgaba de la parte delantera del vestido de Nick. La cogió y la apretó en la húmeda palma de su mano. «Volveré», dijo sin palabras. «Encontraré alguna manera».

Luego subió colina arriba con aquel desconocido, con su padre.

BREVÍSIMA HISTORIA DE LA HUMANIDAD

John Steinbeck

John Steinbeck nació en 1902. Sus obras se caracterizan por la variedad de los temas tratados. Entre ellas se encuentran: Ratones y hombres, Las uvas de la ira, Tortilla Flat, La luna se ha puesto y Al este del Edén, *todas ellas llevadas al cine. En el año 1962, Steinbeck recibió la máxima recompensa a un escritor: El premio Nobel de Literatura*.

Había mucha corriente en la cueva allá por la mitad de la tarde. No se encontraba ninguna hoguera… la última chispa se apagó seis meses atrás y la familia carecería de fuego hasta que el rayo incendiase otro árbol.

Joe entró en la cueva lleno de arañazos y con unos cuantos mechones de pelo arrancados y se dejó caer en el húmedo y sucio suelo y allí sangró… Viejo William estaba discutiendo con Viejo Bert, que era su hermano y también su hijo, mirándolo de cierta manera. Se peleaban suavemente por un putrefacto pedazo de carne de mamut.

Viejo William dijo:

—¿Por qué no le das un poco a tu madre?

—¿Y por qué? —preguntó Viejo Bert—. Ella es tu esposa, ¿no?

Y esa respuesta terminó con la discusión y ambos se acercaron a Joe.

—¿Dónde está Al? —preguntó uno de ellos.

Y el otro dijo:

—Te olvidaste de hacer rodar la peña que cierra la boca de la

cueva.

Joe ni siquiera les miró y los dos hombres estuvieron de acuerdo en que los niños era.: el diablo:

—Te digo que en mis tiempos todo era distinto —dijo el Viejo William—. Los niños tenían respeto por sus mayores o se les daban unos azotes para enseñarles a respetar.

Al cabo de un rato Joe dejó de sangrar y se puso barro en sus heridas.

—Al ha muerto —dijo.

Viejo Bert preguntó de inmediato:

—¿Dientes de sable?

—No, ese rebaño que se trasladó a vivir entre los matorrales del barranco. Se comieron a Al.

—Salvajes —exclamó Viejo Williams—. Todavía viven en los árboles. No están civilizados. Nosotros a duras penas nos comemos a las personas.

Joe dijo:

—Porque nosotros difícilmente hallamos a alguien que comernos, excepto a los parientes y éstos cada vez escasean más.

—¡Esos extranjeros! —Gruñó Viejo Bert.

—Al y yo cavamos un pozo —dijo Joe—. Pillamos en él a un caballo y vinieron esos tipos de los árboles y se nos lo comieron. Cuando nos quejamos y protestamos, se comieron a Al.

—Bueno, sal en seguida y nos traes a uno de esos y nos lo comeremos —ordenó Viejo William.

—¿Yo y quién más? —preguntó Joe—. La última vez que aquí se estaba caliente éramos doce. Ahora somos sólo doce. Oh, vi a mi propia hermana Sally sentada en las ramas de un árbol con un salvaje. Había puesto también mi corazón en Sally, padre —prosiguió Joe inseguro, porque Viejo William no sólo era su padre, sino su tío, su primo primero y tercero y su cuñado—. Padre, ¿po: qué no nos unimos a esos tipos de los árboles? Tienen una cosa en forma de red… capturan toda clase de animales, Comen mejor que nosotros.

—Hijo —contestó Viejo William—, son extranjeros, esa es la razón. Viven en los árboles. No podemos asociarnos con salvajes. ¿Te gustaría que tu hermana se case con un salvaje?

—¡Ya lo hizo! —exclamó Joe—. Podríamos dejarlos venir y que

se instalaran en nuestra cueva. Quizás a cambio nos enseñarían a utilizar esa cosa.

—Nunca —contestó Viejo Bert—. No podríamos fiarnos de ellos. Se nos podrían comer mientras estuviéramos durmiendo.

—Si no nos los comíamos nosotros a ellos primero —dijo Joe—. Seguro que me gustaría tener ahora un jugoso pedazo de salvaje. Tengo hambre.

—Es el colmo. Seguramente que no tardarás en empezar a decir que esas gentes de los árboles son tan buenas como nosotros —dijo Viejo William—. Jamás vi un chico igual. Oh, ¿cómo puede haber autoridad? Esos extranjeros querrían hacerse cargo de todo. Tendríamos que vigilarlos. Nos superan en número.

—Me sabe mal decírtelo, padre —empezó Joe—. Me rompieron un brazo. Ya no podré jamás cavar pozos… ni tampoco vosotros. Tú eres demasiado viejo. Bert tampoco puede. Tenemos que fusionarnos con esos tipos de los árboles o no podremos comernos nada ni a nadie.

—Antes pasarías por encima de mi cadáver —contestó con energía Viejo William, pero al ver los ojos de Joe clavados en su pellejudo flanco, añadió, más dulcificado—: Y, Joe, no te hagas ilusiones acerca de darte un banquete con las pocas carnes de tu padre.

Bueno, mucho tiempo atrás antes de que la tribu abandonara la cueva húmeda y goteante, hubo un hombre llamado Elmer. Apiló varias rocas en círculo y puso matorrales en lo alto y se quedó a vivir allí. Los mayores mataron a Elmer de inmediato. Si alguien podía separarse y vivir solo, bueno, ¿dónde quedaría la autoridad? Pero pronto aquellos mayores se instalaron en la casa de Elmer y luego otras familias alzaron viviendas semejantes. Era estupendo no tener agua que te gotease en la cara.

Todo iba a las mil maravillas cuando otra tribu se instaló en el valle. Sin embargo, los recién llegados no tenían casas tipo Elmer. Se alojaban en tiendas hechas de piel. Pero, mira, poseían su gracioso aparatito que disparaba bastoncitos… a gran distancia. Podían plantarse quietos y darle a un cerdo, oh… a cincuenta metros de distancia… ya no precisaban de correr y quizás recibir una dentellada en los riñones.

La tribu mató tanta caza que naturalmente los mayores de Elmer

dijeron que era preciso desembarazarse de aquellos salvajes. Los forasteros resultaban tan ignorantes que… ni siquiera sabían quién fue Elmer. Los más viejos afilaron una buena cantidad de bastones, quemaron sus puntas y dijeron:

—Ahora, vosotros, jóvenes, salid y echad del valle a esa gente. No podéis fracasar porque tenéis a vuestro lado el espíritu de Elmer.

Bueno, parece ser que mucho tiempo atrás hubo un hombre delgado que se llamó Max. Fue quien ideó el disparador de bastoncitos, así que le mataron, naturalmente, pero después dijeron que él fue como un sol. Así que hubo guerra entre Elmer, la luna y Max, el sol, y en su transcurro se hicieron matar toda una casta de hombres delgados y toda una casta de jóvenes Elmer. Luego se produjo un incendio en el bosque y la caza huyó. La gente Elmer y la gente delgada, tuvo que encaminarse junta hacia las colinas. Los más viejos de ambas tribus nunca lo quisieron aceptar. Se quejaron hasta que murieron.

De esto puede deducirse que el mundo comenzó a cocerse desde el mismísimo principio. Las cosas iban la mar de bien —la ley y el orden y toda la pesca y los ancianos en el mando— como el tal Ralph, que olvidó matar todos los gallos silvestres que capturó y tuvo que construir un gallinero o como el verdadero buscapleitos de Jojo «au front du chien», que pisoteó unas cuantas semillas en un suelo húmedo e inventó la agricultura. Claro que sus paisanos arrancaron a Jojo sus brazos y piernas y con razón, porque la gente que siembra, no puede lógicamente ser feliz vagabundeando por toda la comarca. Cuando se espera una cosecha uno se queda junto a los sembrados, la recolecta y vuelve a sembrar, etc. Además, todo y todos quieren arrebatarle a uno su cosecha… malas hierbas, gusanos, pájaros, animales, hombres… El granjero se pasa todo el tiempo luchando contra sus enemigos. Que los mayores amaran a Elmer cuanto quisieran, pero eso no impedirla a los vecinos de más allá de la colina arrebatarte tu maíz trabajosamente recolectado.

Bueno, hubo allí un muchacho fuerte llamado Rudolph, pero apodado Bugsy. Bugsy se rompería luchando, pero por nada del mundo traería una brazada de leña del bosque. A Bugsy naturalmente sólo le gustaba luchar y odiaba el trabajo, así que decía:

—Vosotros, hombres, plantad tan sólo vuestras cosechas y no os

preocupéis. Yo lo haré por vosotros. Si alguien os molesta, me lo cargaré. Sólo tendréis que darme unos cuantos pollos y un par de puñados de grano por mis molestias.

Los mayores bendijeron a Bugsy y pronto lograron que se mezclara con los Elmer. Bugsy se llevó muy bien con ellos. Reunió a una docena de chicos fuertes y construyó un fortín en la colina para cuidar a los agricultores y a sus cosechas. Cuando uno cuida algo, no tarda en poseerlo.

Bugsy y sus muchachos se pasearon por allí, eligiendo lo mejor de la cosecha de trigo y las chicas y cuando hubiéronse cansado de su propio valle, subieron la colina para ver lo que habían almacenado o dado a luz sus vecinos. Luego los chicos fuertes de más allá de la colina volvieron y lo que no pudieron transportar lo quemaron hasta que pronto fue más peligroso verse protegido que no. Bugsy se llevaba cuanto valía la pena a su fuerte para protegerlo y muy poco lo devolvía una vez pasado el peligro. Se imaginaba ahora que su abuelo había sido Elmer y que eso le hacía diferente del resto de las personas. ¿Cuánta gente conoce usted que tenga la luna en la familia?

Para entonces los mayores confundían la protección con la virtud porque Bugsy cedía lo que le sobraba a la gente mejor. Los mayores se mostraban muy duros con aquellos que se quejaban. Decían que quejarse era pecado. Bueno, los agricultores edificaron una pared en torno a la colina, para encerrarse dentro cuando las cosas se ponían feas. Les sabía muy mal ver que incendiaban sus cosechas, pero aún peor que les quemaran a ellos y a su esposa Arnés y a su hija Clarinda.

Por aquel tiempo todo el sistema dio la vuelta. En lugar de que Bugsy les protegiera, era deber suyo protegerle a él. Bugsy sacó la idea de Elmer en una noche de luna llena.

La gente se pasó mucho tiempo sentada tras la muralla en espera de que se disipara el humo, por lo que para matar las horas empezó a trastear con los juncos del río, haciendo cestos. Y es natural que la gente haga más cosas que las que necesita para su consumo.

Ahora, ocurre eso tan a menudo que se puede establecer como norma. Siempre tiene que haber un gracioso. Este se llamaba Harry y dijo:

—Esos cerdos ignorantes de la otra parte de la colina no tienen

juncos y por tanto no tienen cestos, ¿pero sabéis lo que hacen…? Los muy zoquetes, cogen barro y lo amasan y lo colocan al fuego y hacen una serie de cacharros en los que se puede hervir el agua. Apuesto a que si les llevamos unos cuantos cestos ellos nos darán unos pocos de esos cacharros de barro cocido.

Tuvieron que colgar a Harry cabeza abajo sobre una hoguera. Nadie puede dar una puñalada al «*status quo*» y salirse de rositas. Pero no pasó mucho antes de que la gente de los cestos se escabullera hasta la otra parte de la colina y volviese con cacharros. Bugsy trató de detener ese comercio y los mayores estuvieron de acuerdo con él. El procedimiento comercial alejaba a la gente de sus campos de labor y la exponía a ideas peligrosas. Oh, los cacharros tenían que ser como el dinero y el dinero es peor que una idea. El propio Bugsy dijo:

—Hace que la gente se sienta inquieta… oh, hace que un hombre piense que es tan bueno como los que lo consiguieron un par de generaciones antes y que se pregunte por qué él no es un Elmer.

Los ancianos, claro, estuvieron de acuerdo con Bugsy, pero ni entre todos pudieron impedirlo, así que no les quedó otro remedio que unirse al comercio. Bugsy se llevó la mitad de los cacharros que los comerciantes trajeron y pronto se hizo cargo de la concesión de sauces, de manera que quedó como único dominador de todo el negocio.

Para entonces unos salvajes se instalaron en la colina y atacaron todo comercio de cestos y cacharros. Lo único que pudo hacer Bugsy, el doce. Ahora somos sólo doce. Oh, vi a mi charro, y cuando ambos murieron, Hermán Cacharro-Cesto unió el negocio y estableció una pequeña hacienda y todo resultó estupendamente.

Bueno, de la hacienda se pasó al estado, del estado a la liga y de la liga a la nación. (Una nación tiene por lo común alguna especie de frontera natural como un océano, o una cordillera o un río que le impide extenderse más allá). Fue todo como una seda hasta que un puñado de graciosos inventó el material de larga distancia, como proyectiles dirigidos y bombas atómicas. Entonces de nada sirvieron un río o un océano. Resultó demasiado peligroso tener naciones separadas tanto como peligroso fue tener familias separadas.

Cuando la gente finalmente se enfrenta a la extinción, tiene que

hacer algo. Ahora poseemos las Naciones Unidas y los mayores tienen razón en luchar contra esa organización del mismo modo que lucharon por no salir de las cuevas. Pero nosotros no podemos elegir. Eso no es nada bueno en el fondo y puede que no queramos seguir adelante, pero precisamente desde el tiempo de las cuevas nos hemos visto obligados a elegir. Sería una gran tontería que nos matáramos todos después de tanto tiempo transcurrido. Si lo hacemos, seremos más estúpidos que los hombres de las cavernas y no creo que lo seamos. Me parece que somos exactamente igual de estúpidos y eso, a la larga, resulta muy inteligente.